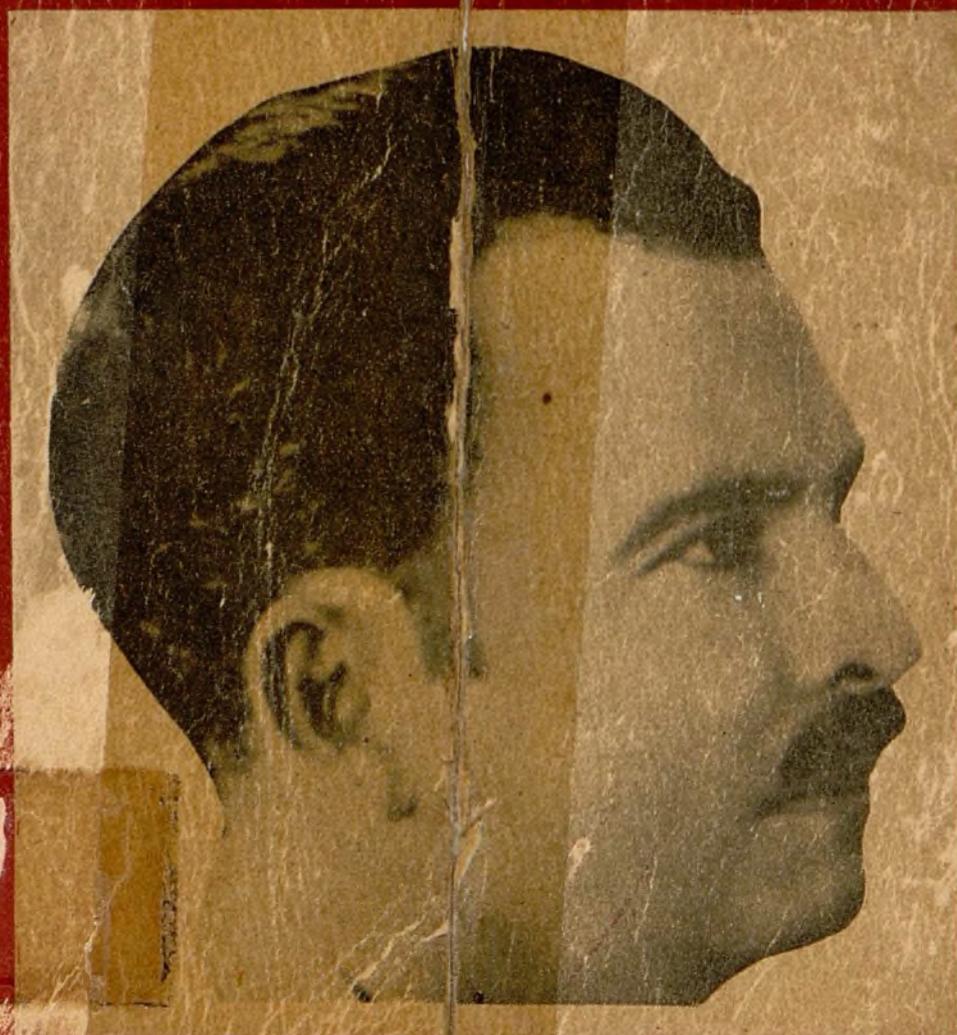


BALTASAR DROMUNDO

TOMAS GARRIDO  
SU VIDA Y SU LEYENDA



EDITORIAL GUANAJUANIA-MEXICO





**BIBLIOTECA JOSE MA. PINO SUARE**  
**COL. "JOAQUIN BATES"**

**COLECCIÓN NEZAHUALCOYOTL**

**DERECHOS RESERVADOS CONFORME A LA LEY**

**COPYRIGHT BY**

**BALTASAR DROMUNDO**

**AV. JUAREZ, 64-914 --- MEXICO, D. F.**

**IMPRESO Y HECHO EN MEXICO**

**PRINTED AND MADE IN MEXICO**

BIBLIOTECA JOSE MA. PINO SUAREZ  
COL. "JOAQUIN BATES"

TOMAS GARRIDO:  
SU VIDA Y SU LEYENDA





Tomás Garrido Canabal. "El hombre del Sureste".



Este era el Garrido de los primeros tiempos. Esta fotografía la dedicó "a mi amigo Santiago Caparoso". Es sabido que en toda su vida fué reacio a suscribir fotografías suyas.



En "La Bombilla", San Angel, D. F., se tomó esta fotografía el 15 de agosto de 1926. Con Garrido aparecen reunidos Víctor Fernández Manero, Francisco Trujillo Gurria, Homero Margatti.

**BALTASAR DROMUNDO**  
**TOMAS GARRIDO**  
**SU VIDA Y SU LEYENDA**

**EDITORIAL GUARANIA - MEXICO**  
**1953**

F. J  
923-2735

E 37

D 76

N. T. 337-2710

## ANTECEDENTE

*El gran semanario político de mi país, la revista HOY, por el autorizado conducto de su director don José Pagés Llergo, amigo mío muy querido, tuvo la gentileza de invitarme a escribir una serie de artículos referentes a don Tomás Garrido Canabal. De ellos, resultó el presente libro.*

*En este trabajo pretendí cumplir con los dictados de la verdad histórica sin menoscabo de mi cariño por aquel gran hombre. Sin merma de mi apasionado fervor por aquella tierra maravillosa e incomprensida.*

*Ahora que entrego a la opinión pública esta obra —que algunos tabasqueños de buena fe me ayudaron a limpiar de diversos errores—, pienso que el esfuerzo no ha sido estéril. Considero que la memoria de Garrido lo merece de sobra. Abrigo la convicción de que habrá muchos hombres en el Tabasco de hoy y en el México revolucionario de siempre, que reconocerán, por lo menos, la limpieza moral con que he hablado de aquel que yo guardo en mi corazón más allá de su polvo y de su muerte.*

B. D.



*Dedico este libro a la memoria de los fundadores del Partido Radical Tabasqueño; a los heroicos sacrificados de La Pigua; a los viejos militantes de las Ligas de Resistencia; a los incomprendidos, a los calumniados y a los olvidados; a la gran masa anónima y admirable con que pudo Garrido realizar lo perdurable de su obra.*

*Y a mis viejos amigos Agapito Domínguez y Amado Caparroso, con profundo cariño por su tierra.*

**B. D.**



**Ser fecha, y ser a un tiempo la  
mirada que la sigue en los aires.**

**Larreta.**





Se reunían en la Feria Agrícola y Ganadera, con Tomás Garrido, Ausencio Cruz, Mammel Lastra, Juan Galguera, Roberto Ocampo, Amado Caparroso, Medardo Rosado y otras personas.



El C. Gobernador Constitucional Interino Lic. Tomás Garrido C., leyendo su informe ante la H. XXVI Legislatura de Tabasco en la Ciudad de Frontera, Capital Provisional del Estado.

Septiembre 16 de 1919.

Era el tiempo del sedicente congreso de Amatitán, en los días del chacal Bertani.



Al extremo de la popa aparecía Garrido con Alvaro Obregón, Otero Pablos, Manlio Fabio Altamirano y otros amigos suyos. Era el año de 1928, el 4 de abril.



Inauguraba un modesto puente sobre la carretera "Gasca" hecha por él en Alvaro Obregón, Tab.

**I**

**LA JUVENTUD Y SUS LUCHAS**



**E**L 20 DE SEPTIEMBRE de 1890 nació Tomás Garrido en Playas de Catazajá, en la hacienda de sus abuelos maternos, en "El Tinto". Sus padres fueron Pío Garrido Lacroix y doña Josefa Canabal.

Tomás estudió su educación primaria en la escuela "Luis Gil Pérez" de Villahermosa —cuyo director sería posteriormente el suegro de Gonzalo Vázquez Vela—. Asimismo estudió en el Colegio Hispanoamericano de la capital tabasqueña, dirigido entonces por el maestro Alfonso Caparrosa, y es probable que terminara allí sus estudios antes del año de 1908. En esas aulas estudiarían posteriormente Francisco Trujillo Gurria, Víctor Fernández Manero, Alfonso Falcón, Luis Bobadilla, Rodolfo Brito Foucher y otras personas conocidas.

Sus estudios del ciclo preparatorio los hizo, por lo que ve a la secundaria, en el Instituto Juárez de Villahermosa, y los últimos años en Jalapa, estado de Veracruz. En este último lugar formó amistad con Manlio Fabio Altamirano y Gonzalo Vázquez Vela, entre otros compañeros suyos. Y los estudios profesionales de abogacía los realizó en Campeche, hasta graduarse.

Parece que sus primeros ensayos de militancia política tuvieron lugar el año de 1912, en Campeche, donde Garrido participó al lado del general Manuel Castillo Brito, candidato a ocupar la gubernatura contra don Carlos Gutiérrez. Ya antes se había mezclado a la masa estudiantil que gritaba en las calles de Villahermosa la popular rebeldía en la consigna de "Abajo Bandala". Al resultar derrotado su candidato de Campeche, se trasladó nuevamente a Tabasco y allí se relacionó con Aguirre Colorado, Pedro Padilla y Antonio Hernández Ferrer, con finalidades electorales.

Un poco más tarde retorna a Campeche y contrae matrimonio con la virtuosa señorita Dolores Llovera Sosa, perteneciente a una de las más honorables familias de aquella estricta sociedad. En sus primeras lides políticas, Tomás había mezclado el romance a sus inquietudes sociales, así el sueño de su novia de provincia pudo atemperar su primera derrota: la vida le brindaría esa luz y ese consuelo en sus mejores días, en sus horas de borrasca, en las tormentas y en el triunfo. El viaje de bodas

tuvo lugar en la blanca y musical ciudad de Mérida. De su esposa, al correr de los años, Garrido tendría tres hijos: Mayitzá Drusso, Soy la Libertad, y Lenin.

"Allí en Mérida se inició la amistad de Garrido con Salvador Alvarado, limpio ideólogo del movimiento social mexicano. A ese tiempo corresponde el primer nombramiento de Tomás como funcionario público: vocal de la Junta Revisora de Procesos Penales, cargo que desempeñó por breve tiempo."

†Retornó posteriormente a Tabasco el año de 1915 donde fué designado Jefe del Departamento Legal del gobierno de su Entidad por el gobernador interino y comandante militar del Estado, general Francisco José Múgica. En el desempeño de su cometido, Garrido demostró ser un revolucionario radical, contra la opinión de Múgica que lo consideraba "un sospechoso hijo de negreros". En años subsecuentes, Múgica exhibió una amistad de identidad con Garrido que parecían sinceros: esperaba la ocasión de traicionarlo, como lo hizo el año de 1935 ante el presidente Cárdenas, con motivo del histórico rompimiento con el general Plutarco Elías Calles.

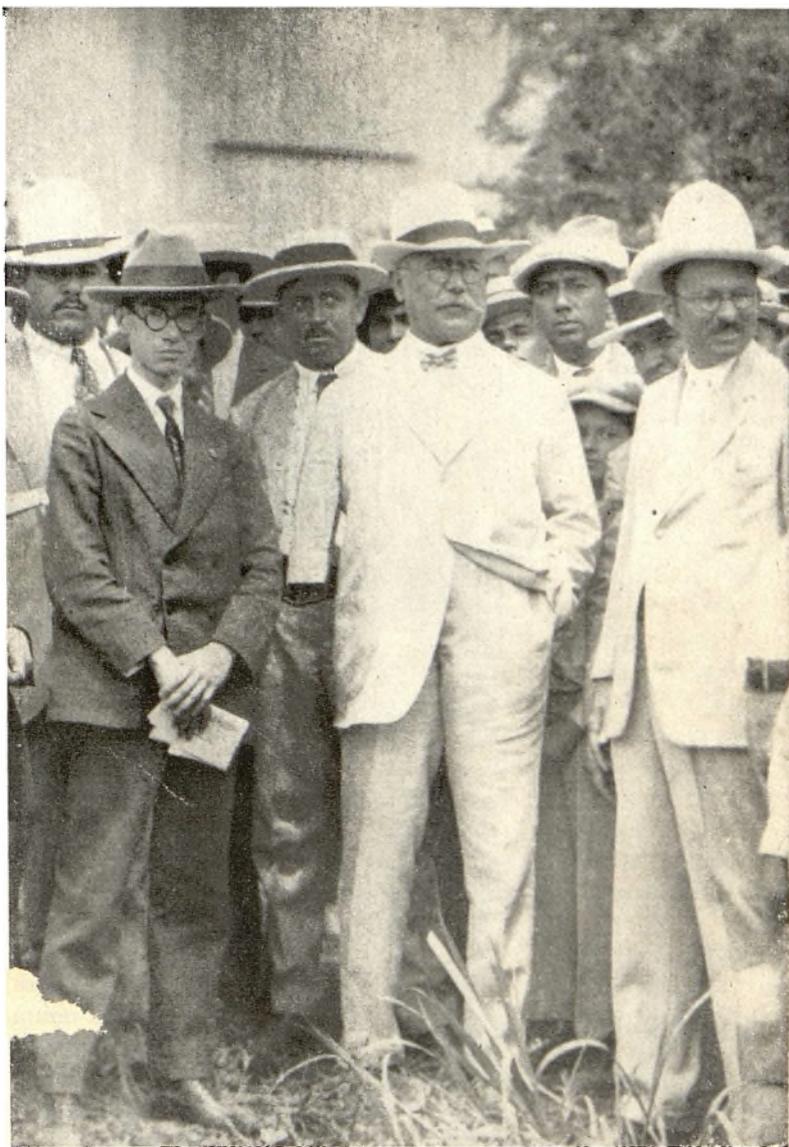
Ya en el año de 1917, año de la Constitución, Garrido era designado Juez de Distrito en Villahermosa. Iba a comenzar su verdadera vida, esa atmósfera de temporal que envolvió todos sus actos, esa lucha sin tregua, su sentido perenne de la acción que sólo ocasionalmente hallaría descanso en el hogar o en la creación social. Aquella mañana que arribó a Villahermosa, nadie imaginaba potencialmente al dictador, ni, seguramente, al probable gran equivocado, mucho menos al hombre que en gran medida había en Garrido. Sería el gran apasionado, el formidable constructor, el gran combatido.

Era el gobernador don Luis Felipe Domínguez, cabeza del sector conservador. Al otro extremo figuraba Carlos Green, quien al poco tiempo sucedía a Domínguez en el poder y con cuyos grupos estrechó sólida amistad Garrido, al grado de que posteriormente aceptó la secretaría general de gobierno de Tabasco, previa renuncia al juzgado de distrito. Garrido olvidaría muchas veces los agravios, pero jamás a sus amigos, y el tiempo demostraría su amistad con los hermanos Green, Carlos y Alejandro, cuando ambos cayeron como delahuertistas.

Desde 1910-1913 se iba formando lo que sería más tarde, con Garrido, el Partido Radical Tabasqueño. Con Tomás lo fundaron diversos hombres lealmente convencidos del ideal revolu-



Por él resurgió la charrería en Tabasco.



Con su gran amigo Alvaro Obregón, aparece Tomás Garrido en Tabasco, y rodeándolos, los acompañan Manlio Fabio Altamirano, Ausencio C. Cruz, Mario Souza.

cionario, y cuyos nombres merecen ser citados como ejemplo de pundonor y valentía: Francisco Suárez, Zenaido González, Santiago Solís, José Concepción Lezama, José de Jesús Sánchez, David García Rosado y otros más que con Tomás Garrido, con Antonio García, con Víctor Manuel Fernández y con Lauro Contreras, formaron en épocas de aciaga lucha aquel partido de gloriosas banderas.

Era época de cruentas luchas y confusión política para Tabasco. Más agudo todo ello por el temperamento especial de la gente del sureste, por pasional se diría que cortada a filo. El 25 de octubre de 1920 caerían asesinados varios diputados locales, víctimas de la pugna política que algunos sectarios panfletistas achacarían posteriormente, sin pruebas, a Garrido.<sup>1</sup> Por ese tiempo aconteció la escisión del Partido Radical Tabasqueño: en la ala radical propiamente dicha quedaba Garrido a la cabeza, y en la que posteriormente sería conservadora quedaron agrupados Rafael Martínez de Escobar, el coronel Ramírez Garrido y otras personas. Ya para entonces estaba dividida políticamente la Entidad en dos grandes bandos, rojos y azules, que desde 1917 venían disputándose el poder con Green y con Domínguez.—Esto marcaba diferencias hasta entre los comerciantes que exclusivamente expendían artículos para unos u otros contendientes, que lo eran profundamente pues la política tabasqueña tendía a ser causa personal más que diferencia de ideas o discusión democrática. Encabezaba —desde antes de la lucha electoral—, el general Luis Felipe Domínguez al partido azul, y a los rojos el general Carlos Green. Entre ambos, sumido en luchas de banderías personalistas, Tabasco se agitaba en la mayor pobreza y desorganización.

En ese tiempo, desde México el señor Carranza desconoció a Green como gobernador, a pretexto de un artificioso conflicto de poderes que se originaba en el apócrifo Congreso de Amatián, ardid leguleyo de Luis Felipe Domínguez y de Esteban Abreu. Por todo ello, el 6 de agosto de 1919 solicitó una licencia el general Green “para trasladarse a defender en México el principio de la legalidad”, y en esa situación se vió obligado<sup>2</sup> a aceptar Garrido el cargo de gobernador interino. Pero este acto no calmó los ánimos que allá en el centro caldeaba la intriga.

<sup>1</sup> Bernardo del Aguila F., *Tabasco, monografía sectarista*. Edic. del Gob. Const. de Tabasco, 1947.

<sup>2</sup> F. J. Santamaría. *El Periodismo en Tabasco*. México, 1936.

política, y los Poderes tuvieron que trasladarse a Frontera con Tomás Garrido como gobernador. No se detuvieron allí, sino que a influjo de la presión política se vieron precisados a emigrar hasta la Barra de Santa Ana, ya en los límites con Veracruz. En ese recorrido por mar, a bordo de un barco casi zozobrando —mientras el jefe de las operaciones, general Francisco R. Bertani olvidaba sus deberes de soldado y se aliaba con la facción dominguista contra los poderes constituidos— acompañaban a Garrido, entre otras personas, Homero Margalli, Neftalí Hernández, Francisco J. Santamaría, Eligio Hidalgo Alvarez y otros más. Ya en esta última etapa, don Venustiano reconsideró su acuerdo y Garrido pudo regresar con el gobierno de su mando interino a Villahermosa. Volvió el general Green y fué removido el jefe de las operaciones militares, general Bertani: con éste, desaparecía su lugarteniente, el mayor Gómez, toxicómano, ex-fraile, individuo desorejado que había dirigido el fallido golpe de Estado contra Garrido.

Garrido retornó a su cargo en la secretaría general de gobierno. Con posterioridad se sucedieron con desconcertante rapidez diversos cambios. Al caer el gobierno de Carranza, Green se declaró obregonista, allá por abril de 1920. El congreso local designó gobernador a Alberto Nicolás Cámara. No pudo Cámara ocupar el cargo, pues retornó Green. Entonces sobrevinieron los sucesos sangrientos de octubre, y Green fué aprehendido por órdenes del gobierno federal. El Senado designó gobernador a Primitivo Aguilar, S., quien duró en el cargo desde el mes de octubre al mes de diciembre de 1920. Desde esta última fecha hasta marzo de 1922, Garrido se encargó del gobierno para terminar el periodo de Green. El 11 de marzo del 22, Garrido entregó el poder a Pedro Casanova Casao, que gobernaría hasta el 31 de diciembre de dicho año. A todo esto, debe recordarse que, en el interinato de Garrido, en breves etapas lo sustituyeron Manuel Garrido Lacroix, Leonel Magaña y Alejandro Lastra.

A la lucha electoral de esas fechas asistieron como oponentes tres candidatos: Tomás Garrido, Ernesto Aguirre Colorado y J. D. Ramírez Garrido que ya para entonces había sido ascendido a general. En el conflicto que sucedió a la lucha cívica, se pronunciaron en favor de Garrido, tanto el presidente Obregón como el candidato a la Presidencia general Calles. Resentido Ramírez Garrido, no tuvo otro camino que aceptar los hechos de su derrota, si bien aguardaba la oportunidad de rebelarse con-

tra Obregón y Calles, lo que tendría lugar en 1923 cuando secundó a Enrique Estrada y a Adolfo de la Huerta. Entre tanto, Garrido se hacía cargo del gobierno constitucional de Tabasco el 1° de enero de 1923, para el período que terminaría el 31 de diciembre de 1926. En cortos lapsos de ausencia, Garrido sería sustituido interinamente por Tito Hernández Olivé y Santiago Ruiz S.

A todo esto, por necesidades de conocimiento de la época, es imperativo retrotraer nuestro análisis al año de 1920. No fué sino un poco antes de ese año cuando en realidad quedó liquidado el debate entre rojos y azules. Garrido crearía la unidad tabasqueña unos años más tarde, pues todavía en 20 se estremecería el país con el movimiento obregonista contra Carranza.

A principios del año 20 llegó a Frontera, designado como jefe de las operaciones militares, el general Emilio Elizondo, de quien Garrido estaba seguro como elemento afiliado también al movimiento obregonista por haberlo confirmado así dicho militar. En esas condiciones, a su arribo estuvo a recibirlo Garrido. Era el 5 de mayo de 1920. Al encontrarse ambos jefes, Elizondo aprovechó fuerza y sorpresa, e hizo prisioneros a Garrido y a sus acompañantes, internándolos preventivamente en el barco que lo había llevado a Tabasco. Entre los prisioneros estaba José Mancisidor. Los demás amigos y colaboradores de Tomás se remontaron a la sierra en actitud rebelde. Sólo había permanecido fiel a su compromiso obregonista el general Ramón Sosa Torres. Años después, recordando esos días, Garrido contaba con elogio para sus amigos esa etapa, y sonreía de lo precario del "menú" aunque "se distraía fumando un puro" —según me dijo—, pues era el tiempo en que gustaba de fumar.

Menudearon luchas, confusiones y reveses. El país ardía con el movimiento obregonista. El día 20 de ese mes caía muerto el presidente Carranza en Tlaxcalantongo, asesinado. Para esto, el barco de Elizondo fué cañoneado en Frontera desde tierra, una noche, por el negrito Cirilo quien usaba un cañón de 75 milímetros que se encontraba en buen estado: adentro del barco estaban Garrido y sus compañeros. Hacia el amanecer, y aunque algo deteriorado, el barco había desaparecido con rumbo a Campeche. Allí el general Manuel Madrigal le quitó el barco, las armas y los presos a Elizondo quien antes pudo desembarcar y ocultarse, con lo que logró huir. Ya el movimiento obregonista se había generalizado en todo el país. El 17 de mayo, en Cam-

peche, el coronel Anacleto Guerrero aceptó adherirse, por fin, al movimiento triunfante, y los prisioneros políticos recuperaron su libertad. Entre tanto, Garrido había sido aprehendido de nueva cuenta y liberado a continuación, y abandonó Campeche hacia Yucatán.

De emigrado perseguido, al arribar a Yucatán otros acontecimientos lo aguardaban. Al poco tiempo fué designado gobernador interino de la península por el escaso lapso necesario para convocar a elecciones. En ese cargo duraría menos de un año. Tenía entonces 30 años de edad. Aconteció que el general Elizondo llegó también —de arribada forzosa a Yucatán, encontrándose nuevamente con Garrido que era jefe del Ejecutivo del Estado. En pago de los agravios de Frontera, la traición y la prisión vejatoria, Garrido le otorgó amplias garantías y poniéndolo en libertad lo proveyó de lo necesario para salir de allí. De su breve gestión por ese tiempo, puede recordarse por lo menos que procuró restañar los odios políticos entre los yucatecos y que se empeñó en conciliar los ánimos sin recurrir a la violencia con los caídos. De esa época data su antigua amistad con Felipe Carrillo Puerto, apóstol socialista del sureste. A fines del año 20 abandonó Yucatán y retornó a Tabasco.

Tres años iba a prolongarse la calma en Tabasco, aunque relativa. Garrido iba a comenzar una gran tarea: crear la riqueza ganadera en su Entidad. Empezaban a llegar los sementales; al arribo de cada uno o de varios, tenían lugar verdaderos acontecimientos sociales, ocasiones de feria, bailes populares y crecido entusiasmo. Se empezaba a luchar contra la inercia del agricultor en el propósito de abatir el monocultivo como forma exclusiva y peligrosa de sostener económicamente la riqueza del Estado, en busca de nuevas formas de trabajo de la tierra. Por otra parte, la gente era reacia al porvenir de la industria ganadera, con lo que se tornaba en ardua la tarea de convencimiento. Todo esto principiaba a formar un ideario para Garrido: la idea comenzaba a germinar, apenas principiaba la acción todavía confusa, la planeación vendría después, y también la dictadura, como si lo arbitrario de la regla creara el imperativo de su rigidez.

## **II**

# **LA REBELION DELAHUERTISTA**



ALLÁ POR 1921 es digno de mencionarse el choque de Garrido con Mr. Allen, representante de la Compañía de Petróleo "El Aguila". Dicho norteamericano obligaba a firmar a los pequeños propietarios, previo el pago de una irrisoria cantidad de cincuenta o doscientos pesos, el documento de cesión de derechos sobre sus propiedades que eran supuestamente petrolíferas, en Macuspana. Desde entonces se iniciaba la lucha por el petróleo. Al tener conocimiento de esos hechos, Garrido hizo comparecer en sus oficinas a Mr. Allen quien hasta el tercer llamado se dignó hablar con el funcionario. Al llamarle la atención Garrido, repuso con altanería Mr. Allen que "no eran asuntos de la incumbencia del gobierno y que él era ciudadano americano a quien nada podría exigírsele en las formas de sus negocios y los intereses que representaba". A ello recayó una resolución de tipo garridista: 48 horas después, Mr. Allen era sacado de Tabasco con rumbo a Guatemala por órdenes de Tomás.

A fines del año 23 se estremeció Tabasco con la rebelión delahuertista. Era jefe de las operaciones militares Vicente González, obregonista como Tomás Garrido. La asonada estalló en el puerto de Frontera. Abanderaron ese movimiento el general Gregorio Lozano, Fernando Segovia y Eustorgio Vidal quienes asesinaron al jefe de la guarnición y a Moisés Yervez que era presidente del comité administrativo. Una mera coincidencia de fortuna permitió que se salvaran de morir allí dos hombres de la confianza de Garrido: Homero Margalli y Ausencia C. Cruz quienes acababan de ser llamados a Villahermosa. Los infidentes aprehendieron a Quintín Arauz, precursor del movimiento socialista en ese puerto, así como a Santiago Stéfani, Manuel Tello, José Toache, Domingo García, Carlos y José Arauz, hermanos de Quintín, y a otro hombre de proverbial valentía, Abraham Pérez. Unos fueron llevados al municipio de Paraíso, y otros a La Pigua, lugar cercano a Villahermosa, a cuya vera corre con su precioso ritmo el río Grijalva. Allí fueron sacrificados; más tarde, en donde cayeron, a su memoria levantó Garrido varias pirámides conmemorativas.

Al sorprenderlo la rebelión, con el enemigo por el rumbo de Atasta —lugar de la ceiba magnífica cantada por los poetas—, Garrido reunió los hombres que pudo, y empuñando una carabina, a caballo se dirigió en busca de los sublevados para combatir. Alguien acertó<sup>3</sup> a decirle a su paso: “A dónde va usted como un cabecilla siendo el gobernador del Estado”, a lo que Garrido repuso, por toda respuesta que implicaba su decisión de pelear: “Allá”, y señaló el rumbo de Atasta de donde ya se oían los primeros disparos. Y allá tuvo lugar el memorable combate contra los rebeldes. Muchos hombres de Tomás cayeron heridos, entre ellos Ausencio C. Cruz, y otros muchos allí quedaron tendidos. Garrido peleó como cualquier soldado de línea, hasta que resolvieron regresar a Villahermosa. Allí continuarían la lucha, sitiados más de un mes por Fernando Segovia, Manuel Ferrer Vega, Eustorgio Vidal y Alberto Pineda que atacaban con gran dureza. Los sitiadores eran aproximadamente nueve mil hombres. La heroicidad de las mujeres tabasqueñas durante el sitio, merece mención de honor.

En la organización de la defensa de Villahermosa y en los combates de Atasta que la precedieron, Garrido empleó contingentes de las Ligas de Resistencia que en ese tiempo dirigían, entre otras personas, Ausencio C. Cruz y César A. Rojas; al frente de ellos, Garrido se fusionó con los demás oficiales del ejército, que admiraban su valor. Al lado de González, el Jefe de las operaciones, figuraba como Jefe de su Estado Mayor el teniente coronel Miguel Henríquez G. (ambos casarían con tabasqueñas, las hermanas González Aguado, probablemente en 1925). Rodeada la plaza por el enemigo, esa lucha resultaba desesperante. Varias veces trataron de romper el sitio sin lograrlo. Aumentaba la confusión por la esperanza de que arribara a socorrerlos un barco, que nunca llegó. Garrido se mantenía vigilando y revisando, dictando órdenes y recorriendo los puestos de peligro a día y noche; tirado en el patio del Instituto Juárez, envuelto en una manta, inadvertido totalmente por quienes a su lado cruzaban, dormía muchas noches, agotado por el cansancio. Una de ellas, por sorpresa y con máximas precauciones, los rebeldes les cambiaron la guardia; Garrido dormía dentro del cuartel mientras eso acontecía. Ya en otros cuarteles se había filtrado el enemigo. La plaza había capitulado: la había

<sup>3</sup> Medardo J. Rosado.

rendido el general Vicente González. A todo esto, al despertar se dió cuenta Garrido de lo que sucedía; sin perder esa serenidad que le permitió dominar las situaciones más difíciles de su vida, abandonó el edificio del cuartel saliendo entre la tropa enemiga que no lo reconoció. Cuando se dieron cuenta, Garrido ya estaba escondido en la casa de doña Carmela Green. En la entrega de la plaza, los rebeldes respetaron la vida de las tropas leales permitiéndoles abandonar Villahermosa, sin armas, con rumbo a Veracruz; allí se presentaron los soldados al grueso del ejército obregonista en espera de una oportunidad para retornar a Tabasco. Para esto, los delahuertistas habían formado su "gabinete", en el que Rodulfo Brito Foucher fungía como subsecretario de Gobernación; y, por lo que hacía a Tabasco, había sido designado "gobernador y comandante militar" Manuel Antonio Romero, bajo cuya administración fueron cometidos los asesinatos de La Pigua.

Oculto Garrido en la casa de Carmela Green, fué buscado por los rebeldes sin ser descubierto. Se escondía Tomás atrás de una mampara, hecho arco el cuerpo contra un muro, apoyados los pies sobre las soleras de la cama que, esquinada, cubría parte de la pieza de doña Carmelita. Los esbirros se asomaron abajo de la cama y no lo vieron: el hombre contenía la respiración. De allí, una noche lo sacó Jaidar por el río, abordando el cayuco en La Pigua y remontándose sigilosamente hasta la ranchería de Chablé, hacia la región de los ríos, hacia Palenque. Después lo mandó don Salustio Abreu a "Las Margaritas", de Balancán. Fué Margarito Centeno quien lo llevó a ese sitio dejándolo escondido en un lugar pintorescamente denominado "El Infierno". En ese sitio intervino en la fuga Miguel Rivera quien aceptó llevarlo hasta Reforma de Ocampo, a caballo, trayecto que cubrieron de las once de la noche a la una de la madrugada. En Balancán estaba de jefe de la guarnición Marcos Bentrúy, delahuertista, quien al ser interrogado por Rivera sobre su actitud hacia Garrido que huía, sólo afirmó que "eran puros hombres los que estaban en Balancán", dando a entender que no eran asesinos. Y a continuación ofreció salir —como en efecto lo hizo— con sesenta hombres en aparente búsqueda de Garrido rumbo a "Las Margaritas", o sea en sentido contrario pues de allí venían huyendo, con lo que daba tiempo a que ellos continuaran al sur. Allí en Reforma se le unieron a Garrido para continuar ayudándolo, Juan Galguera y su compadre Calixto Cámara; éste buscó

dos bogas o remeros para mover el cayuco y con ellos prosiguió el viaje entre las sombras de la noche. Al pasar por La Palma que estaba guarnicionada por delahuertistas a las márgenes del río, tuvieron que prescindir de los remos para evitar su rumor y continuaron moviendo el cayuco con brazos y manos; igual procedimiento tendrían que emplear más adelante, en Gracia de Dios, ya a unas ocho leguas de la frontera con Guatemala. Adelante de ese sitio se encuentra San Juan del Petén. En ese lugar se abrazan dos hombres, reunidos por la casualidad: Tomás y su hermano Pío Garrido quien llevaba una mulada a cuatro leguas arriba.

En tales condiciones arriba Garrido a la chiclería de la negociación Chicle Velopment Co., cuyo auditor era el viejo Agapito Domínguez, tabasqueño también, apolítico, quien conocía a Pío pero no a Tomás el gobernador. Aquél presentó a éste con Agapito. Esa chiclería se hallaba en el lugar denominado Paso Petén, que anteriormente se había llamado Paso de Caballo. Era gerente del negocio un norteamericano, Ernest Cooper, a la sazón e indebidamente simpatizador de los delahuertistas. A su arribo, Garrido vestía camisa azul de franela y un chontal corriente; carecía de dinero porque el único de que había podido disponer, en monedas de oro, le sirvió de regalo para Jaidar. Como si tal cosa, Garrido no se quitaba de la boca un puro de Huimanguillo, que en esa ocasión procedía de la guayabera de Agapito. Acompañado de César Valenzuela, secretario tabasqueño de Cooper, Tomás entrevistó al norteamericano y por medio de César —quien dominaba el inglés, idioma que entonces ignoraba Garrido— le pidió bestias para trasladarse con sus hombres hasta Ciudad Flores. Aconsejado arteramente por Valenzuela, Cooper se negó a ayudar, y aun le indicó a Garrido que debería tomar el camino real a pie, pues “no estaba dispuesto a dejarles usar el camino especial de la chiclería”. Don Agapito supo la conversación y sus términos, y en tal virtud recurrió a otro expediente: entrevistó al sargento Velázquez y le espetó, a secas: “¿Es usted hombre?”, a lo que obtuvo respuesta afirmativa y decisión de ayudar en la empresa de la fuga. Velázquez recorría los campamentos del rumbo vendiendo artículos diversos que transportaba en cuatro bestias de su propiedad. Con ese hombre-guía, esas bestias y los víveres que Agapito pudo penosamente reunir pues las chiclerías se sostienen con pan y leche por todo alimento, continuaron los fugitivos su viaje a Ciudad

Flores, si bien el auditor, desafiando a Cooper, hizo que utilizaran el camino de la compañía chiclera. Llamado más tarde por el gerente, el viejo Domínguez rechazó la reprimenda explicando que cumplía con sus deberes de mexicano y de tabasqueño hacia las autoridades de su tierra, y presentó su renuncia. Cooper decididamente no la aceptó.

Para esto, los fugitivos llegan a Ciudad Flores y son recibidos cariñosamente por el pueblo. Componían el grupo Tomás Garrido, sus hermanos Pío y José, Juan Galguera y el sargento Velázquez. Más tarde, en reciprocidad a la afectuosa acogida, Garrido regalaría a esa población una planta de luz eléctrica y energía en general. Desde allí hizo enviar Tomás a Agapito las noticias del desastre militar de los delahuertistas en Esperanza, novedades que llevaba Plinio Baño, pasaban a manos de Calixto Cámara y llegaban posteriormente a Villahermosa en forma clandestina.

Nuestro embajador en Guatemala era Juan de Dios Bojórquez, quien designó a Pío Garrido como Cónsul de México en Ciudad Flores. Con tal carácter y la ayuda de los guatemaltecos de la población, pudo don Pío iniciar el retorno de Tomás, de Guatemala a Chiapas y de allí a Puerto México, rumbo a Villahermosa. Pío y José querían retornar por Paso Petén, por el río de San Pedro, pero Cámara se opuso. Todavía desde el cayuco nuestro cónsul Pío lanzaba arengas de mexicano patriotismo, conmovedoras por las circunstancias.

Algún tiempo después, el señor Yeiss, presidente general de la American Chicle de N. Y., de la que era subsidiaria la Chicle Velopment Co., ordenaba la remoción de Cooper y designaba para sucederle al señor Taintor: aconteció que Garrido le hizo saber los acontecimientos arriba indicados, en una entrevista que solicitó Yeiss para pedir el libre paso de trabajadores tabasqueños a Guatemala sin otorgamiento de garantía —quinientos pesos— por las compañías a que iban destinados.

Con posterioridad, Garrido probaría que no era hombre capaz de olvidar ni los favores ni la amistad. Pasados tales acontecimientos, se reunirían en Frontera don Tomás y el viejo Agapito. Designó a éste —previa renuncia definitiva a la auditoría chiclera—, recaudador de rentas en Frontera. Después ayudó a Juan Galguera nombrándolo inspector de policía en Villahermosa y lo apoyó hasta que fué electo diputado. A petición de Rivera, formulada en su lecho de enfermo, le educó a

sus hijos, Paulino y Joselino, uno de ellos graduado más tarde de médico gracias a la solicitud enérgica de Tomás. Al sargento Velázquez le dió trabajo, cuando fué a solicitarlo, poniéndolo a las órdenes de don Agapito en la Compañía de Transportes Fluviales de Villahermosa. A Plinio Baño también le dió la mano, y le educó a su sobrino Carlos Fabre, hasta hacer de éste un apreciable técnico en artillería, crecido en un cariño fervoroso por Garrido. En cuando a Jaidar, lo ayudó con amplitud, exageradamente quizá; posteriormente se dividirían y Jaidar lucharía contra Garrido por motivos políticos, pero nadie ignoraría en Tabasco los muchos presentes, oportunidades y negocios en que Tomás lo había ayudado.

A todo esto, Tomás había entrado a Villahermosa combatiendo como general, nombrado por Obregón, al lado de los generales que iban formando en la columna comandada por González. Por su parte, los infidentes de Tabasco, al tener conocimiento de la derrota de Esperanza, optaron por huir sin aguardar a las tropas leales que retornaban, y previamente saquearon el Estado con apego a un ingenioso procedimiento criminal: exigieron que todos los inquilinos se abstuvieran de pagar la renta de ese mes a los propietarios y que inmediatamente depositaran esas sumas en manos de Lozano, Segovia y Vidal. Ese dinero fué cargado en mulas y desapareció.

Uno de los hechos que más afectó los sentimientos de Garrido en esa época, fué el asesinato de Salvador Alvarado, acaecido el 9 de junio de 1924 en "El Hormiguero", un rancho en la selva de Palenque. Fué su victimario el sedicente general Federico Aparicio.

Vencida la asonada delahuertista, don Adolfo de la Huerta abandonó el país. En Estados Unidos se encontró con él Salvador Alvarado, procedente del Canadá, a donde había logrado llegar desde Manzanillo para salvar la vida. De la Huerta le concedió facultades para "jefaturar la revolución", y Alvarado hizo rumbo a Tabasco pretendiendo capitanear un movimiento que ya estaba bien muerto. Se encontró con que tenía igual nombramiento que el suyo, Cándido Aguilar, y se establecieron dos jefaturas de operaciones militares. Continuaba fungiendo como "gobernador" Manuel Antonio Romero, si bien a salto de mata. Alvarado confió la guarnición de Cárdenas al general Green, y la de Tenosique al general Rodolfo H. Vivanco. Su plan de reor-

ganización fracasó desde el momento que Frontera, a fines de mayo del 24, fué tomada por las fuerzas obregonistas de González Fernández; guarnecía Frontera el general Segovia, quien no pudo sostenerse y huyó desmoralizado. Alvarado abandonó Villahermosa el 23 de mayo, haciendo camino a Tacotalpa: lo acompañaba Ulises González con veinticinco hombres, pues la escolta de Alvarado, al mando de Basilio García Aranda, estaba en Amatán, en el Estado de Chiapas.

Aparicio hizo saber a Segovia desde Salto del Agua que tenía órdenes de Cándido Aguilar para operar en Santa Margarita, entre Chiapas y Tabasco. Alvarado se enteró de ese telegrama estando en Macuspana. Se pensaba, con Manuel Antonio Romero, instalar el "gobierno de la legalidad" en San Carlos, pueblo fronterizo con Chiapas. Alvarado, envejecido y agobiado, ante la desmoralización general y la confusión reinante, sospechaba de las intenciones de Aparicio quien para entonces se encontraba emboscado el "El Entronque", en la ruta de Montecristo, quizá con el propósito de asesinar a Alvarado que permanecía en Tepetitán. Días después llegó a situarse ante esa población Aparicio, sobre la margen del río. Se concertó una entrevista de Alvarado con él, que tuvo lugar en las oficinas del telégrafo de Tepetitán. Allí el esbirro mintió lealtad, adicción y pidió órdenes: "Soy incapaz de traicionarlo", "soy hombre honrado, aunque siempre he robado algo", decía con astucia y cinismo. Alvarado le ordenó trasladarse al rumbo de Palenque, lo que hizo Aparicio. Continuaban las deserciones, y la gente iba a unirse con Aparicio.

Alvarado pernoctó en "El Entronque" el 8 de junio del 24. De allí se dirigió a la selva, donde sería asesinado por Aparicio. Llegó a "El Hormiguero", lugar rodeado por la selva. Una vez que almorzó, salió a buscar la vereda que serviría de camino: lo acompañaba el guía indígena y un alemán, atrás marchaba el médico Fulgencio Casanova, después seguía el teniente coronel Sergio Acuña y luego otros hombres. De improviso apareció un sedicente mayor acompañado de diez hombres armados. Cuando Alvarado lo interrogaba, salió del monte Diego Subiaur quien alevosamente disparó sobre Alvarado al propio tiempo que lo llenaba de injurias. El primer disparo lo hirió en la ceja, produciéndole una muerte instantánea. Menudearon los disparos y los muertos. El propio Aparicio, al intimarle rendición a Angel Pérez, fué herido por éste. Allí mismo fué enterrado Salvador

Alvarado. Afirman algunos comentaristas que Aparici6 obr6 bajo instrucciones del general Vicente Gonz6lez Fern6ndez,<sup>4</sup> quien hab6a ofrecido treinta mil pesos por la cabeza de Alvarado.

<sup>4</sup> J. D. Ram6rez Garrido. *Diccionario Tabasque6o*.

### **III**

## **BUENA ESTRELLA EN LA TORMENTA**





Garrido a caballo, en traje de charro, ante el quiosco del municipio de Centla, en terrenos de la Exposición, con motivo de la Feria Agrícola y Ganadera.



Garrido en Alvaro Obregón, Tab., ante el local del Comité Pro-Feria Ganadera. Lo acompañan sus colaboradores de ese evento.



El Presidente de la República, Abelardo L. Rodríguez, fotografiado con Tomás Garrido, durante una fiesta cívica en Villahermosa. Con ellos aparece la primera dama del país, doña Aida V. de Rodríguez.



Garrido, de charro, de pie, acompañado de otras personas en su granja "La Florida", de Villahermosa, Tab., durante la Feria Agrícola.

**G**ARRIDO se hizo cargo del gobierno nuevamente y otorgó garantías a la población tabasqueña que con su arribo respiraba. Reorganizó la administración con su proverbial energía. Impuso un clima de actividad.

Ya en 1925 le fué ofrecida la candidatura a senador, en que triunfó sin contrincante. Al llegar a México para registrar su credencial en el Senado, se sorprendió al saber que Rafael Martínez de Escobar había registrado otra credencial en propio beneficio, no obstante que no había realizado campaña alguna en Tabasco. Esto dió lugar a un conflicto electoral con motivo del irregular procedimiento. Hubiera logrado imponerse su oponente sobre Garrido, valido de sus amigos en el Senado, si otros acontecimientos no hubieran trabajado en su contra, con natural escándalo de la opinión pública capitalina.

Sucedió que después de haber estado en el Senado, Garrido cruzó por la Plaza de la Constitución acompañado de varias personas de su confianza: Santiago Caparroso, Andrés García, Marcos Díaz y Francisco Trujillo Gurría. En la esquina que forman las calles de Madero y Monte de Piedad, se encontró con el general Eulalio Gutiérrez y al momento que se abrazaban, se presentó Amado Pedrero. Cuando éste tendió la mano para saludarlo, Tomás le dijo en son de mofa: "Abre bien la mano pues sospecho que puedes traer una bomba de dinamita, ya que tú y otros andan acechándome para asesinarme". A lo que el recién llegado repuso: "No, Tomás, tú sabes que yo te estimo de verdad". Y en seguida fué presentado por Garrido al general Gutiérrez. Minutos después se despidió, quedando en la conversación aquéllos por un cuarto de hora aproximadamente. Después Garrido reanudó su camino hacia el "Hotel Jardín", que estaba en la calle de San Juan de Letrán. Allí conversó con Fausto Topete, gobernador de Sonora, y con otras personas. Volvió a salir, esta vez hacia el "Hotel Buenos Aires", ubicado en las calles de Motolinía. Lo acompañaron los ya citados Caparroso, García y Díaz, más otros dos muchachos que iban rezagados conversando. Trujillo Gurría ya no lo acompañó, se dijo que por virtud de una llamada telefónica que recibió en el "Hotel Jardín", con la que lo previnieron respecto a lo que iba a acontecer.

Garrido tomó por Madero, de poniente a oriente. Al cruzar la esquina de la calle de Gante, los dos muchachos rezagados se vieron impedidos de adelantar, por el paso de los vehículos. Garrido llegó con sus tres amigos a la altura del Pasaje Iturbide. Entonces se oyeron varias detonaciones de pistola sin que, de pronto, en la confusión y la sorpresa, se notara quiénes disparaban ya que lo hacían parapetados. Garrido se sintió herido en el hombro y abajo de una mejilla, rozado por las balas. Al mismo tiempo caían muertos Andrés García y Marcos Díaz, y atravesado por varios proyectiles, moribundo, Santiago Caparroso. Garrido continuaba disparando sobre sus asaltantes que huían y que no fueron aprehendidos. Eran siete hombres, jefaturados por Amado Pedrero que fué quien disparó sobre Caparroso. Le habían apuntado a la cabeza a Garrido suponiendo que traía blindaje bajo las ropas, mas no acertaron al disparar. Tres meses antes, en Puerto México, por la espalda le había disparado Fernando Alipi Oropeza, huyendo cuando Garrido hizo ademán de sacar la pistola: también figuraba entre los asaltantes de la calle de Madero. Garrido abordó un automóvil en la puerta del Pasaje Iturbide y previamente ordenó a los amigos que llegaban se atendiera a los caídos. Era 19 de agosto de 1926, a las 13 horas, cuando tales cosas sucedieron. Tres horas después moría el diputado Santiago Caparroso en un sanatorio. Los tres cadáveres fueron conducidos a Villahermosa, embalsamados, y el pueblo les tributó un fervoroso homenaje cuando llegó con ellos Homero Margalli. Posteriormente, Amado Pedrero trató de justificar esos crímenes so pretexto de que Garrido había ordenado que le fuera propinada una paliza a su padre, noticia que enloqueció al hijo decidiéndolo a atentar contra la vida de Tomás. La coartada era falsa. Pasó un mes. Amado Pedrero salía a la calle acompañado de dos hijos suyos: a uno lo llevaba en los brazos, al otro de una mano. Sabía que si trataban de disparar contra él, los niños los detendrían. Y así fué, en efecto. Pero una mañana salió en busca de cigarrillos. Iba sin los niños. En la esquina de su domicilio debe haber recordado y comprendido su error. Violentamente regresó a la casa, quizá por los niños. No pudo llegar, cerca de la casa quedó tendido a balazos.

Los acontecimientos de la calle de Madero dieron lugar a que el Senado aprobara a toda prisa la credencial de Garrido sin que volvieran a aparecer sus opositores. Este pidió licencia indefinida y entró al Senado su suplente, Margalli, por todo el

periodo. Garrido marchó a los Estados Unidos por una temporada que aparentemente serenó los ánimos. En mayo de 1927 regresó a Tabasco donde los trabajadores de las Ligas de Resistencia le tributaron una acogida sin precedente.

De la época de su primera juventud, los retratos de Garrido exhiben a un muchacho delgado, de elevada estatura, vestido con sencillez y un marcado tono pueblerino. Al arribar a los treinta años era ya un hombre fuerte, de maciza complexión. Peinaba hacia atrás. La frente despejada y hermosa. La nariz un poco aguileña. Primero, por años, usaba un bigote de puntas casi romántico; después lo usó recortado y moderno. Tenía gruesos y carnosos los labios. Proporcionadas aunque un poco grandes las orejas. La ceja poblada pero no tupida. La dentadura muy blanca, los dientes grandes porque la dentadura era correcta. Los ojos de color leonado, intensamente leonado. Se diría que sonreía con los ojos. Tenía, por lo demás, una singular mirada de águila que sólo cambiaba al tenor de aquella su peculiar sonrisa, ancha, profundamente humana. Un sombrero de ala ancha, probablemente un lujoso jipi-japa o "Panamá", cubría su cabeza, esa cabeza que un grueso cuello sostenía sobre los fuertes hombros, pues todo en él era proporcionado, armónica la figura. Era blanco sin ser sonrosado. De los padres le venía esa piel europea, ese tamaño de estatura. Tenía las manos llenas y perpetuamente en ademán abierto, trasunto de una actitud moral, quizá, ante la vida. El gesto reposado, pero pronto a agitarse. Todo en él acusaba una indiscutible personalidad. Su presencia imponía, a unos y a otros. Gustaba de montar a caballo. Gustaba de tirar al blanco con pistola y con rifle (recuerdo una preciosa ametralladora de fabricación belga que, a su regreso del exilio, le fué regalada por don Manuel Avila Camacho, y la cual manejaba con destreza). No era un espíritu refinado al estilo del humanista. Gustaba todas las cosas de las artes populares. Andando el tiempo prescindiría de fumar, pero entonces gustaba de los puros, los grandes y oscuros de Huimanguillo. Nunca fué aficionado al alcohol, y más tarde lo prohibiría en Tabasco, pero en ese tiempo probaba algunas ocasiones el coñac. Puede ser que su gran debilidad —y su error, por el exceso— hayan sido las mujeres: de todos modos, un defecto varonil. Sólo Tabasco y la política constituían una pasión superior a la que sentía por las mujeres, pero aun en esto mantuvo siempre una gran dignidad personal, un estilo de natural elegancia masculina. Obcecado

en sus ideas, apasionado en cuanto intervenía, profundamente convencido de su buena estrella. Grande en la amistad y peligrosamente grande en la enemistad. Ese era Garrido a los treinta años de edad, y, con pequeños cambios físicos, así sería hasta la hora de su muerte.

Entiendo que en materia política tuvo mucho de la psicología del jugador: pese a que calculaba todos sus actos conforme a los dictados de la experiencia, gustaba de apostar todo a una jugada. Influyó en esto no sólo su carácter apasionado sino su enérgica decisión, la superabundante voluntad que animaba todos sus actos. Esto era, por otra parte, un contrasentido en buena lógica política, pues si bien admitía sentirse obligado de por vida a un concepto de lealtad que le cerraba el paso, a la vez no admitía cambios en su línea vertical de conducta, sus convicciones y su doctrina. El tiempo iba a demostrar esa contradicción: Garrido sería sacrificado por la amistad en su lucha entre la doctrina y la lealtad personal. Cuando hubo de decidir entre el general Plutarco Elías Calles y el Presidente Cárdenas, Garrido actuó con sencillez moral de simple amigo de Calles, y así lo dijo a Cárdenas personalmente en el Palacio Nacional al entregarle su renuncia: "Entré al Gabinete como amigo del señor general Calles, y estoy obligado a aceptar mi responsabilidad a su lado". Hoy puede considerarse que el deber revolucionario debió llevarlo a respaldar a Cárdenas, por la investidura de éste, por las causas que abanderaba, por la razón moral que le asistía, y porque al otro lado no representaba Calles, en propiedad, entonces, ni una actitud progresista ni una rebeldía popular. Pero ése era Garrido, de ascendencia tercamente liberal, seguramente anarquista por ser hondamente individualista, orgulloso de su lealtad hacia los amigos aunque le costara cualquier precio. En la misma medida era exigente y tremendo: aceptaba olvidar y a veces perdonaba —por señorío— los agravios del enemigo, pero nunca olvidaba la deslealtad. En esto era equitativo: daba exactamente lo mismo que esperaba, lealtad. Puede afirmarse que en el sureste él puso de moda, impuso esa palabra en el léxico político que siempre la tuvo por obstáculo para triunfar. Con esto creaba una escuela política que, por lo menos en ese sentido, era una escuela moral. Alguna vez me escribió desde Costa Rica, refiriéndose a un joven orador tabasqueño: "No me extraña lo que usted dice. Es muchacho de grandes ambiciones que no sabe llegar a las alturas como las águi-



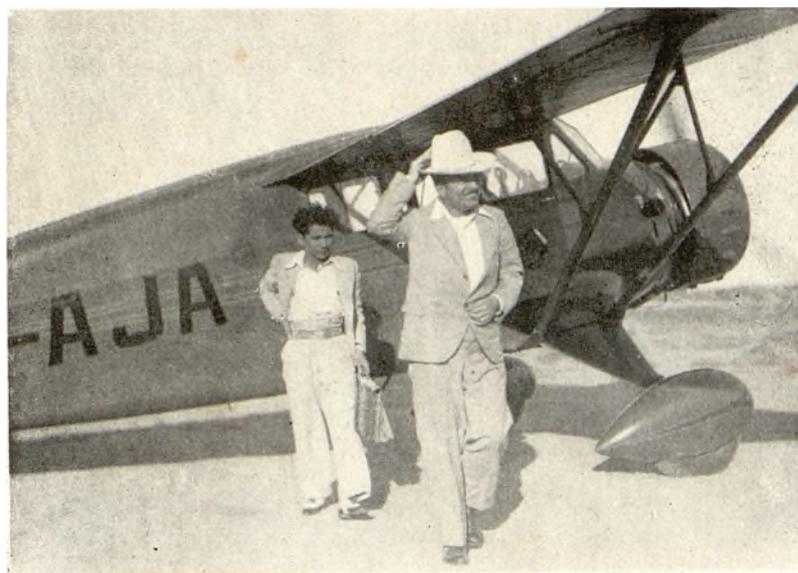
Garrido con su amigo don Manuel Avila Camacho, entonces jefe de la zona militar de Tabasco, quien es promovido a otra comisión. Aparece también la respetable señora doña Soledad Orozco de Avila Camacho. Al centro, con sombrero, el Lic. Roque Estrada, amigo de ambos funcionarios.



Con la ganadería al fondo —en que destaca un cebú—, se ve a Garrido acompañado de su esposa y de su hijo Lenin.



Tomás Garrido con el Presidente de la República don Abelardo L. Rodríguez, en la ciudad de Villahermosa.



Garrido abandonando el avión "El Guacamayo", rumbo a El Tambor, Sin., para entrevistarse con Calles y Cárdenas. Atrás de él, Amado Caparrosa.

las, a fuerza de aletazos. Déjelo, no se preocupe, que cada época tiene sus hombres”.

Procuraba siempre servir a sus amigos y jamás olvidaba las deudas morales que tenía con sus enemigos. Durante la rebelión delahuertista, Felipe Carrillo Puerto le escribió informándole que estaba dando dinero a Juan Ricardes Broca y que estaba seguro de su adhesión al movimiento obregonista pues así lo había ofrecido. Entonces Garrido, preocupado por lo que consideraba un error —y así fué—, le contestó a Felipe: “Ten la seguridad de que si puede hacerlo, Ricardes te asesinará. No le entregues dinero, úsalo para comprar armas y estar prevenido contra los traidores”. Esto pasaba un poco antes del sitio de Villahermosa. Más tarde, Felipe Carrillo Puerto caía asesinado por el traidor Juan Ricardes Broca, y al saber Garrido la noticia, que lo impresionó amargamente, sólo comentó: “Felipe era un gran hombre que merecía otra suerte y no caer en la emboscada de un sucio asesino”. Poco después Ricardes se suicidaría en Honduras cuando el régimen de Obregón trataba de extraditarlo a México.

En otra ocasión, también de la etapa delahuertista, Garrido pudo hacer fusilar al general Eustorgio Vidal, uno de los sitiadores de Villahermosa. Pero no sólo perdonó, sino que lo ayudó a salir del trance. Pocos se explicaron esa actitud, muchos la censuraron porque esperaban un escarmiento. La razón de Garrido estaba muy de acuerdo con su propia moral. Aconteció que en los días del sitio a Villahermosa, en la confusión y la huida, el padre de Garrido abandonaba la ciudad solo y sin alguien que lo protegiera, a pie, como podía. En tales circunstancias se lo encontró Eustorgio Vidal y pudo haberlo asesinado. No obró así, ayudó al viejo, incluso se prestó a darle la mano para que volviera a ponerse las botas, pues Pío Garrido Lacroix estaba rendido físicamente, agotado y descansando en el camino. Ese gesto fué la salvación del padre de Garrido. Más tarde, Tomás lo supo todo por su propio padre. Y cuando pudo liquidar esa deuda, la pagó con el perdón a que se creyó obligado.

Pertenece a la misma época su participación en favor del general Carlos Green. Este militar estuvo comprometido a actuar con los delahuertistas, incluso militó a las órdenes de Salvador Alvarado en aquella aventura. En el revés que sufrieron los infidentes, Green fué aprehendido por Lucero y puesto a disposición del sedicente general Federico Aparicio. Este, a su vez, pi-

dió instrucciones al general Calles quien, de acuerdo con Obregón, ordenó el fusilamiento. Garrido estaba en México, y, al saber la fulminante orden trató de entrevistar inmediatamente a Calles, pero éste conocía bien a Garrido, sabía la amistad de Green y Tomás, y suponiendo con acierto el motivo de la entrevista, no lo recibió, valiéndose de cualquier pretexto, citándolo para la tarde. Contrariado y angustiado, Garrido regresó horas después. Al pedirle a Calles que se respetara la vida del general Carlos Green, el sonorenses sólo repuso: "Damasiado tarde". En efecto, ya se había cumplido la orden y Green —con su hermano Alejandro— acababa de ser pasado por las armas por Federico Aparicio, el mismo matoide patológico que había asesinado al general Salvador Alvarado.

Tomás no era un tipo contradictorio, era un tipo desconcertante. Von vieja argucia literatoide, sus enemigos<sup>6</sup> pretendieron ver en él un caso clínico: el partido de la derrota se refugiaba así en la calumnia, gozaba recalentándola al fuego del resentimiento, mezclándole ingredientes de terror y de espanto muy propios para la mente retrasadamente infantil de muchas gentes. Pero la realidad era otra. La vida de Garrido estuvo llena de riqueza anecdótica, de sucesos originales. Documentos y testimonios se han perdido, otros han sido ocultados por quienes esperan subastarlos al mejor postor, mas lo mucho que queda disperso y en la memoria —o en nuestro archivo personal— es suficiente para trazar su dibujo.

Cierta ocasión un amigo de Garrido se quejó de que Leonel Magaña, quien era su arrendatario, ni desocupaba ni liquidaba las rentas insolutas. Intentó servirlo Garrido y dió a entender al juez la conveniencia de violentar el juicio de desahucio, a lo que el letrado repuso: "No puedo, licenciado, porque Magaña es mi amigo". Garrido lo atisbó al soslayo y cambió de tema. Al día siguiente, el juez entregaba a Garrido las llaves de la desocupada casa: así respondía Magaña a la confidencia y a la "hombreada". Garrido nada comentó.

Más tarde fué a pedirle un favor semejante el Procurador del Estado, y Garrido le respondió a secas: "No puedo, señor Procurador, porque el interesado es mi amigo", y cortó la conversación. El gobernador había aprendido de sobra la lección.

<sup>6</sup> Alusión a M. González Calzada (ex-camisa roja). *Tomás Garrido al derecho y al revés*.

Aconteció otro incidente semejante. Esta vez por detención de Lorenzo J. Rodas. Preso éste, en demanda de auxilio envió un recado a Medardo J. Rosado. El mensajero equivocó al destinatario y puso la nota en manos del tesorero del gobierno del Estado, quien, con afán de congraciarse, entregó ese papel a Garrido. Molesto el gobernador mandó llamar a Rosado y le reprochó sus tratos con “detenidos”, a lo que Medardo contestó: “No sabía yo nada de esto, licenciado, pero si Rodas me necesita lo ayudaré porque es mi amigo”. Garrido guardó silencio, pero una hora más tarde y sin mayores aclaraciones estaba libre Rodas y la intriga quedaba en el oído.

Tenía una excelente memoria. Conocía los nombres, los parentescos y las vidas de la mayor parte de los tabasqueños. Al pasar los años recordaba con extraordinaria precisión, más que los favores que había hecho y que gustaba de olvidar con su elegancia de varón, los que había recibido. Alguna ocasión yo le pregunté —con visible indiscreción de mi parte— si era verdad que en vísperas del rompimiento Calles-Cárdenas él había condonado contribuciones de una finca en Tabasco a alguien que posteriormente encabezaría la mal llamada “punitiva”, la coyuntura de su caída. Y aunque así había acontecido, Garrido no quiso darme una respuesta definitiva, sino que abordando otro aspecto de la misma familia, me dijo: “Mire usted, Dromundo, lo que importa no es ese señor. El sufre con la indiferencia. La que merece todo respeto es su señora madre. La comparo con la mía y es cuanto puedo decir en elogio de ella”. Y continuó comentando sus virtudes, explicando la estimación que la familia Garrido le profesaba con anterioridad pues siempre los frecuentaba (es claro que antes de la “punitiva”). De este modo deslindaba de lo político, su juicio moral sobre las personas. No se ofuscaba por tener entre ellas enemigos acérrimos, gente que lo odiaba porque Garrido no aceptó sus ambiciones ni apoyó sus deseos por llegar a la Cámara de Diputados. Pensaba yo cuánta miseria y lodo se cubrían con la hojarasca fácil de las calumnias periodísticas. Y a pesar de sus defectos —que yo conocía bien—, me parecía muy superior Garrido a cuantos lo habían combatido.

Aquella noche, cerramos la conversación con el agradable disfrute de refrescos tabasqueños. Alguien se cuidaba de enviarle hasta México a Garrido, por avión, las frutas que ese día paladeamos: jujo, marañón y guanábano.



IV

EL HOMBRE EN EL  
PAISAJE TABASQUEÑO



**E**L PUEBLO tabasqueño tiene características especiales. No puede entenderse con exclusivo apego a

las ideas o costumbres de la Mesa Central que le son antitéticas, ni con arreglo exclusivo a las normas de la cultura occidental de tipo superior. La educación ha hecho su camino en Tabasco desde el siglo XIX, y Garrido tuvo su parte y sus responsabilidades en un lapso aproximado de diecinueve años de acción política; a pesar de ello, el tabasqueño ha de ser entendido como lo que es, producto original de su tierra. De igual suerte, Garrido no puede ser juzgado con propiedad sino en función de su tiempo, de su ambiente, de la naturaleza de los hombres que dominó o enfrentó, y en relación con la índole de las luchas e ideas de su época. Verlo al través de otro marco que no sea Tabasco, es deformarlo. Pretenderlo ajeno a las pasiones, los errores y la fantasía temperamental del tabasqueño, sería otro error. Si el hombre tuvo en vida suficiente luz, su figura ha de resistir los juicios que pretendan examinar sus sombras. Tabasco también es sombra y luz. Fué Díaz Mirón quien dijo: "la sombra que hace resaltar la estrella".

El tabasqueño es genuina síntesis del paisaje del sureste. Es como sus tierras, gusta de ser bañado por sus ríos. Inmerso en el fluvial embrujo del paisaje el hombre es también estático y salvaje, desbordante y activo, lujurioso y tranquilo, afable y pasional. Curiosa mezcla de las tormentas, de las abruptas serranías, de las tempestades selváticas, de la proveidez de la tierra y de la espléndida majestad de los ríos. Las selvas y las sabanas, y la flora y la fauna constituyen en Tabasco unidad de armonía. Y así también era Garrido, no estaba hecho de suspirantes actitudes a la usanza de la pintura de salón del siglo XIX mexicano, sino que tenía el alma dramática y humorística de Tabasco, tenía luces primordiales y oscuridad trágica a la vez como un trabajo de Posada; era una figura sin otro recurso que sus propias líneas, tenían sus rasgos la solidez de la escultura, pero sus actos una extraordinaria condición de "corrido"; a veces cruza como un lingote de oro por los años de parda tiniebla de su tierra, y en ocasiones su misma luz va siendo envuelta en la tiniebla, como si él se empeñara en desdibujarse o en negarse, hasta sumir la imagen de deslumbrantes tonos en una espesa

bruma surrealista, una bruma que obliga a trabajar la figura con sus propios materiales, con su luz y su sombra. Pero aun en esto era tabasqueño: también los ríos andan muchos amaneceres buscando su salida entre la bruma.

La naturaleza canta y se encrespa alternativamente en el hombre de la costa y de las regiones montañosas tabasqueñas. Sus gentes son arcilla que modela el clima, el paisaje, el duro trabajo de la vida del trópico. Más que la tierra, el hombre es la geología de Tabasco, su fundido mineral, el viviente soplo de la roca animado de mágico sentido en el eterno viaje de los años. La leyenda ha creado un falso concepto fatalista, indiferente y adormecido del tabasqueño, pero la imagen es otra: es la línea hermosa y vital del cargador de puerto, del alijador con una enorme viga al hombro recién quitada al árbol, y es la fuerza del boga del cayuco que sube y baja el río mientras sus músculos en tensión simbolizan la belleza del ritmo y del movimiento; es también la imagen del caporal que emerge en el tropel de cabezas vacunas con el sombrero de palma deshilachado por los vientos, mientras su mano recorta en el aire un argumento encrespado y curtido de vaquero; o, si se quiere, el tabasqueño es la imagen del acerado hombre rudo de las chiclerías, o del que encallece en los platanares donde el sol hace espejismo como si ráfagas de estaño flotaran ante la vista. Es el hombre que trabaja, que sufre y ríe, nada más y nada menos porque esto es ya una filosofía ante la vida.

En Tabasco la atmósfera luminosa flota sobre la tierra con pedazos de luz. No hay hipérbole. Desde sus cuencas prodigiosas hasta la desembocadura de sus aguas, desde Boca del Cerro hasta Tres Brazos, desde que entran o nacen hasta que corren y mueren sin morir eternamente, desde que van abriendo bocas y enlazando a otros ríos que se arrastran en una red de coruscantes sierpes de colores, el Usumacinta, el Grijalva y el San Pedro constituyen, para Tabasco, la mística fluvial de su riqueza, y de su hechizo. Sobre ellos, tan anchos y tan fuertes, la luz de luna es casi diurna por dilatada y abierta, y los haces de luz solar son derechos y rojos, se antojan una gran selva de lanzas que desde siglos penetran en la verde ambrosía de la tierra esmeralda, o que hieren y enriquecen la cambiante tonalidad metálica, tonalidad de acero, del río o de los ríos que se arrastran perezosamente con el lento cayuco a las espaldas. Pero en uno u otro caso, no hay hipérbole en observar que la atmósfera tabasqueña



Puede apreciarse el gesto especial de Garrido quien escucha y conversa sobre temas políticos en esta ocasión.



Sólo excepcionalmente pronunciaba Tomás Garrido algún discurso. Habla en esta ocasión en una escuela-granja de Villahermosa. A su lado doña Dolores Llovera de Garrido, y junto a ella el magistrado de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, don Alberto M. González.



En Tapijulapa, Tab., el año de 1934, y con motivo de la campaña por la Presidencia de la República, aparecen Lázaro Cárdenas y Tomás Garrido. Banderas, estandartes y una banda de guerra en uniforme rojinegro, los acompañan.

está colmada de turquesas y rubíes, como si las cosas de la tierra estuvieran en el aire, como si el espíritu del verano adquiriese permanencia en la brisa y en la nube y como si trasplantadas contra el cielo de subyugante azul se llenara el espacio, al caer de la tarde, de flores rojas de framboyán, de lirios blancos y morados, de mirtos y jazmines, de humildes anonillas y señoriales mantos de la virgen. Es como una fiesta de luz que va sembrando siempre el camino de los ríos hasta que se lanzan al mar, y que en el gran silencio musical de sus bosques, en el misterio virgen de la selva, en la lujuria de color de sus costas, colma de músicas los aires y la tierra, puebla de pájaros y mariposas la estampa del crepúsculo, puntea de súbitos signos fosforescentes el torso melodioso de las aguas, y arranca de los platanares y de los cacaotales un venturoso alarde de alegría. Así ha sido Tabasco. Así canta y vive Tabasco.

El tabasqueño, violento, trabajador, imaginativo, declamatorio, sabe cantar en todas partes. Y Garrido los ayudó a fomentar su perdida alegría con ese impulso de libertador y de dictador que pretendía, por todos los medios, por la dictadura y la disciplina, por la destrucción y la educación, por la planeación y la violencia, lograr que fuera su tierra un sitio donde el hombre viviera mejor que en otros rumbos. Hizo de Tabasco un emporio de riqueza social que antes de él no existía y que después de él sería barrido por los años. Allá en Frontera o en Paraíso, en Nacajuca o Cunduacán, en Tacotalpa o en Centla, en Tenosique o Huimanguillo, en Balancán o en Zapata, o en cualquier orilla de Villahermosa que caiga sobre los cobrizos azules del Grijalva, quizá ahora como en la época de Garrido, una música vibrante se levanta.

El viejo son costeño y picaresco se levanta al cielo desde las marimbas y las guitarras con el escalofriante zapateado. Tiembla con la música el aire en el prolongado incendio de los ríos que produce la tarde, las antiguas, las inmortales tardes de Tabasco que se derrumban pausada y armoniosamente sobre la tierra caldeada, ennoblecida y gloriosa. Canta la tabasqueña con su enflorada gracia, baila envuelta en sensual señorío, en el combatiente señorío de su coquetería. En sucesión relampagueante de pasos y rutinas, apenas si la vista logra alcanzar por instantes el vértigo en que agitan sus pies los bailarines con magnífica agilidad, con incansable maestría sobre el tablado retumbante, sobre la tabla llena de ecos que se atropellan. Como un polvo de luz

flota en el aire terso de Tabasco la voz sin voz de las estrellas, las estrellas que bañan en los ríos su muda música de siglos. Y mientras el Grijalva corre hacia la muerte sin cesar, el son alegre continúa bajo los cielos encendidos, tachonados de astros. A veces se interrumpe con el silencio esa música de orgía singular, para dejarse oír el lánguido susurro de "Las Blancas Mariposas", la sensual melancolía de las "Tristezas Tabasqueñas", el primoroso romance de las "Tardes de Tabasco" o el enamorado giro de los "Murmullos del Usumacinta". Y entre uno y otro descansan que los puros de Huimanguillo decoran con su aroma de fresca hoja de tabaco, en los altos del baile que señala el silencio con el paso del río triunfador y su acento de concordia, los bailarines se reaniman con espléndidos platos de pejelagarto y de tortuga. Mañana será el chorote vivificante. Vuelve a estremecerse el aire con la música mágica de las marimbas, vuelven los bailarines al tablado, y todo en Tabasco canta y es alegre hasta que se anuncia el nuevo día, y se abre espaciosamente con reflejos de indeciso topacio, de topacio profundo que lame a tientas las aguas del Grijalva. Así lo vió Garrido. Así vivió Garrido los mejores años de su vida.

Fué siempre intensamente tabasqueño. Todo lo atraía a su tierra. Por el conjunto de sus actos, por la hondura magnética de la mirada, era dable suponer en él, mezclado por oscuros designios a su psicología de hombre blanco, algún vestigio anímico de la época tzendal que se pierde en la prehistoria tabasqueña; aquel impulso de atracción irresistible que hizo a los hombres emigrar por el agua hasta las márgenes del Chacamax, aquel fáustico jalón que los llevaba hasta Tabasco en el tiempo primitivo, y que a los fundadores de Palenque, al lado de Itzamná, les ha de haber arrasado los ojos al sólo recuerdo del imponente Usumacinta. Porque Garrido estuvo adherido con todas sus fuerzas y su amor a Tabasco. Aun a la hora de morir, Tabasco fué su último pensamiento, y quiso que en Boca del Cerro fueran esparcidas las cenizas de su cuerpo sobre el Bajo Usumacinta. Aun sus ideas sociales, su pensamiento, su acción, todo lo encaminaba hacia Tabasco. Ese cariño adicto por su tierra, se explica en función de la extraña mezcla de sentimientos de que él mismo estaba hecho, porque era ternura varonil y coraje recóndito, era la posesión y el sueño, era la voluntad avasalladora y la indiferencia, era lo sensual y lo místico, era su orgullo de tabasqueño y su idea de considerarse —quizá con sobra de razón— el mejor

tabasqueño de su tiempo. Se diría que todo lo quería para Tabasco, su experiencia, su poder, su ira, sus grandes e inquebrantables equivocaciones, sus aventuras políticas o sentimentales, todo lo vivía en relación con su tierra. Su influencia ante Obregón, ante Calles, ante Cárdenas, ante Avila Camacho, siempre la derivó en beneficio —más que suyo— de Tabasco. Era un extraño místico irreligioso, un místico del poder cuya religión era Tabasco. Es verdad sabida que lo mató el cáncer, pero aventuro suponer que su agonía comenzó con el destierro: el hombre no podía vivir fuera de Tabasco, la lejanía era una enfermedad que lo roía más que la derrota. Para la derrota le sobraba entereza, para estar fuera de Tabasco le sobraba corazón y le faltaba llanto. Porque es obvio que no sabía llorar.

En eso como en todo era un tipo natural y sencillo. Sus huracanes de ánimo, sus tremendas crisis nerviosas, el temporal que agitó largas rachas de su vida, prueban que era duro y generoso, tierno y despiadado como una fuerza de la naturaleza. Gustaba de la música popular, sin menosprecio de las manifestaciones culturales superiores, su gozo radicaba en las cosas del pueblo. Durante las ferias agrícolas y ganaderas que desde el año de 1927 él estableció —el primero en todo el país—, uno de los espectáculos era el baile al aire libre, allá en el cerro, o en el campo de las Exposiciones cercano a la soñadora Laguna de las Ilusiones.

Muchas veces lo vi en esos actos públicos. En su mayoría los tabasqueños andaban empistolados, como si la pistola fuera en Tabasco una enfermedad incurable o una vulgar y falsa prenda de la hombría. Garrido andaba siempre desarmado. Bailaba con naturalidad, y aun entiendo que no lo hacía muy bien, como si careciera de oído para bailar. Pero gozaba confundido con su pueblo. A lo lejos, ya prendidas las estrellas del trópico, continuaba escuchándose su música preferida. Recuerdo que una noche luminosa del sureste yo daba con otros amigos una serenata en Villahermosa. Ha de haber sido una gran serenata. Adalberto García de Mendoza se prestó a acompañarnos, y entre otros amigos evoco a Federico Jiménez Paoli. Como teníamos piano sobre una troca, Adalberto ejecutó a Albéniz, a Ricardo Castro y a Falla. Violines y marimbas alternaban con las guitarras y el maestro. Allá la música tiene una especial penetración de magia, un oculto sentido de misteriosa sensualidad que se respira, quizá una vibración original de las maderas preciosas de la

marimba cuyo encanto se desconoce en otros sitios. Y recuerdo que en el silencio casi absoluto de la noche refrescante, que no lo era total por el susurro melódico del Grijalva que canta sin cesar, Garrido pidió que se ejecutaran "Las Blancas Mariposas". Un dejo de perezoso hechizo alentaba los primeros compases que iban saturando el aire tibio de la noche tabasqueña. Algunos versos se quedaron prendidos al pie de alguna reja. Hasta que allá abajo de un cielo de luceros, estirándose sobre el río generoso, llegó el amanecer con suaves tintes de guanábano.



En los extremos aparecen los generales Plutarco Elías Calles y Lázaro Cárdenas, al centro Tomás Garrido, el año 34, durante la grandiosa recepción que los tabasqueños tributaron a los tres hombres fuertes del país.



Manuel Lastra, Plutarco Elías Calles y Tomás Garrido. Cuernavaca, Mor., año de 1935.



Garrido baila en traje de charro, durante la Feria Agrícola de Villahermosa, Tabasco.



Lázaro Cárdenas en Villahermosa, con un grupo de maestras tabasqueñas en una de las granjas experimentales creadas por Tomás Garrido.

V

UN POLITICO SIN REVERSO



**G**ARRIDO ERA un político lleno de ambición, mas como no era un hombre afectado, tampoco fingía carecer de esa gran ambición. Por ser un político, rector de la dictadura, no sometía sus convicciones a la discusión, sino que las imponía y con ello además no las exponía a un examen en que pudieran resultar vencidas; en ello, seguía el ejemplo de los hombres de su tiempo que conservaban el poder sin autocrítica ante una oposición apática, indiferente y desorganizada. Quienes colaboraron a derribarlo tampoco representaban a la oposición, eran un accidente político, eran antiguos miembros, secundariamente jerárquicos, del mismo grupo que por etapas manejaron Carranza y Obregón, Calles y Cárdenas. Garrido gobernó sin opositores, no por haberlos aplastado sino por inexistencia de la oposición en su tiempo: combatió a sus enemigos, deshizo a sus adversarios y aun descuidó sus espaldas, pero en esas lides pasionales de la política no hubo oposición. De sus sucesores, algunos eran hechura de su mano; y de sus detractores, algunos ni siquiera habrían podido ser sus tallacanes, otros habían sido "camisas rojas" del montón, y alguno más se le había ofrecido como espía sin que Garrido lo agradeciera al rechazar sus servicios.<sup>6</sup>

Comenzó su carrera como la acabaría, con una afirmación. Era un político afirmativo, y también lo era su época, equivocada o no. Otros políticos suelen comenzar su carrera con una negación, pero él era en todo caso antitáctico, desconocía el uso de la negación para triunfar. Lo que equivale a decir que sabía comerse esa palabra aun a riesgo de perder. El sabía, asimismo, que el odio no produce soluciones permanentes, pero a su política cerrada de afirmaciones radicales no existía otra salida, porque sólo ella estaba a tono con el pensamiento extremista de sus jefes.

Entre la deslealtad y la derrota futura, Garrido optaba por esta última, quizá pensando que el tiempo podría favorecerlo. Entendía que la autoridad y el fin del pensamiento radicaba en la acción, y en tal sentido era un gran activo. Actuaba con sus fuerzas y se mantenía al acecho de los errores de sus adversarios.

<sup>6</sup> Alusión a Manuel M. Mora por la entrevista que sostuvo con Garrido ante Dionisio Morales y Amado Caparros, que viven.

No tenía el complejo del miedo para la acción y esto contribuía a tonificar su fe en el ejercicio de la dictadura: no era un asesino, y cuando la tremenda disyuntiva de su política era sobrevivir o eliminar, no libró a los hombres del paredón ni se interpuso entre ellos y la muerte. Tampoco tenía complejos de miedo ante los problemas sexuales, puesto que no era un insuficiente, y lejos de refugiarse en una moral de envoltura, enfrentaba estas cuestiones con la simplicidad —quizá amoral, quizá dionisiaca— de la gente del trópico. Era un ranchero que no tenía dos caras, anverso y reverso, sino que era profundamente antitáctico, pasional y violento, equivocado o certero, pero siempre un político sin reverso.

No era cruel a sangre fría, sino en ocasiones apasionadamente cruel, víctima de su propia política, empujado por el medio. Por ser un dictador, a su modo un soñador de la libertad, no acusaba a los demás de sus errores, sino que los aceptaba como propios. Aceptaba el consejo y la opinión cuando a su juicio eran fecundos, pero preservando del examen su estrategia, su ideario. Era un político por temperamento, mas no como resultado del tacto y de la reflexión. En sus últimos años, con el otoño a su alrededor, confundió la lealtad con el celo que los inexpertos desplegaban peligrosamente, y esto le resultó fatal. Antes de su muerte podía haber pensado como el político francés: “Desprecié a la opinión pública toda mi vida, y puedo por consiguiente, continuar desafiándola desde la tumba”.

Era curiosa su trayectoria de dictador: el poder no lo aisló, lo refundió con su pueblo. Cuando me dijo: “cada época tiene sus hombres”, acertó en la observación. Después de la conmoción revolucionaria que empieza a manifestarse el año 5 y que voltea al país de revés en el período de 10 a 17, era lógica la aparición, en el tapete nacional, de los políticos de mayor personalidad que venían formándose de años atrás. Por comparación con los últimos quince años del XIX y los primeros diez de este siglo, la época de Garrido agrupa a las figuras políticas más importantes, originales y de honda fuerza histórica que hizo relevantes, hasta ese momento, la obra de emancipación social de México. Al cuadro corresponden, después de Venustiano Carranza, por lo menos Alvaro Obregón, Plutarco Elías Calles y Lázaro Cárdenas; en seguida, en orden a una influencia histórica más restringida pero que no podrá subestimar un examen imparcial, Tomás Garrido Canabal, Felipe Carrillo Puerto y Adalberto Tejeda. Las

sorprendentes personalidades de Obregón y de Calles absorbieron a otras muchas figuras, del año 20 al 34, y a la cuenta de Obregón se carga, para bien o para mal, la supresión por la violencia de una importante minoría de generales, práctica tal vez necesaria pero jamás justificable que, con menor brutalidad en la represión, volvió a emplearse el año 29.

Garrido, fiel a Obregón hasta "La Bombilla", y fiel después a Calles hasta el destierro, pudo destacar sus dotes y su obra en la adhesión al programa y a las ideas de esos dos caudillos. Desde el año 15 comenzó a actuar en Tabasco, y sólo interrumpió su carrera política y su obra social cuando aceptó —pues la rebelión era un suicidio— ser desterrado a Costa Rica el año 35.

Su rompimiento con Cárdenas no era congruente con las ideas que ambos venían profesando con anterioridad, pero Garrido era leal consigo mismo en el sentido de la consideración que debía al general Calles. Después de haber renunciado a la Secretaría de Agricultura, estuvo a verlo en su casa de las Lomas de Chapultepec un importante divisionario quien de parte del Presidente le ofreció a elegir cualquier cartera ministerial "excepto la de Agricultura porque ya estaba destinada al general Cedillo", a lo que Garrido repuso: "No tengo nada contra el general Cárdenas y soy su amigo, pero se me consideraría un traidor si me quedara hoy en el Gabinete ya que he militado al lado del general Calles desde la muerte de mi jefe y amigo Alvaro Obregón". Y añadió: "Le ruego a usted decirle al señor Presidente que le agradezco mucho este gesto generoso, pero que él mismo tomaría a mal que yo aceptara. Usted, general —concluyó—, me conoce bien y es mi amigo desde que fué jefe de las operaciones en Tabasco, y sabe que no soy hombre que pudiera proceder de otro modo". Posteriormente se reunían con el Presidente Cárdenas su secretario Luis I. Rodríguez y Francisco José Múgica, y entiendo que ante ellos el hombre de Jiquilpan expresó: "Veremos ahora cómo se juega Garrido la Presidencia de la República" (se refería a la sucesión, pues he dicho que el más viable era Garrido según los planes anteriores de Calles y Cárdenas). Desde ese momento, Múgica no descansaría en su trabajo de zapa contra Garrido hasta que sobrevino el destierro después de la trágica "punitiva". Suñob, Cedillo y Múgica hicieron a un lado sus diferencias "ideológicas" para trabajar unidos en la eliminación de Garrido. Para entonces ostentaba Múgica su profunda desmemoria ideológica respecto al Tabasco de 1915,

olvidaba su discurso del año 34 que pretendía “tabasqueñizar a México” y hacía caso omiso de las adicciones que siempre había demostrado hacia el antiguo jefe del Partido Radical Tabasqueño. Ponía de manifiesto que para cierta especie de la fauna política, es preferible alcanzar las migajas del poder aunque deba prescindirse de las molestias del pudor.

Mérito moral o error político, ventaja o desventaja, Garrido nunca discutía la opinión de sus jefes, Obregón o Calles, sino que cerradamente, a ciegas los respaldaba, sobre cualquier consideración. Y en igual medida impuso sus reglas en Tabasco. Tenía de la libertad el sincero aunque equivocado concepto de que habría de ser resultante de una sólida dictadura —diferenciándose de Díaz, entre otros aspectos, en que apoyaba el ejercicio de la dictadura en la organización social de las masas, el cooperativismo, el sindicalismo, el racionalismo y su legislación contra los vicios—. Cuando pensaba así de la libertad, tenía razón en parte, pues sólo un hombre como él, con los métodos de violencia organizada que empleó, pudo reducir o domeñar a la clase de hombres y circunstancias que su energía abatió. Por sus actos demostró que si en Tabasco ejercía una dictadura política y social, asimismo respaldaba otro tanto en el panorama nacional, pues Obregón y Calles, primero unidos hasta Toral, y más tarde el Jefe Máximo exclusivamente, ejercieron una dictadura de quince años, desde 1920 que ilumina y ensombrece Tlaxcalantongo, hasta que Cárdenas pone a Calles en un avión hacia el destierro. Pero en ninguna época de su acción, en reveses, en triunfos, en desaciertos, en violencias, Garrido faltó a la amistad. Cárdenas como Presidente actuó correctamente al romper con Calles una amistad a la que éste había faltado ya, y que, en todo caso, se interponía entre los sentimientos personales de Cárdenas y sus responsabilidades como jefe de la nación. Pero el caso de Garrido era distinto, era preferentemente amigo personal de Calles y a esto se debieron dos actitudes de Cárdenas: que de “motu proprio” lo hubiera llamado a formar parte del Gabinete en 34, y que hubiera votado por él para Presidente en las elecciones del mismo citado año. Lógicamente hubiera sido Garrido el sucesor para el nuevo periodo, pues representaba la conjunción de las dos voluntades nacionalmente decisivas, si la experiencia y el talento se hubieran sobrepuesto en Calles al apresuramiento, al amor propio, al egocentrismo, al desacertado consejo del grupo que lo rodeaba en el poder por sus últimos años como claro sín-

toma de su decadencia política que, sólo por inercia, se ocultaba a los ojos del pueblo mientras el tiempo y los acontecimientos ayudaban a don Lázaro. Este no inadvertía tales fenómenos, seguramente. Y Calles había entrado ya en el invierno de su vida. Pero he de anotarlo una vez más: Garrido salió moralmente ileso, y doctrinalmente maltrecho, de aquel choque entre colosos; su estatura moral en nada desmerece de la que pueda reconocerle la historia a Cárdenas por esos días. Fiel a sí mismo, Garrido nunca fué un tráfuga de la amistad, mucho menos de la revolución. Unos días después me escribió este comentario en una carta: "Ni me aflijo ni me aflojo".

En vísperas de ese rompimiento, estuve unos días en Villahermosa a invitación de Garrido. Pude observar nuevamente su mirada de águila. Entonces aparecía preocupado, hermético (en el trayecto por el mar, Arturo Elías me hizo saber que el general Calles "iba a dar a la prensa unas declaraciones sensacionales que pondrían a Cárdenas en su sitio"). Ni Calles ni Cárdenas concurren a aquella Exposición Agrícola y Ganadera. Entiendo que Garrido sabía, pues, los acontecimientos que se avecinaban. Acostumbraba permanecer con la vista fija sobre el Grijalva, siguiéndolo hasta el horizonte en que se desvanecía el acero de las aguas. Luchaba entre los dictados de su experiencia política y la fuerza de su lealtad hacia Calles. Preveía con exactitud el alcance de sus actos, tenía don de visionario, inexplicable lógica de la intuición política: esto le daba plena conciencia del sacrificio a que lo llevaba una determinación contra Cárdenas. A sabiendas de su liquidación política, volvía a jugarlo todo a una carta. Allá en su subconsciente quizá pensaba en una ala del ejército estimada como callista y que se rendiría sin pelear como si el enriquecimiento y la molicie hubieran transformado a esas personas en gente decorativa de desfile. Quizá creyó que volvería a brillar en la tormenta próxima la antigua luz de su buena estrella. Pero otras eran las estrellas que había sobre el Grijalva, y yo pensé que la suya no estaba ya en su sitio. Con esa tortura regresé de Villahermosa hacia Jalisco —un congreso de maestros en que yo lo representaba—. Garrido quedaba allá, de pie, ajeno a la alegría popular, atormentado en su inquietud.

Ni por la sangre, ni por la inteligencia, ni por la política entendía la deslealtad. Exigía la lealtad entre amigos y enemigos, en revolucionarios y en conservadores. No admitía que la gente cambiara de convicciones como quien cambia de traje. Para él,

que era temperamentalmente un político, ni el incentivo del poder lo indujo jamás a la deslealtad. En esto era hombre de gran pudor, puede afirmarse que nunca tuvo motivos para avergonzarse de sí mismo. Solía excusar la desobediencia, pero nunca la deslealtad, ésta lo llevaba a la ira, y la ira no era en él pasajera, volvía sobre ella como excelente y terrible memorista del propio arrebató, y reanudaba con la ira el diálogo en cualquier momento. El 24 de marzo del año 36, ya radicado en Costa Rica, me dijo en una carta: "Asimismo son en mi poder los ejemplares de su "Elogio de la Lealtad", que voy a leer nuevamente. Me propongo enviárselos a muchos individuos que necesitan leerlos para que sientan el latigazo de la vergüenza encenderles la cara. Ya puede usted enviarle el libro a Eloisa Azcuaga con la dedicación que tenía, pues el tiempo, que fué el jurado encargado de juzgarla, la condenó". Y a continuación añadía, quizá como juicio final sobre algunas personas en quienes había creído anteriormente: "¿Y Arnulfo Pérez H., airado replicador de aquel discurso de Luis I. Rodríguez en "La Florida", ¿vive?".<sup>7</sup> (Garrido había expresado antes: "Muchas gentes que usted vió cerca de mí, están tan lejos ahora, que parece como si hubieran muerto desde hace años").

No era inconsecuente consigo mismo, ni el triunfo ni la derrota alteraron su carácter (lo que amargó su carácter fué la muerte de su esposa). Carecía de ductilidad para el reacomodo político, su espina dorsal no podía ser sino vertical, odiaba toda actitud diplomática, en todo caminaba de frente y les daba la cara a los asuntos y a las personas sin medir el peligro. El 18 de mayo del 38, sentenció desde Centroamérica: "Cedillo tiene que terminar como todos los traidores", y el tiempo iba a darle la razón. Pero mantenía una elevada postura moral ante el adversario cuando lo veía en el suelo. Era otro rasgo de su carácter, una condición generosa, su respeto de sí mismo. El 23 de agosto del 38, me escribía: "Aunque usted puede atacar a Cedillo porque nunca lo elogió, ni hizo antesala en la Secretaría de Agricultura cuando él fué titular de esa Dependencia, yo deseo que no se confunda con la gentuza que en estos momentos lo está escupiendo sin recordar que hace poco tiempo intentó cargarle

<sup>7</sup> En "La Florida", de Villahermosa, el año 34 cerró su discurso Luis I. Rodríguez, afirmando: "Ojalá que Tomás Garrido nunca traicione a la revolución". Antes lo había elogiado ampliamente. Replicó Pérez H., terminando el discurso con esta frase: "Ojalá que la revolución nunca traicione a Tomás Garrido". El tiempo diría la última palabra.

el automóvil, le limpiaba las botas y le pedía órdenes. Pienso que debe olvidarse al caído, y por ello pido silencio para Cedillo. A los que estamos de pie sí puede atacarnos la infantería, la caballería y la aviación".<sup>8</sup>

La historia discernirá sobre aquel tiempo y enjuiciará las características especiales que al procedimiento y a la táctica impusieron los directivos de la época, Obregón y Calles, posteriormente Cárdenas. La política era una lucha sin reconciliación—igual que en otros tiempos, pero sin disfraces—. Puede decirse que habían desaparecido los partidos y que quedaba sólo el odio de los grupos. Los campos estaban cortados a filo. Un emblema de mérito era la adición a las personas por encima de las ideas, la lealtad al hombre de la jefatura, al campo de la militancia. No existían medios tonos ni se concebían medias tintas. Era una condición de la época, muy propia de los caudillos, ante un civilismo que se había refugiado en el silencio. Y como por otra parte, Garrido tenía, aunque superadas, las características de su tiempo y los relieves de un caudillo, se comprende que era producto genuino de su época. Y más lo era por su personalidad, su carácter, su naturaleza tabasqueña.

Pero las cosas iban cambiando, cobraba fuerza un nuevo tono de la política nacional, un cambio en el procedimiento que históricamente abanderaría Cárdenas. Esa ola de doble fondo arrastraría a Calles, a su escuela y a su grupo. Era la víspera, probablemente, de la muerte de la dictadura. Iba a nacer el régimen presidencialista propiamente dicho, antecedente lógico del sistema de las instituciones, y, por lo mismo, del despertar nacional de nuestra defectuosa democracia. Para las normas de gobierno que Cárdenas adoptaría a partir del año 35, la tónica y los métodos y aun los objetivos de Garrido iban a aparecer extraños, anacrónicos, bien por lo que adelantaba el ideario revolucionario, bien por cuanto convenía olvidar de ese ideario a la política de Cárdenas. El ocaso del "hombre del sureste" era un hecho histórico que se consumaba aquella mañana en que abordó "El Guacamayo" y se trasladó con su familia a Costa Rica.

---

<sup>8</sup> Antes de que tomara Cárdenas posesión de la Presidencia, invitado por el aviador Fierro fui a San Luis y conocí a Cedillo. Comimos con él. Denostaba a Calles con frases bravuconas. Cuando cayó Garrido, renuncié a mi cargo ante el subsecretario Parrés; éste dejó en suspenso la resolución hasta que llegó Cedillo, quien me mandó llamar e insistió en que colaborara con él, a lo que me negué. Así terminamos el diálogo, ante Parrés.



**VI**

**LA ORGANIZACION DEL TRABAJO**



**E**RA UN TIPO sonriente que nunca veía de soslayo y que mantenía excelente humor aun para comen-

tar sus propios riesgos. Nadie podría negar que era un hombre tormentoso, dramático y pasional. Pero no era el tipo sombrío ni el bestial sujeto de novela por entregas que fabricaron de oídas algunos norteamericanos feminoídes, y menos aún aquel monstruo que se empeñaron en endilgarnos con ínfima literatura algunos niños tabasqueños inoculados de exhibicionismo.

Para pintar sus exactos límites sobran anécdotas verdaderas, episodios de veracidad insospechable. Recuerdo que cuando arribó a la Secretaría de Agricultura el año 34, se le acercó un matón en busca de cometido. Con abyecto servilismo que pretendía ser lealtad, le explicó que “tenía perfectamente localizado a Alipi Oropeza —uno de sus frustrados atacantes en Puerto México y en esta capital—, y que “podría darle agua” si lo autorizaba”. Garrido despreció el ofrecimiento, y dijo que “no era necesario matar a quien moralmente estaba ya muerto”. Y no volvió a ocuparse del asunto.

Otro hecho parece vigorizar el concepto que tengo de Garrido. Uno de los hombres que más lo combatió con temeraria valentía, que inclusive y sin apoyos federales se metió a Tabasco y luchó contra “el hombre del sureste”, fué Salvador Camelo Soler. En varias ocasiones estuvo ligado a los peores enemigos de Tomás. Jamás ocultó ser su enemigo cuando aquél era poderoso y temido, y temido con razón. Pues bien, cuando Garrido retornó de Centroamérica y nada podía otorgar, Camelo estuvo a verlo personalmente e hizo con él las paces. Cualesquiera que hayan sido los defectos proporcionales de uno y otro, ese acto tiene la fuerza moral que dos hombres de verdad imprimen a la escena.

Pero no todos sus enemigos, y menos quienes habían gozado de su amistad y la vendieron, supieron mantenerse a la altura de aquella generosidad que en Garrido era una prenda de su hombría. Recuerdo que después del intento de asesinarlo en el Pasaje Iturbide, hizo este simple comentario de ranchero: “Ni pegan todas las que tiran, ni matan todas las que pegan”.

Otra ocasión se dejó sorprender por una votación nominal en la Cámara de Diputados, con lo que perdió el triunfo que ya había alcanzado en votación general sobre Ramírez Garrido, y al verse derrotado exclamó: "Estuvo bien lo que pasó, pues mi pariente lo necesitaba más que yo". Y comenzó a reír de buena gana.

Alguna vez pretendieron asesinarlo en la ciudad de México, cuando acompañado de su esposa y de su hijo Drusso, se hospedaba en la casa del viejo Pío Garrido Lacroix que estaba ubicada en la calle de la Rinconada de San Diego. Con varios amigos logró Garrido frustrar el atentado, y dejó huir con desprecio a los asaltantes. A continuación subrayó: "Esos pobre matones no saben para qué les sirven a los hombres las pistolas". Al día siguiente andaba caminando solo por el Bosque de Chapultepec, haciendo ejercicio, como si tal cosa.

En otra memorable ocasión, el 13 de enero de 1939, me envió un cablegrama en que decía: "Hoy dígole prensa reaccionaria mexicana: gracias insulto, viniendo de ustedes hónrame. Deséoles que mi actuación revolucionaria sigales proporcionando oportunidad ganar dinero. Sentido pésame muerte su jefe Cedi- llo". Ese era el carácter de Garrido, arbitrario, antitáctico, recto, invariable.

Era sin duda un hombre de suerte ante el peligro. Esto le permitió sobreestimar su buena estrella. Uno de esos episodios aconteció en Jonuta, cuando el general Luis T. Mireles era jefe de la zona militar en Tabasco. Alguien hizo circular la versión —debidamente intelectualizada a Mireles— de que Garrido estaba en connivencia con los rebeldes, y que se reunía con ellos en esa municipalidad. Ello fué suficiente para tramarse su eliminación. Mas supo del complot su amigo el general Ramón de la Vega, jefe de la guarnición de Frontera, y envió información a Garrido<sup>9</sup> diciéndole que "esa noche lo iban a asesinar". El emisario fué a Jonuta en una rápida lancha de gasolina, e informó a Garrido, quien consideró que se trataba de una falsa alarma. Pero recapacitó y decidió cruzar el río para ir al lado de algunos familiares. En efecto, esa noche llegaron gentes armadas, rodearon la casa, la volvieron de revés y destruyeron cuanto les vino en gana. Pero no encontraron a Garrido.

<sup>9</sup> El emisario fué Medardo J. Rosado.

A la vez que no quitaba la atención de los movimientos de la política (“la política es como el mar”, me dijo alguna vez), tampoco perdía ocasión de trabajar sobre asuntos sociales y en favor de la planeación económica de Tabasco. No haría obra impecable, por la simple razón de que nadie la ha hecho en parte alguna de la tierra. Pero su trabajo estaba a la vista.

Se podría observar que en materia de ideas estaba a igual distancia del comunismo que del fascismo, sin que por ello fuese realmente un demócrata de tipo liberal ya que era un intolerante. Era un cooperativista, un radical en materia antirreligiosa, un iconoclasta, en materia política un dictador, en la lucha contra los vicios un intransigente, en materia de responsabilidad moral como funcionario era irritante su honradez para el cuidado de los fondos públicos, y en materia sindical era un franco convencido del sindicalismo de Estado (otros no lo confesaban en ese tiempo, pero practicaban esas tesis y aun favorecían la supervivencia de las guardias blancas en el país). En materia ejidal desconfiaba de la bondad de la tesis pues la geografía especial de Tabasco, una Entidad fluvial, lo tornaba en moderado y lo hacía volver la vista hacia la creación y defensa de las zonas ganaderas. Desde el punto de vista estrecho de la legalidad, era arbitrario —está dicho que era un dictador— y pudo reconocer un día: “Yo vivo al margen de la Constitución”.

El año de 1926 tuvo lugar en Frontera el primer congreso obrero de Tabasco. Concurrieron al evento numerosas delegaciones de la Entidad y de otros Estados. Garrido fué electo presidente de la convención. Allí se expidió el primer código obrero que tuvo Tabasco, vigente todavía ahora si mis informes son exactos. Numerosas ponencias originaron diversos programas. Los programas nunca quedaron en manos inoperantes de comisiones eruditas —nunca en todo el tiempo de Garrido—, sino que él los echó a andar.

Allí nacieron las Ligas de Resistencia, si bien en forma heterogénea venían funcionando desde épocas anteriores, creadas por Garrido, diseminadas en pueblos, rancherías y municipios. Garrido fué el primer presidente de esas Ligas. Mantenían esas agrupaciones una visible relación de sentido y contenido con las que en Yucatán había dirigido antes Felipe Carrillo Puerto —Partido Socialista del Sureste—, y con las agrupaciones que favoreció Adalberto Tejeda en Veracruz. En este caso del movimiento veracruzano, deben señalarse algunas diferencias de con-

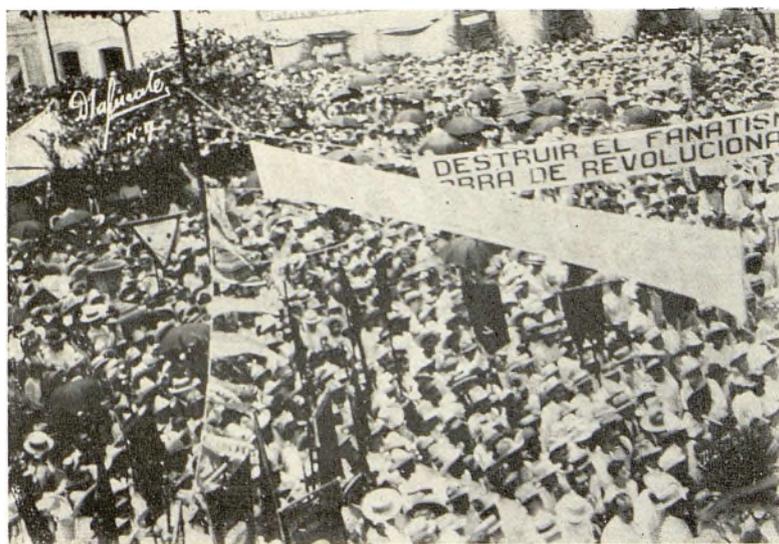
tenido y no de sutileza por lo que ve a Garrido y a las tareas de Ursulo Galván. Este fué un claro místico de la tierra, emblema del Macuiltépetl en que reposa, "cinco cerros", lugar desde donde se puede gozar en días claros un espectáculo de maravilla: el Cofre de Perote, el Pico de Orizaba, la Malinche de Tlaxcala, el Popocatepetl y la montaña del Ixtacihuatl.

Una férrea disciplina se observaba en esas Ligas (y por esto algunos demagogos de ese tiempo, sedicentes lectores de Marx, lo tildaban de fascista). No era disciplina de arriba a abajo en ritmo y movimiento de la dictadura, sino que funcionaba de la base hacia la periferia, era fruto de la educación de clase, espontáneo concepto de responsabilidad de los agremiados: era asimismo orgullo de tabasqueños, cariño por elevar las condiciones de la vida en Tabasco. En los hombres de esas tierras —iba yo a decir de esos ríos—, influye su excesivo regionalismo, su arraigo a la tierra como base de sustentación, ese instinto o especie de grandeza colectiva que Garrido supo fomentar y orientar para realizaciones prácticas de beneficio colectivo, de ambición popular. Algún día todo ello iba a sonar a hueco en la orgía de tambores y de alcohol que suele acompañar la decadencia de un pueblo, o iba a considerarse que era una forma anacrónica de vida frente a la moral reblandecida de la gente. Sobre sus errores, Garrido había dejado una herencia: era su pueblo quien tendría que demostrar si por encima de la avalancha política que inició la decadencia, podían salvarse los valores de una época en que se creía que la moral no se altera con el tiempo aunque sufra los reveses que en apariencia la ahogan.

De años atrás venía sembrando Garrido en las conciencias su obsesión por enriquecer y multiplicar las formas modernizadas de la actividad agrícola, y por sentar las bases de la riqueza ganadera. Quienes le eran más cercanos, acatándolo compraron tierras para granjas experimentales y dieron trabajo a los elementos de las Ligas de Resistencia; cuando Garrido se fué empezaron a venderlas, era la desbandada de la gente sin fe. Creció la yerba sobre las plantas y los árboles, anunciaba la maleza y avisaba el perfil de la manigua, el camino por donde los hombres sin luz propia habían huído de Tabasco sin luchar por el destino de las tierras, impotentes para merecer los frutos de una época de sacrificio y de esfuerzo. La maleza explicaría al viajero, la ausencia de Garrido.



Acompañado de varias maestras durante un festival, Garrido aparece con un ejemplar del periódico "Redención". A su lado está Francisco J. Múgica quien en ese tiempo le fingía acendrada amistad y admiración. Esperaba traicionarle el año de 1935 unido a Suirob, Cedillo, Soto Reyes y otras figuras del mismo valor moral.



Una manifestación popular antifanática, en Villahermosa. Epoca de Garrido.  
15



Una manifestación popular antialcohólica, en Villahermosa. Epoca de Garrido.

Primero la revolución, después las conmociones internas, acabaron en Tabasco con el ganado. No era ya una industria susceptible de mejoría, era una industria por crear. Los animales que Garrido veía en los campos después de la asonada del año 23, semejaban grandes ratas desnutridas, débiles de los cuatro remos. Esto fué un formidable acicate para él. Se empeñó en sustituir esos animales por verdaderos ejemplares, por izar una industria floreciente y poderosa que hiciera honor al porvenir. Empleó el convencimiento, se apoyó en los maestros, otorgó ayuda económica incesante, recurrió a la amenaza y al castigo. Algunos ganaderos que encarceló —y muchos abigeos a quienes hizo apalear implacablemente y sobre quienes violó los mandamientos de la justicia federal que los había amparado—, resintieron la fuerza de su brazo. Una mañana despertaron a Garrido con la noticia de que varios de sus hombres habían apaleado la noche anterior al juez de Distrito, deteniéndolo al salir del propio juzgado. Garrido ordenó la detención de los responsables que a esas horas ya andaban por Pichucalco, refugiados en Chiapas. Tres días después salía para México ese funcionario federal con decisión de no volver: del amparo al abigeato había hecho una costumbre, y sus atacantes eran ganaderos tabasqueños.

De los industriales de la ganadería que Garrido castigó por reacios, muchos le quedarían agradecidos. Al correr del tiempo, se levantó la espléndida riqueza ganadera, crecida sin impuestos, sin immoralidades de subalternos, sin taxativas, sin permitir que fuera patrimonio de allegados o íntimos de Garrido, rodeada de seguridades legales y efectivas, pues se legisló sobre ganadería y se observó la ley. Todo esto se dice de prisa: fué tarea de varios años, de trabajo diario, de lucha sin descanso. Se crearon laboratorios, zonas efectivas de inafectabilidad en que Garrido era una muralla contra raterías y tropelías. Se establecieron zonas de experimentación, se aplicaron estudios y técnicos, se hicieron multitud de ensayos, se abatió la fiebre aftosa en menos de un año sin sacrificar al ganado. Era común ver a Garrido con el médico veterinario Salvador Guerra y Aceves, metido en libros, trabajos y experiencias de especialización. De cada viaje regresaba con otros expertos o con libros nuevos que pretendía aplicar al medio tabasqueño, y hacía entregar todo a Guerra Aceves quien fué el primero en descubrir la presencia de la aftosa en Tabasco y, más tarde, el primero en descubrir su aparición

en México ante Avila Camacho. Acabó Garrido por crear una carrera para veterinarios especializados en la industria ganadera. Los políticos que hicieron dotaciones ejidales con los terrenos ganaderos que Garrido salvó de la demagogia, dijeron alguna vez que era un vesánico, y era verdad: padecía la vesania del trabajo. Vesania de Garrido fué la riqueza ganadera de Tabasco.

Estableció en toda la Entidad las Ferias Regionales, Agrícolas, Industriales y Ganaderas. Allí premiaban a los campesinos no por sus influencias políticas, sino por los mejores productos, regalándoles semillas, tractores, refacciones diversas, sementales de cebú (que Garrido fué el primero en importar a México y no Marte R. Gómez como afirmaron los ignorantes de otro tiempo). Se premiaba con dotaciones de ganado porcino, toros finos, vacas, aves de corral y otras especies. Fenómeno habitual era ver a Garrido recorriendo a pie Villahermosa por las plateadas mañanas, rumbo al palacio de gobierno, y lo mismo hacía en sus viajes constantes por los municipios. No era un invisible funcionario arrellanado en su automóvil y cercado de guardaespaldas, sino un tipo humano que se confundía con el pueblo, que sabía la alegría de caminar a pie y de conversar con cualquiera. Entonces se detenía a observar animales diversos, gallinas, toros, vacas o patos, distintas especies, dentro o fuera de la zona urbana, pues era un andarín incansable (también en esto Cárdenas se le parecía un poco). Objetaba las condiciones del animal, preguntaba, inquiría, sugería remedios a las enfermedades, dictaba consejos alimenticios. Se explicaba con sencillez: "Ese animal no sirve, mávalo y te lo comes. Mañana vas a la granja ("La Florida"), y te traes uno de los míos, o vas por él de mi parte a la Exposición, para cruzarlo con los que te quedan". Por su extraordinaria memoria, posteriormente regresaba a observar los resultados de su intervención. Casi siempre otorgaba nuevas ayudas, pues la gente respondía a su confianza. Otras veces era burlado y engañado, entonces castigaba con dureza, encarcelaba, hacía apalear y bañar, sometía a las gentes a la burla popular, las escarmentaba. Era duro y generoso, excesivo y arbitrario en ambos casos.

En las ferias se premiaban los buenos trabajos de los obreros especializados en múltiples ramas de la artesanía, pero preferentemente curtidores del cuero, talabarteros y zapateros prestigiados. Se les entregaba ayuda en efectivo para mejorar sus herramientas, dotándolos de mejores instrumentos de trabajo. La

publicidad del acto estaba encaminada a emular el esfuerzo, a crear el orgullo de la responsabilidad. Creció la fuerza y el arraigo de esos eventos. Cada municipio levantó de sus fondos un quiosco de correcta arquitectura donde se exhibían productos industriales, agrícolas y ganaderos. El auge de las ferias rebasó la geografía de Tabasco. Llegaron grupos y comisiones de otros Estados. Se fletaban barcos para los visitantes que veían y estudiaban con libertad el proceso de aquel esfuerzo. Lázaro Cárdenas —a continuación inmediata de Calles— exclamó de viva voz en Villahermosa: “Tabasco está en el vértice del movimiento social de México. Es para la República un magnífico ejemplo de organización”.

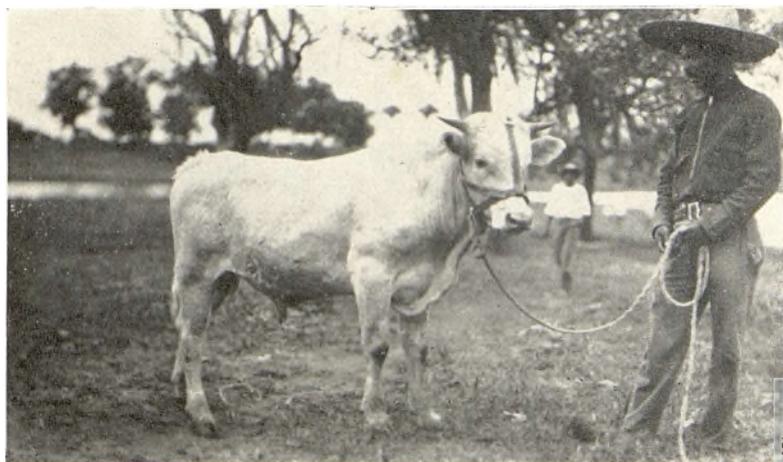
Con tal motivo afluyeron otros políticos que pronto iban a olvidar esas cosas, con la fácil desmemoria de los políticos de ese tiempo. La última feria tuvo lugar el año 35. Llegó un gobernador que arrasaría con todo aquello, y su hermano destruyó los quioscos y se llevó los mosaicos para construirse un rancho particular, en tanto que, entre ambos y en perfecta armonía, lanzaron sobre Tabasco una avalancha de cantinas. Así los revolucionarios acabaron con la ley seca de Garrido: era el origen de húmedas riquezas que se empezaron a formar vertiginosamente.

De entre las marañas de una yerba de varios años que atestiguaban el olvido rencoroso y la rapiña de mal olor, sólo quedaba un testigo de otras épocas: el busto en bronce de Alvaro Obregón que, al centro de una fuente, hizo fundir Garrido con el metal de las campanas de un templo después del 17 de julio del año 28. Hoy se ha hecho de todo aquello un parque de recreo. Pero durante muchos años sólo hizo compañía a la estatua del vencedor de Ocotlán, allí cerca, como amable espejo de un cielo que iluminó a los hombres de otro tiempo, la Laguna de las Ilusiones.





En el centro Difusor Agropecuario del municipio Epigmenio Antonio, antes llamado San Carlos, se reunieron Lázaro Cárdenas, Tomás Garrido, García Tellez y otras personas. Era el año de 1934.



Garrido realizó diversas campañas en favor de la ganadería tabasqueña, cuya riqueza y auge a él se deben. En la foto, Lizandro Cruz con un ejemplar de semental en una de esas campañas.



Quiosco de Paraíso. Feria Agrícola y Ganadera.

**VII**  
**SU PRESENCIA EN EL TIEMPO**



**E**NTIENDO que la política guarda estrecha relación con el paisaje. Tal vez sea el hombre, en buena parte, copia inteligente del paisaje. Y en la misma medida, quizá la acción del hombre se refleje en el paisaje, como si se adelantara a él, como si lo formara a su antojo. De ese modo marchan juntos, forman íntima unidad. Esto explica no sólo las características de Tomás Garrido en función de su tierra, o a la inversa, sino el hecho palpable de que subsista su presencia y se le recuerde en Tabasco más con devoción que con animosidad, pero en todo caso apasionadamente. Nadie más calumniado que él, bien por odios políticos, bien por desconocimiento; en el primer caso, no faltó historiador que, transformado en libelista, diera el espectáculo inelegante de denigrar a su país desde el extranjero,<sup>10</sup> y en otro caso no faltó turista norteamericano elevado a historiador desde las playas de Caleta, aunque ya se sabe que así escriben nuestra historia esas personas.<sup>11</sup> Afortunadamente, la historia y la verdad son ajenas a la nota roja que esos señores manejaron con equidistante autoridad "científica".

En la mágica lujuria de esas tierras, años después de su destierro, la gente del campo tabasqueño siente la presencia de Garrido hasta en la fresca brisa de los ríos. Saturó con su presencia el ambiente. Sigue siendo tema de conversación que mueve discusiones y provoca hombrías, por el que se disputa o se muere. ¿Superstición o idolatría?, posiblemente, pero su recuerdo es un culto, como si la distancia lo agrandara, como si perdiera sus múltiples defectos a influjo de los años, como si la gente sólo viera su luz y los envidiosos o los pequeños sólo vieran su sombra. La política va y viene, los une o los desata, o vuelve a unirlos en la pleamar de la lucha. Pero la memoria de Garrido los jalonea sin reservas, a modo de bandera, con fuerza de mito. ¿Un mito?, seguramente, porque era un hombre; sólo la masa pudo sondear los atributos que hicieron de él una figura superior al hombre común, con esa especie de facultad misteriosa del pueblo que le permite ver lo que a los intelectuales les está vedado,

<sup>10</sup> Referencia a Carlos Pereyra, por su libelo *México Falsificado*

<sup>11</sup> Referencia a Schlarman por su fantasa calumniosa *México Tierra de Volcanes*.

aquello que está al fondo de la apariencia, en lo hondo de la propia contradicción. Al paso del tiempo que resultó su mejor aliado, Garrido adquiere para Tabasco la dimensión de un símbolo.

Es que siempre metió su vida en la vida del pueblo. Dejaría allí, en la morena tierra, profunda huella de sembrador, de destructor, de educador, de reformador, de incansable trabajador. Atrás de sí dejaba odios, incomprensiones y afectos, pero no dejaba indiferencia. La miseria y la pequeñez lo quisieron perfecto y aun le negaban el derecho a equivocarse, el derecho al amor, el derecho a la satisfacción sexual, y a pretexto de una moral que sus detractores nunca observaron en el ridículo mundo de su oscuridad intelectual,<sup>12</sup> censuraron sus fatigas y sus descansos atribuyéndolos a sollicitaciones de su libido, con lo que demostraban que siempre es más fácil procurar una pobre publicidad negativa que reconocer con valor cívil el mérito ajeno, aunque esto requería cierta superioridad de ánimo, el respeto que imponen la verdad y la muerte.

No pertenecía a ese género de políticos que para la historia son inadvertidos. La ilusión de óptica que sufren con el poder las gentes provisionales, permitió a algunos de sus sucesores borrar el nombre de Garrido en cuantas partes lo encontraron, pues ellos se inspiraban en la contrahecha ilusión de que así no habría testigo mudo que los acusara, ni gran sombra de estatura que opacara la precaria luz que transitoriamente habían recibido en subarriendo por cuatro años. Pero era imposible que lucharan contra el tiempo que todo lo nivela. Aun dentro de su oscuridad, de sus errores, con ayuda del tiempo Garrido resiste lo que sea.

A medida que los años arrastran en el sureste el polvo de épocas sin relieve, y entre él se llevan los nombres de la gente sin grandeza que al reemplazarlo no pudo sustituirlo, el recuerdo de Garrido adquiere en el pueblo esencias minerales de signo, virtudes de cantera que son casi de perennidad. Parece que continuara pegado a la tierra que tanto amó, como si su presencia se estremeciera en el aire diáfano de Tabasco, quizá allá en los bosques de platanares que impiden el paso de la luz con dorados racimos de roatán, o en el panorama de palmeras que esconden el tesoro de aceite de sus cocos; allá en el glauco desvanecido de la sierra, o en el líquido amatista de las aguas que corren por el

---

<sup>12</sup> Referencia a Bernardo del Aguila F. Obra citada.

San Pedro, por el Usumacinta, por el Grijalva hasta los rincones donde se tornan acuático topacio confundido con las gasas de una niebla que parece de algodón. Como si la presencia o el recuerdo de Garrido tuvieran relación con el incautivo ritmo de los ríos, con las tonalidades violentas de los amaneceres que se despeñan sobre la tierra feraz, sobre el lomerío de lacustre belleza, sobre el embrujado encanto de lagunas opalescentes y tranquilas. O como si aquella su fuerte voz continuara resonando en el cromático hechizo de una vegetación de tabú que anima el insomne papagayo, vistosa muestra de una vieja teogonía del sureste, los dioses del paisaje ancestral que acompañaron a Votán, los señores del aire, los pájaros armoniosos de Tabasco. Da testimonio huracanado de sus actos —bárbaro si se quiere— el terreno donde sus hombres abatieron un templo en horas de infecunda violencia revolucionaria, pero también está presente su recuerdo en el hueco desolado de las escuelas humildísimas, de palma sobre horcones que levantó, prenda limpia de su impulso de libertador que en él formaron el claroscuro del dictador.

Garrido no era el tigre de Tenosique (“el que corta”, “el que siempre buscaba ocasiones de quitar lo que había dado”, según la interpretación de Sahagún). Garrido era la ceiba levantada y desconcertante, altiva y señorial con impulso de vuelo y de torsión en sus ramas atormentadas, con altanero alarde de pétrea majestad y con recio dibujo de ambiciosa eternidad en la silueta. La ceiba que emerge de toda la floración tabasqueña a modo de precioso adorno del paisaje, grito dramático de la selva recortado en los pálidos zafiros de un cielo sin linderos. Era un hombre no más —torbellino y vorágine, vendaval y remanso—, mezcla de tierra y cielo, con una pasión política que lo privaba a veces del goce de la luz, como a la montaña del Madrigal, en ese estado de bruma con que despierta el día en todo sueño de creación, o que arrebata al hombre hacia un abismo al que “siempre se puede llegar en un instante”. Atribuyo al sentido de la cumbre, a lo altivo de su impresionante sencillez, a los vientos arremolinados que lo cimbran sin moverlo, que me lo recuerda El Madrigal, penacho misterioso de la roca sedimentaria que se eleva sobre el alegre caserío de Tacotalpa.

Garrido conversaba en todas partes. Ya he dicho que se detenía en el camino con la gente más humilde. Allí preguntaba a un hombre por qué andaba descalzo, y le daba zapatos además de trabajo. Allá investigaba a otro más a quien tenía a

prueba. Esto hizo su gran popularidad. Se respiraba su fuerza, su naturalidad en todas partes. A su voz, el pueblo entero se oponía como un dique a las inundaciones y bregaba incansablemente contra la salida de madre de los ríos, o trabajaba de sol a sol hasta acelerar la fecundidad de los pantanos en favor de las cosechas. Se preocupaba por combatir las endemias palúdicas como si su principal orgullo radicara en ser el capitán de la lucha contra el mosquito, o se empeñaba en vigilar la campaña contra la endemia de los microbios intestinales, porque esa era y es la otra gran plaga de Tabasco. Bajo su fuerte mano, los servicios médicos de Salubridad y del Estado marchaban con la disciplina militar que impuso en todos sus actos. Vigilaba el crecimiento del roatán como si se tratara de un hijo, y celebraba con fiestas de desbordante alegría pagana la presencia de los millones de racimos con que se cubría la tierra en las cosechas y que abarrotaban los barcos plataneros mientras el pueblo, desde el embarcadero, vaciaba su regocijo en zapateos y canciones. Y más allá de sus fronteras atisbaba al chamusco hasta donde su coraje, su fuerza, su instinto de ranchero y de agricultor, le ayudaban a preveerlo.

Era común encontrarlo rodeado de agricultores con la mirada atenta a la cosecha del cacao, (recuerdo su conversación de una noche en México, salpicada de sabrosas observaciones, cuando lucía a mis oídos sus viejas lecturas sobre el origen del chocolate y del cacao; con espléndida memoria traía a cuento la variada opinión de los cronistas de Nueva España, y recordaba que el Conquistador Anónimo afirmaba, al hablar de los aztecas, que éstos llamaron a su rudimentario chocolate con el traducido nombre de Cachanatle).

Andaba envuelto en una sonrisa —valga la expresión poética, pues era como una flor—. Entusiasta por el trabajo, a la orilla de los ríos, metido en la floresta o curioseando por la selva. Tenía múltiples conocimientos sobre las características y costumbres de los más diversos animales tabasqueños, el mapache, el tigre real, el correlero, el tigrillo y el puma. Sonreía del saraguato y lo comparaba con algunas mujeres. Discutía con los veterinarios sobre los paquidermos o hablaba de los bisulcos, elogiaba a los venados y al yuco, y era una positiva enciclopedia de conocimientos cuando se trataba de cualquier especie de aves, ribereñas o gallináceas, raptoras, o zygodactilas, o palmípedas. De los reptiles hacía sátiras de intención política que para

sus acompañantes producían carcajadas sin que dejaran de entender una advertencia, pero asimismo se explayaba en la utilización de algunos animales para la industria de la peletería, o para usos medicinales. De algunos moluscos o crustáceos hablaba con delectación de gastrónomo, con erudición de buen gastrónomo tabasqueño, muchas veces elogiando o criticando la preparación de un plato de tortuga, la frescura del camarón, la riqueza del pejelagarto, peces o reptiles, todo lo retenía su memoria.

Acá estaba admirando y observando el árbol del pan. Más allá prendía una frase delicada y picaresca cuando advertía la necesidad de alejarse de la elegancia del queeste. Iba cayendo el día como un capote de luces sobre el río mientras él conversaba con su pueblo, sugería o dictaba remedio a sus problemas. A lo lejos cobraba tonos de desdibujado azul la serranía, como remoto límite de una meseta agobiada de cobres y esmeraldas en que grupos de ganado vacuno pastaban o sesteaban en tanto que, arriba de sus cabezas, por un cielo impasible y sin nubes, cruzaban parvadas de bulliciosos patos. A los lados del río que no perdía el amable ritmo de su paso y que cambiaba de color con el iris del día, se oían los gritos agudos del perico que parecía cuidarse de todo con su mirada lateral, o bien salía a lucir la preciosa cursilería de su traje el guacamayo como si fuera el personaje de la fiesta del trópico. A las márgenes se despertaba la vista, herida con los amarillos del girasol escandaloso, o descansaban los ojos en el tenue violeta de las campanillas silvestres, ese violeta de su epidermis con que la flor pone en juego su delicada elegancia entre la yerba hirsuta del contorno. Y de pronto, como una espuma que vuela, cruzaba a ras del río la finísima blancura de la garza, línea de lino agitada en el paisaje; batían sus grandes alas como alardes de gracia leonardista contrastados por el azul celeste que rompían con su albura; picaba la garza el agua hasta encontrar el pez en el radiante vuelo de impecable limpieza, y cuando alzaba el cuello inverosímil sin detener su viaje victorioso de saeta, atrás de ella, a modo de una sombra aérea de hermoso azul perdido en cambios plúmbeos, otra garza rompía el aire diáfano, una garza morena, en mágica aparición del vuelo, hasta que las dos garzas semejaban a lo lejos, en su carrera de suntuosa prestancia, haberse fundido una con la otra, como si bajo el sol que agonizaba, la garza blanca cubriera su propia sombra.

Su pueblo lo seguía sin distingos en la tarea constructiva y en las tempestades de la política. Los enemigos de Garrido, eran, para los tabasqueños, los enemigos de Tabasco: se diría que identificaban la tierra con el hombre, y esa actitud del pueblo —que sobrevive aún—, establecía un capítulo de honda mística política para quienes pudieran estudiar esos fenómenos con algo más que pretendidas “vivisecciones” a cargo de escritores primerizos.<sup>13</sup> Los tabasqueños lo seguían con espontaneidad, no era cosa de la dictadura. Aventuro suponer que para los tabasqueños no era preocupación alguna juzgar los actos de Garrido, su legitimidad o sus fines, su bondad o su alcance negativo, simplemente lo apoyaban. Valga la frase: hipnotizados por el poder. Se sentían fuertes cerca de él, había logrado contagiarles su fuerza, la confianza en sí mismos. Y era que todo lo que los rodeaba les hablaba de él, eran las muestras de su pujanza, o, por lo menos, de su cariño por Tabasco.

Con él habían respirado los aires perfumados del canelo que, herido por el rayo y azotado por la tempestad, sangraba en aroma, y cerca de él habían recontado el nance, el cojinicuitl, el jujo y el caimito. Con él y gracias a sus empeños habían visto florecer allá abajo la anona y la gladiola que semejaban suaves bajo-relieves del paisaje en que, con antigua ostentación de trópico, se levantaban los árboles del mango, del chicozapote, del aguacate y del naranjo, mientras la esencia de la naranja —encendida como pequeño sol— impregnaba la atmósfera de olor a flor y a tierra, a brisa perfumada por la fruta.

Ellos hacían honor a Garrido con su trabajo y su esfuerzo, con su amor a la tierra, y ese timbre de orgullo colectivo establecía más fuertes vínculos de relación entre el caudillo y la masa. Eran los modestos comedores de chiquigüao, de hicotea, de pejelagarto, de pochitoque y de mojina. Era la gente de los ríos, de las selvas y de las sabanas. Era la gente del potrero y del machete. Quizá también los sencillos trovadores de los versos de Raúl Cepeda y la música suave de Pedro Gutiérrez.

Tardes de Tabasco doradas y bellas,  
tardes pensativas llenas de fulgor...

Yo quiero cantaros cuando a la distancia  
se escuchen los trinos del ave al volar,

<sup>13</sup> Referencia a M. González Calzada (ex-camisa roja) y a Bernardo del Aguila F. Obras citadas.



Desfile de camisas rojas grupo de Villahermosa, en Tabasco, año de 1935.



Discurso de Luis I. Rodríguez en Jonuta, Tab., el 22 de marzo de 1934. Aparecen escuchándolo, Lázaro Cárdenas, doña Josefa Canabal Vda. de Garrido, y su hijo Tomás Garrido; atrás, doña Dolores Llovera de Garrido, primera dama de Tabasco.



Grupo de jóvenes rojinegros tabasqueños. Con ellos, al centro, Héctor Pérez Martínez, amigo de Garrido. Lo franquean Agapito Domínguez y Ricardo Villavicencio. México, 1934.



Escuela de Chapingo, dependiente de la Sria. de Agricultura, de la que Garrido era titular. Año de 1935. De pie, hablando José G. Parrés. Escuchándolo, Tomás Garrido. Aparecen César A. Rojas, Amado Caparroso Aguilera, Filigrana y otros más.

cuando la floresta vierte su fragancia  
y el nativo río comience a rielar.

Tardes encantadas, tardes deliciosas,  
tardes peregrinas de mayo y abril,  
yo quiero cantaros, tardes luminosas  
al fresco airecillo que cruza sutil.

Tardes que del cielo parece que llueven  
púrpura encendida del aire al trasluz...

Tardes en que espera la hora del Poniente  
en la grata alfombra del fresco "Playón"  
la villahermosina juventud sonriente  
ajena a mi pena y a mi decepción.

Tardes de Tabasco doradas y bellas,  
tardes pensativas llenas de fulgor...



**VIII**

**EL FOLKLORE DE SU PUEBLO**





Quiosco de Jalpa de Méndez. Feria Agrícola de Villahermosa.



Guardia de jóvenes rojinegros ante el féretro de Malda, linchado en Coyoacán. Entre ellos, a la extrema derecha, puede verse uniformado al camisa roja Manuel González Calzada.



Maestros y alumnos en Prácticas Agrícolas. Granja Experimental en Villahermosa, Tab.

**G**ARRIDO se interesaba por la historia de su tierra y principalmente por el folklore tabasqueño. Durante algún tiempo pareció preocuparse por investigar un hecho histórico que, en nuestra actualidad, reviste importancia nacional. Acontecía que el indio Juan Chan, de origen maya, natural de Santa Ana, municipio de Balancán, le hizo saber a Garrido que desde épocas de su bisabuelo venía transmitiéndose la versión de que Hernán Cortés, a su paso por Petén, había traído con él un preso (casi seguramente Cuauhtémoc) al cual hizo ahorcar, y que fué enterrado en Canizán, entre Tenosique y Balancán, exactamente donde se levanta una ceiba gigantesca que está marcada por los indios. Vale recordar que por su etimología, Balan-Cán equivale a decir "tierra de tigre y de culebra". Otras preocupaciones sociales y políticas frustraron esa investigación, pero quedó en pie la interrogación que planteaba aquella tradición oral.

Siempre gustó de la música popular. Rechazaba con suficiencia toda intromisión de melodías extrañas en las expresiones musicales tabasqueñas. Pugnaba por acrecentar y depurar la muy florida expresión de su folklore. Emulaba a compositores y poetas, a los tocadores y bailadores del zapateado que en Tabasco se denomina zapateo. Muchas veces se hacía acompañar por pequeños conjuntos de guitarristas y trovadores en sus jiras por la Entidad, destinándolos a eventos y celebraciones sociales o tradicionales. La gente encontraba solaz en componer y tocar para él. Eran los trabajadores tabasqueños que con él convivieron en días resplandecientes de doradas mañanas, o que con él charlaron en tardes tempestuosas en que un cielo de plomo llovía sobre Tabasco, mientras allá afuera de "El Cerro" o de alguna modesta casa de cualquier municipio visitado en la jira, dejaban oír las románticas estrofas de Napoleón Pedrero con lánguida música de Domingo Díaz y Soto:

En el jardín de mi vida  
se deshojó la flor  
de mi único querer,  
porque mi novia querida  
abandonó estas tierras

para no volver.

Oye mi canción  
que lleva latidos  
del corazón,  
y la gris tristeza  
en que Tabasco está...  
...desde que te fuiste  
el río Grijalva enmudeció...  
...y que en la cisterna  
de tus lindos ojos  
siempre se retrate  
este trovador...

Cerca de Garrido floreció lo mejor del folklore tabasqueño de su tiempo. Supo favorecer el culto por la tradición musical y poética de los géneros populares. A su nombre se asocia el prestigio de Cecilio Cupido, nacido en Villahermosa el año de 1883, "al día siguiente de haber salido su madre de Cunduacán", razón por la cual —dice Baqueiro Foster— ese compositor se considera cunduacanense, como don Francisco Quevedo (autor de "La Poesía Popular Tabasqueña y los Poetas Tabasqueños que la imitan"), destacado guitarrista, letrado y compositor, ya desaparecido. Cupido se educó en la escuela "Manuel Correa Zapata", haciendo cursos nocturnos pues trabajaba de día, y cobró afición por la música en la agencia musical de Manuel Gabusio, donde aprendió a tocar la guitarra. En su infancia había escuchado a Quevedo, "tañedor por nota", quien sabía hacer gemir y cantar a su guitarra, y con ese recuerdo inició sus primeros afanes. Años después estudió durante el día en la escuela "Porfirio Díaz", a donde arribó con los rudimentarios conocimientos que traía adquiridos de don Rosendo Taracena, en Cunduacán. Después estuvo en Mérida, y allí escuchó a los afamados cancioneros yucatecos Cirilo Baqueiro (Chan Cil) y Fermín Pastrana (Huay Cuc) que fueron sus amigos. Estudió con dedicación. Se fué formando un prestigio propio, y cuando abandonó a Mérida, meses después de la espléndida entrada de Salvador Alvarado a Yucatán, ya Cupido era un músico verdadero, compositor y arreglista. Al arribar a Villahermosa influyó en las nuevas generaciones y en los estilos populares; compuso corridos, marchas, valeses, boleros, zapateos, himnos, canciones románticas, estudiantinas y otras piezas de salón. Cerca de Garrido y

con su aplauso y estímulos, nacieron muchas de sus composiciones. A su florida inspiración se debieron "Las Blancas Mariposas", "Amanecer Tabasqueño", "De la Chontalpa a la Sierra", "Jacalito", "Por Mis Besos", "Hoguera de Amor", "Cuando me Aleje", y "Alborada", entre otras muchas de sus creaciones, sólida muestra de su talento. Mas tiene razón Baqueiro Foster cuando reconoce que bastarían "Las Blancas Mariposas" como viva prenda de su galanura y su dominio profesional: hace más de veinte años que Tabasco canta, sin cansarse, aquella pieza romántica:

No guardes esas flores de blancas mariposas  
ni mires esas frases que en ellas escribí,  
no invoques el recuerdo de cosas tan hermosas  
cuando ya tu cariño comprendo que perdí. . .

Si llegas por las tardes al viejo caserío  
no mires, te lo ruego, las matas de esa flor;  
ya nunca más te acerques a orillas de aquel río  
donde fuimos felices jurándonos amor.

Aléjate, la brisa que sopla en la ribera,  
llevarse entre sus alas pudiera desde aquí  
los átomos del alma que sufre y desespera. . .  
¡no quiero que recuerdes lo que por tí sufrí!

No aumentes la honda pena del alma que te adora,  
no avives ¡ay! el fuego de amor y de pasión;  
si es tu alma cual la nieve que el sol derrite o dora,  
si es duro cual la roca tu muerto corazón.

Estrújalas, mi amada, que en polvo convertidas  
las llevará en sus alas el férvido aquilón. . .  
¡no importa que ellas formen la tumba de dos vidas! . . .  
¡No importa que aniquiles, mujer, mi corazón!

Adiós mis perfumadas y blancas mariposas,  
adiós mis ilusiones, mi amor, mi porvenir. . .  
les mando mis suspiros que en alas vaporosas  
irán a susurrarles lo que me ven sufrir.

Era la primorosa melodía de Cecilio Cupido, con los versos románticos de J. César Enríquez que, muy al estilo de Acuña el de Rosario, el 6 de abril de 1927 fueron dedicados a César Ortiz,

en su primer original, y que sería la pieza preferida, sobre cualquier otra, por Tomás Garrido.

No eran fiestas exclusivas la música y el baile para él, ya que por el contrario procuraba envolver en melodías al pueblo, por hacer brotar de la raíz y de la vena populares toda inspiración musical o literaria. Con pulpa espiritual del pueblo pretendía que estuvieran forjadas las manifestaciones del folklore, y quería adecuarlas siempre a las costumbres, a la tradición, al trabajo de los tabasqueños. Desde tiempo inmemorial cantaron y versificaron los habitantes del sureste, pero Garrido acrecentó y depuró esas manifestaciones y aptitudes. Ayudó a formar conjuntos musicales, grupos de trovadores, que yo llamaría juglares, en cada región, y organizó la gran banda de su Entidad. Como atraídos por la luz de caudillo civil que en él había, llegaron con guitarras y voces sonoras del trópico, durante años, a regalarle sencillas y encantadoras melodías, en noches calurosas y atardeceres de oro, bajo los vientos del "norte" y en los fríos penetrantes del "sur" que lo sigue. Con motivo de las cosechas que son fiesta de color y de gracia, a pretexto de las ferias que fueron "cataratas de canciones" según el verso de Bastar Sasso; por la apertura de congresos obreros o campesinos; y hasta por la presencia de visitantes distinguidos, cantaba para él, y con él por su alegría, la gente de Tabasco.

Garrido se sentía entre los suyos. Desbordaba felicidad abierta. Hacía frases y gastaba suaves ironías. Seguía con los ojos y la sonrisa cada uno de los movimientos de su pueblo, un pueblo pleno de dicha de vivir. De improviso, en medio del zapateo, no faltaba la bomba anónima, la reina de las bombas que era compendio de la rica picardía tabasqueña, que era la esencia de malicias ladinas de los chocos y de su rústica ironía:

Señora, si usted me diera  
lo que le voy a pedir...  
Yo no digo que usted quiera;  
pero, vamos, un decir:  
¡quién quita que usted quisiera!

Y a la carcajada popular que se encendía, se asociaba la fresca risa de Garrido y su mirada maliciosa, mientras continuaba el baile clásico del pueblo, el zapateo.

Admirador de todos los géneros populares, él gustó asimismo de los vales. Tabasco abunda en vales tan delicados como

sencillos. Quizá los más hermosos correspondan, en tiempo, al clima y a la geografía valsística de México que abarca los años de Alvarado el de Durango, de Codina, de Alcalá el de Oaxaca, de Espinosa de los Monteros, de Campodónico, de Elorduy. Desde siempre le ha faltado a Tabasco la necesaria difusión, contactos con el exterior: Garrido no pudo vencerlo o hacerlo todo.

Uno de los vales populares inspirados en ese tiempo, fué "Murmillos del Usumacinta", original de Julián Urrutia Burelo. Lo compuso el autor en las cuencas del tabasqueñísimo Usumacinta, durante una jira, a bordo de un barco, y fué el propio Garrido quien le dió bautizo literario con ese nombre ideado por él. La orquesta que iba a bordo, comenzó a ejecutar el vals desde luego. Y así entró a formar parte, por mérito intrínseco, del folklore del sureste:

Corre veloz hacia el mar  
el lindo Usumacinta,  
y en su clara linfa  
retrata el palmar.  
La brisa agita el sauzal  
con delicioso arrullo,  
y escúchase el murmullo  
de mi tierra tropical.

El radiante Febo  
vierte allí su luz  
y quiebra sus rayos  
en la linfa azul,  
mientras las piraguas  
bogan sin cesar  
como bogan las aguas,  
como bogan las aguas  
que se van para siempre al mar.

Usumacinta, inspirador  
de dulces trovas de amor:  
Eolo canta en tu laúd  
tiernas endechas de juventud.

Usumacinta, inspirador  
de dulces trovas de amor:  
revives en mi mente tú  
gratos recuerdos de juventud.



IX

EL SON DE SONES,  
“LA CAÑA BRAVA”



**P**ARA LOS designios constructivos que formaban la meta de su acción, era afortunadamente lamentable que Garrido fuese arbitrario y violento por sistema. Alguna ocasión le pidió a un compositor tabasqueño, afamado y fecundo, que creara una canción sobre determinado tema. El compositor ofreció escribirla, pero no cumplía. Pasaron los meses. Un buen día, para obligarlo a cumplir, Garrido lo metió en la cárcel. Era el procedimiento habitual para los remisos. Allí, en veinticuatro horas, estaba escrita la canción que es hoy estimadísima en Tabasco. Aquel hecho no desunió a los dos hombres, comentaron con risas lo sucedido. La canción se estrenó en un fiesta ideada por Garrido. Y el autor intelectual de su aprehensión le entregó públicamente un regalo.

Gustaba de todos los géneros y modalidades de la poesía y música populares de Tabasco. Una sensación de placer y de cierta melancolía reflejaba su rostro cuando ejecutaban “El Manco de León”, zapateo tabasqueño de Urrutia Burelo: “Ese genio es Obregón — el vencedor de Ocotlán —”. Pero, por otra parte, también deleitaban su admiración el jarabe y el fandanguito que en esas tierras son originalísimos. Gustaba preferentemente el son de los sones, a veces “El Toro” y a veces la “Caña Brava”.

Es sabido que en Tabasco existe una gran riqueza musical. Garrido la cuidó y favoreció. La tradición española encuentra en esas tierras, por generaciones, una arraigada sucesión creadora. De ahí deriva el viejísimo son del zapateo. Dice Baqueiro, con erudita razón, que los sones tabasqueños son más de un millar. Entre los más distinguidos figuran “El Toro” y la “Caña Brava”. Para los tabasqueños el más amable es el zapateado o zapateo, que se ejecuta y practica salpicado de bombas, de improvisadas coplas, burlescas o irónicas, sentimentales o eróticas —también las hubo políticas o irreligiosas que, por su índole, fueron fugaces para el folklore—, y que siempre son como flores verbales que el bailaror regala a la bailadora. Algunos cantares se exhiben como bombas en medio del zapateo, prenda tropical de ironía sensual:

¡Ay qué dulce es el amor  
cuando se está madurando!

pero después de maduro  
se come de cuando en cuando.

Eran los versos que en Teapa escribiera Abelardo Conde. Otras ocasiones fueron las trovas de María de los Angeles, escritas en la Chontalpa:

Hermosa flor de pochote,  
hermosa rosa dorada;  
en la color te pareces  
a las trenzas de mi amada.

O el estilo bucólico del serrano Bastar Sasso, en su "Bicromía", verificada en octosilabos, por cuartetos:

Dende que la vi una tarde  
dejgranando en el caidizo,  
supe lo que es se cobarde  
puej me puse algo pajizo.

Como el ramón de montaña  
soy de fuerte en el queré;  
pero la que a mí me engaña  
nunca maj me vuelve a ve.

Con esa sintaxis deliberadamente atropellada y esa ortografía que se inspira en las formas de la pronunciación popular enrevesada, de encantadora fonética, se dicen y cantan las bombas, si bien no las exige, en rigor, el zapateo, que "tiene una letra exclusiva". Por esto las juzgaba con cierta indiferencia el juglar de Tornolargo, Simón Morales, aquel de quien puede decirse el mismo grito con que algunos trovadores reciben la aparición del maestro cuando pulsa el violín con aplomo escultural:

"Ahora sí violín de pueblo,  
ya te agarró un profesor".

La bomba es realmente una parte orgánica del fandanguito, de fina ascendencia andaluza. El zapateo, en cambio, parece habernos llegado por La Habana, en viaje a la América continental. Ya en Cuba se empleó por medio de décimas glosadas, y Veracruz al heredarla le acentuó y le encendió el ritmo, si bien en uso de cuartetos o sextillas, y a veces por medio de quintillas. En esos cambios de expresión difiere el zapateado tabasqueño del veracruzano, sin ser menos brillante en colorido, en interés,

en calor de honda humanidad. Sobran ejemplos de ingenio popular:

Una naranja madura  
le dijo a otra verde verde:  
el que siembra en tierra ajena  
hasta la semilla pierde.

Y también los hay de intención erudita, yo diría que barroca, pese a su arbitrariedad popular, a su jactancia española y alegre:

Me desayuno en Pachuca,  
oigo misa en Guatemala,  
enciendo mi puro en Puebla,  
la yesca cae en La Habana.  
De Mérida la famosa  
salgo a las doce del día  
y llego, sin tener guía,  
a las tres a Villahermosa.

Muchos de esos compositores habían escrito a instancias de Garrido, y también los de directa raíz popular, los cantores de la gleba del trópico. Estos últimos en su mayoría no eran retóricos, sin ser por ello iletrados. En cuanto a los compositores propiamente dichos, de obra "por nota", era ejecutantes y arreglistas, compositores y poetas. Pero la inspiración y la intuición artísticas hacen la regla de todos los creadores. Esto origina el singular hechizo de sus creaciones, hechizo que alcanzó a Garrido en forma indudable y permanente. Esto explica asimismo que participen en el baile del zapateo los niños, jóvenes, adultos y ancianos: hombres de cincuenta y sesenta años (uno de ellos el Juglar de Tornolargo) que compiten con ventaja, en la resistencia y "el aire", con la juventud que baila en el tablado.

Ya se ha dicho que el zapateo no es son de bombas, pero la gente de este siglo, tan afecta a romper con toda tradición, ha intercalado cuartetas, quintillas y sextillas en forma de bombas, dentro del mágico baile escalofriante. Muchas de esas bombas, que tuvieron precaria existencia por su contenido provisional, eran de carácter político, casi siempre burlescas, satíricas, cáusticas. Garrido sonreía y dejaba al pueblo jugar con esas bombas como a los niños de la Mesa Central se les deja aporrear a los grotescos "judas" políticos en sábado de gloria.

A la vez, esa literatura era ocasionalmente de contenido religioso, estaba destinada a celebrar las fiestas de mayo y agosto en lugares cercanos a Villahermosa y en pueblos indígenas de vieja ascendencia católica mezclada a resabios —muy de la psicología indígena— de idolatría precortesiana. Tenía o guardaba una delicada malicia popular. Alegre entre esos cantos y bailes —sobre todo antes de las campañas desfanatizadoras—, Garrido intervenía por corregir la desmemoria de algunos cantadores, o para acicatear a los bailadores “echándoles de gallo” a otro que supuestamente bailaba mejor.

Con especial preferencia, gustaba don Tomás el son grande y cadencioso, delicado y ostentosamente jocundo, el son de “El Toro”. Horas y horas lo ejecutaban para su avidez. Le brillaba con sana alegría la mirada leonada al “hombre del sureste”. Apreciaba hasta el menor detalle en la maestría de los bailadores, en las voces y la dicción de los cantadores, en la fidelidad de los ejecutantes. Casi siempre era la orquesta quien acompañaba el zapateo, y otras veces lo hacían las guitarras. Su embriaguez, bajo los cielos de Tabasco, resulta indescriptible. En días de alta fiesta se bailaba en los barcos plataneros, o en los grandes lanchones, anclados en el embarcadero, o transitando sobre los ríos legendarios, sobre el Grijalva, el San Pedro, el Bajo Usumacinta, mientras allá arriba el cielo hacía temblar sus lentejuelas.

Desencadenaba su júbilo el pueblo como los ríos desencadenan sus aguas cuando se salen de cauce. Afloraba la veta popular como las flores a la tierra, como el pétalo a la flor, como el perfume de la flora tabasqueña que se queda en el aire. Con profunda vivacidad, con agitado ritmo, con vértigo se bailaba el son de “El Toro”. Si encendido estaba el cielo de la noche tierna y azulosa, también lo estaba el pueblo, lo estaban las miradas y los cuerpos que se movían sin cesar. Se diría que por las aguas de los ríos echaba a correr y a navegar el eco perseguido por la música hacia el rumbo en donde estaba el mar.

La música no paraba, salvo en las pausas obligadas de las bombas, aunque los bailadores se reemplazaban a intervalos, perlada o bañada la frente por el sudor, pegada y húmeda la camisa de seda o de lino que se adhería como un papel de China a los macizos cuerpos de morena tonalidad. Garrido reía y sonreía mientras algún refresco de guanábano con leche completaba su delicia:

Este torito que pita  
cerca tiene una majada,  
él es torito de orilla  
y yo vaquero de fama.  
Ya la vaca le hace mú  
y el torito le hace sí,  
me alegro de verlo bueno  
y que goce de salud.

Salió el toro a la sabana  
sacudiéndose el panal,  
mi china lo va torear  
con la punta de su pial,  
y si no lo quiere creer  
haremos un documento;  
aquí tienes a tu negro  
mételo entre tu aposento.

Este torito que traigo  
lo traigo de Nacajuca  
y lo vengo manteniendo  
con un pedazo de juca.  
Si no lo quieres creer  
haremos una escritura  
para que veas que tu negro  
se goza de tu hermosura.

Garrido convocó a un certamen de compositores y poetas para discernir las mejores "Mañanitas Tabasqueñas". El resultado, independientemente del fallo que fué justo, acusó la estimable presencia de no menos de ocho mañanitas que por su singular belleza y colorido pusieron en apuros al jurado. En esas épocas se ejecutó con delectación "La Flor del Maíz" ("bella flor del maíz — que a mi corazón llenaste de pasión"...) de Bastar Sasso. Y gracias a su afortunada insistencia, volvió a gustarse aquel anónimo "Jarabe Tabasqueño" que desde el siglo XVII formaba ambientes de inacabable alegría:

Las penas que estoy pasando  
tú las sabes vida mía,  
mi corazón suspirando  
por ti llora noche y día,  
por ti llora noche y día.

Allá por el año de 1922, regresaba Tomás Garrido de México a Tabasco, y fué recibido con un festival literario-musical en el Teatro Merino de Villahermosa. Entonces se interpretó en su honor, por la orquesta que él auspiciara y enalteciera, un viejo son tabasqueño, tabasqueñísimo, que desde 1864 había escrito don Límbano Blandín en el pueblo de San Carlos, municipio de Macuspana, y cuyo arreglo corrió a cargo de Pedro Gutiérrez Cortés. Se llamaba originariamente "El Indio Enamorado", era un zapateo y lo habían musicado los indígenas de San Carlos, descendientes de la raza chontal. El maestro don Límbano había escrito esos versos en bien lograda imitación de las formas que adoptaban dos discípulos suyos, chontales, a los que así intentó hacerles comprender el uso del castellano, eran Trinidad e Hilario Jerónimo. A Garrido le encantó el trabajo, y como le pidieran bautizar en definitiva la pieza que sólo "de oídas" venía tocándose por el pueblo, la intituló "La Caña Brava", con anuencia de don Límbano que gozaba de su protección y que era su amigo. Aquel trabajo de filigrana popular, era un primer para los oídos, para la inteligencia y para la vista.

Chaparrita le la linda  
yo te lu quiero bastante  
yo seré siempre tu amante  
aunque me cueste el vida.

¡Ay! Guayay que la caña verde  
y ¡ay! que la caña brava  
qué bonito es el querer  
cuando el amor no se acaba.

Espero en Señor San Carlos  
que me lu ha de conceder  
y una vela voy a encender  
si me jase el milagru.

¡Ay! Guayay, etc. . . .

Una enagua del murau  
voy a mercarte en la tienda  
pa dejártelu de prenda  
pa que veas que soy timplau.

¡Ay! Guayay, etc. . . .

No creas que soy tan pobre  
 pues yo tengo un camutal  
 "Simin" y cañaveral  
 y también paila de cobre.

¡Ay! Guayay, etc. . . .

No pienses que tomo el tragu  
 si lo tomo no "enguapea"  
 porque sólo es un botea  
 cada domingo si acaso.

¡Ay! Guayay, etc. . . .

Ya me voy mañana vengu  
 a sabé lu del razón  
 prenda linda curazón  
 que en este pecho te tengo.

¡Ay! Guayay que la caña verde  
 y ¡ay! que la caña brava  
 que bonito es el querer  
 cuando el amor no se acaba.

Era el rey de los sones, el son de sones, el zapateo, magnífico por antonomasia en Tabasco. Así se cantaban y bailaban los sones calientes y atorbellinados, que eran muchos, entre ellos el popularísimo llamado "El Platanero" que se estrenó en el municipio de Macuspana, en el pueblo de Epigmenio Antonio y que era un idilio sentimental acoplado al centellante ritmo de ese género musical.

Cuántas noches, bajo un horizonte de recién amanecida pulpa de tamarindo, en Villahermosa gustó Garrido de sentar a su mesa, con orgullo del pueblo, a los bailadores y trovadores. Y en tanto que otros continuaban a lo lejos la música y el baile, esos hombres que no lo olvidarían saborearon con él la tortuga en su sangre y en verde, el puchero de carne, los tacos de barbacoa, las vanidosas tortillas gruesas de maíz, el totoposte, el chorote o el rico extracto de aromado café. No faltaba una voluta de humo—hoja de tabaco de Huimanguillo— para dejar ver, en su desvanecida brevedad de sabrosa voluta, la abierta camisa de Garrido, su grueso cuello de ranchero y la peculiar sonrisa de su buen humor. Todavía lo reproduce la memoria popular aproximadamente como entonces, y para recordarlo bastan las

primeras notas de Pedro Gutiérrez y los versos de don Carmen G. Quero:

Hay en el sureste  
un hombre de acción  
que a todas las huestes,  
que a todas las huestes  
trajo redención.

Detesta los vicios,  
odia el fanatismo,  
y con sus auspicios  
y con sus auspicios  
alza al obrerismo.

Es creador de ferias,  
ferias del trabajo,  
y aleja miserias,  
y aleja miserias,  
y alienta al de abajo.

Trajo la enseñanza  
porque es progresista,  
y con gran confianza  
se abren las escuelas  
hoy racionalistas.

Le forma al obrero  
sus cooperativas  
y siempre sincero  
y siempre sincero  
forma gente activa.

En la agricultura  
piensa noche y día  
y con gran bravura  
nos da como ejemplo  
la ganadería.

Ese hombre es Garrido,  
el hombre de acción  
que al pueblo oprimido,  
que al pueblo oprimido  
trajo redención.



Pabellón del municipio de Centla, en la Exposición Feria Agrícola y Ganadera. Villahermosa, Tab.



Desfile de los jóvenes rojinegros de Tabasco, en Cuernavaca, Mor., en honor de Plutarco Elías Calles. Año de 1934.



Camisas rojas. grupo de ambos sexos. en ejercicios militares. Grupo de la ciudad de México. Año de 35.



Aparecen conversando Plutarco Elías Calles y Tomás Garrido, en Sinaloa, el año de 1934. Atrás de ellos se encuentra Amado Caparrosa.

X

**EL CONFLICTO RELIGIOSO**



**E**N LOS diversos antecedentes y aspectos del conflicto religioso mexicano de este siglo, Tomás Ga-

rrido no es un personaje aislado. Comparte, en la proporción que establezca todo juicio sereno e imparcial, los méritos y los vicios de los hombres de su tiempo, vicios de sistema, de concepción, de realización o de barbarie política. Su acción forma parte de la mecánica de la época, y ha de ser juzgada en función de la unidad política del gobierno. Asimismo debe ser considerado como integrante del grupo de hombres en el poder: Alvaro Obregón, Plutarco Elías Calles, Adalberto Tejeda, Pascual Ortiz Rubio, Emilio Portes Gil, Abelardo L. Rodríguez y Lázaro Cárdenas. A ese grupo han de sumarse los nombres de Felipe Carrillo Puerto en Yucatán, de Ursulo Galván en Veracruz, y, desgraciadamente por las características sombrías de su acción, Luis N. Morones a quien el capricho de la política callista elevó al rango inmerecido de dirigente obrero; fué esa obsecación callista la que inició, históricamente, la corrupción del elemento obrero, pues de los viejos días románticos y generosos de la Casa del Obrero Mundial, y de las luchas admirables de Río Blanco y Cananea no iba a quedar sino un recuerdo sentimental, capitulo para los textos fríos de la historia oficial, material literario cuyo ejemplo moral sería olvidado por los usufructuarios de aquella gesta, los arquetipos de la prostitución obrera, los infatuados mercaderes de la organización nacional del proletariado.

Garrido es, en esto como en todo, habida cuenta de su personalidad política y social, una expresión de su tiempo. Y a ese tiempo corresponden también, por las características de su acción, por las circunstancias que los modelaron para la lucha, por su alcance político y por sus condiciones de preeminencia dentro del orden eclesiástico frente al gobierno, hombres de la talla de Pascual Díaz, de la capacidad política de Orozco y Jiménez, de la sabiduría de monseñor Tritszler, de la enérgica bondad de monseñor Luis G. Sepúlveda, y, también, en ese grupo deben ser considerados los directivos políticos del movimiento armado de los "cristeros".

En ese incendio cuyos rescoldos aun humean, toda la verdad no ha sido dicha, ni la pasión se ha acallado, y podría arries-

garse la idea de que el balance futuro de la historia, para ser justo, buscará el equilibrio entre unos y otros, como si dijéramos entre la historia inflamada del padre Cuevas y la monografía histórica de Portes Gil. Unos más que otros soportarán el veredicto de la historia, pero ha de alcanzar en el futuro a todos los personajes de aquel drama en que, propiamente, no hubo espectadores ya que el trágico trabajo de la escena corrió a cargo de toda la nación.

El tiempo ha restañado heridas que no vamos a reabrir, pero si ha de hacerse luz en Garrido —que era luz y sombra—, se impone puntualizar los hechos sobresalientes de aquella etapa. El viejo conflicto del siglo XIX se reinicia o se renueva aparentemente con la reglamentación del número de templos destinados al servicio católico, la situación jurídica de los sacerdotes extranjeros, la de sacerdotes asignados al culto y, desde luego, la observancia de otras prescripciones que advenían de la legislación juarista de la Reforma que aparecían en olvido.

La resistencia del clero al cumplimiento de tales medidas que consideraba violatorias y vejatorias del goce de libertades de que venía disfrutando desde el último tercio del XIX y los primeros años de nuestra revolución, aceleró el clima de efervescencia popular. Las drásticas medidas de fuerza o de especial brutalidad empleada sin talento político por el gobierno —Obregón, Calles— para exigir el acatamiento de una ley que se echaba a andar por la violencia, subestimando toda labor previa de táctica educativa y de convencimiento, prendió la llama del incendio. Se venía sobreestimando la fuerza del callismo gracias a la demagogia imperante en los últimos años del obregonismo. De tal suerte, y con la probable maquinación callista de socavar al obregonismo su indudable fuerza popular, recién planteado el conflicto se hizo a un lado la razón por ambos sectores —revolucionarios y católicos— y así ascendió la temperatura nacional hasta que, culpándose unos y otros entre sí, el país se vió envuelto en una lucha injusta, bárbara y estéril. Lo único constructivo hubiera sido la labor educativa, pero sus caminos fueron obstruídos por la violencia general y la obra quedó interrumpida mientras los maestros eran asesinados por los fanáticos y éstos, a su vez, por el ejército que también padecía una poda.

El primero en levantar su voz contra el clero fué Alvaro Obregón, el 3 de marzo de 1915, en el Teatro Hidalgo de la



Arribaban a Tabasco, por el Congreso de Estudiantes Socialistas, Agapito Domínguez, Ernesto Madero, José González Beytia, Carlos A. Madrazo, Luis Fermín Cuéllar, Roberto Hinojosa y otros más, que aparecen en esta foto.



Banquete en "El Retiro", México, D. F. en honor de Tomás Garrido. Entre los comensales aparecen, el ex Presidente de Cuba, Dr. Prio Socarrás y su esposa; Roberto Hinojosa y su esposa la actriz Mares; María Luisa Vera, Darío Vasconcelos, Dr. Saucedo Montemayor, Ricardo Pinelo Río, Baltasar Dromundo, Agapito Domínguez, César Ortiz y otras personas.



Reunidos por la campaña presidencial de 1934, aparecen Lázaro Cárdenas, Tomás Garrido, Ignacio Téllez, Luciano Kubli, Gustavo Ortiz Hernán, maestros, trabajadores y niños de las escuelas racionalistas que los acompañan.

capital de la República. El primero en incinerar las imágenes en actos públicos que pretendían ser desfanatizadores, fué Francisco José Múgica en Tabasco, siendo gobernador interino, cargo que desempeñó del 8 de septiembre del año 15, al 15 de septiembre del año 16. El primero en plantear cierta filosofía iconoclasta fué Salvador Alvarado en Yucatán. Se gestaban por el año 15 las reformas a la Constitución del 57 que más tarde impondría Carranza, para sucederse nuevas reformas que inspiraría Plutarco Elías Calles. Ya en febrero del año 15 se habían ejecutado diversas expulsiones de sacerdotes sacándolos del territorio nacional. Se iba formando la atmósfera de turbulencia que ensangrentaría al país por varios años y en la que pondrían una nueva nota de color con su sangre los sacrificados del año 23, más tarde los de Huitzilac, todavía después los de 1929: era el bulto histórico y cuartelario que dejaría la dictadura callista a la patria como un saldo de su tremenda cuenta.

Venustiano Carranza dejaría incumplidos los preceptos legislativos de Querétaro formulados el año 17 —entre ellos la reforma agraria planteada por Emiliano Zapata hasta su asesinato en Chinameca—. Lo propio harían, en términos generales, De la Huerta y Obregón hasta el 1º de diciembre del año 24. El 11 de enero de 1925, ante una muchedumbre de cincuenta mil personas congregadas en el Cerro del Cubilete, bendijo Monseñor Filippi, delegado apostólico en México, la primera piedra del monumento al Sagrado Corazón de Jesús. Tal hecho fué considerado por el gobierno como violatorio del precepto constitucional que prohíbe el culto externo, y se dieron tres días de plazo al delegado Filippi para abandonar el país.

Ya anteriormente, en octubre del año 24, Obregón había consignado ante la Procuraduría Federal de Justicia a los católicos que adornaron con banderas e imágenes el exterior de sus domicilios y casas como anuncio del Congreso Eucarístico Nacional. Con celo digno de mejor causa, unos y otros acercaban combustibles a la hoguera: el gobierno con exceso de autoridad que derivaba en agresión contra el pueblo por cuyas garantías debía velar; los dirigentes católicos —y el clero secundario metido a director inteligente en contra de la prudencia observada por los altos prelados—; y, finalmente, el pueblo fanatizado e irracional, por su exceso de resistencia que derivaba en sabotaje y rebeldía, so pretexto del ejercicio de su libertad de conciencia.

Como acontece siempre, las segundas figuras investidas de iniciativa revestían una enorme peligrosidad, Los cabecillas cristeros en potencia. Allá a lo lejos Roberto Cruz y Palomera López, sombríos verdugos de sótano. Ni unos ni otros parecían preocuparse mayormente —menos aún Obregón y Calles— por la tragedia en que sumirían al país. Se formaría un doble martirologio cuya paternidad histórica se distribuyó, proporcionalmente, entre Obregón y Calles de una parte, y entre los sacerdotes políticos y los jefes “cristeros” en el bando contrario. Ese doble martirologio, los cristeros lo fabricaron con maestros y maestras pasados a cuchillo, cortados de los pies, martirizados con sadismo, y, por su lado, lo modelaban también Roberto Cruz y Palomera López desde la Inspección de Policía de México, martirizando fanáticos, asesinando sacerdotes, violentando monjas, allanando domicilios, profanando templos y altares. Se diría que la inteligencia de México ya no estaba con sus hijos.

Obregón tomó posesión de la Presidencia de la República el 1º de diciembre de 1920. En febrero estallaba una bomba ante el Arzobispado de México, y desde luego se pensó en la mano terrorista de Morones. El 14 de noviembre aparecía otra bomba —¿terrorismo de Morones?— ante el altar mayor de la Colegiata de Guadalupe. Otro atentado dinamitero, atribuido a la mano del Partido Comunista, había acontecido ante el Arzobispado de Guadalajara. La residencia de la Acción Católica Juvenil Mexicana, había sido atacada por elementos armados, y la opinión pública señalaba como autores a la CROM y a la policía metropolitana. Los católicos mexicanos y el alto clero veían en todos esos actos la mano inhábil de Morones, cabeza visible del grupo obrero consentido en el poder. Con anterioridad, siendo Calles gobernador de Sonora, habían sido cerrados los templos al culto, y los sacerdotes habían sido expulsados, como si Obregón tratara de repetir en ellos lo que había hecho con los comerciantes en años anteriores en la ciudad de México. Era la tónica de la violencia organizada, impuesta al país sin atender a consideraciones que imponía la inteligencia, el patriotismo y la táctica. Las escuelas católicas habían sido clausuradas, ciertamente que por ser confesionales, pero muchas de ellas, a la vez, profundos centros de difusión cultural, creadores de varias generaciones que se educaron allí en el amor a la patria y en el fervor apasionado por las disciplinas del espíritu. Del edificio meritísimo del Seminario Conciliar de México y de su anexo el

Colegio de Infantes, por cuyas aulas paseó su ilustre majestad moral el padre de la Patria, dispuso el gobierno como de un chiquero. Todo iba a ser barrido, segado por la hoz de la lucha fratricida.

El 1º de diciembre del año 24, Calles ascendió a la Presidencia. El 26 de enero de ese año habían sido vencidos los delahuertistas en Esperanza: Tomás Garrido regresaba a recuperar Villahermosa por las armas. El 21 de febrero del año 25 apareció el patriarca Pérez —personaje iluso, renegado y bufo— originando el cisma del templo de la Soledad en la ciudad de México. Calles entregó al cismático alucinado ese templo y después se lo permutó por el de Corpus Christi. El cisma no prosperó. Apoyada en la fe, la iglesia era más poderosa que el gobierno en el orden del espíritu, y mantuvo su cohesión de siglos. En 1931 murió Pérez arrepentido, vuelto a la disciplina católica, absuelto por el Arzobispo de México. Su muerte probaba su calidad de tráfuga. Desde la Secretaría de Industria, Comercio y Trabajo, el titular Morones alentaba aquel cisma y creaba al comparsa Pérez.

Del ascendiente del líder Morones sobre Calles, la opinión pública daba una interpretación crapulosa de excitación sensorial. Verdad o calumnia popular, pero la diligencia en la corrupción, la disolución en las costumbres, de cualquier forma permitían hablar del fango de la revolución, y, mejor dicho, de algunos de sus más altos exponentes en esa hora. Cuando los hombres del poder habían perdido a los ojos del pueblo toda autoridad moral, era fácil para quienes azuzaban a las masas fanatizadas, orientarlas en la desobediencia primero y en la rebelión armada posteriormente.

A todo esto, Pascual Díaz, obispo de Tabasco, había echado a vuelo las campanas de los templos en Villahermosa para saludar a los delahuertistas, en enero del año 24, que encabezados por Segovia, Lozano y Vidal, se habían apoderado de esa plaza. Esto nunca lo perdonaría Garrido, quien escuchaba el repique desde la casa de doña Carmen Green, donde estaba escondido. Anteriormente, el propio Pascual Díaz —formidable orador jesuita, agitador, hombre de sólida cultura, varón de hombría—, presidió un congreso cuya reunión inicial tuvo lugar en el Teatro Merino de Villahermosa. Los miembros de las Ligas de Resistencia irrumpieron en el coliseo y arrojaron cohetes de "bomba" sobre la concurrencia, seguramente con la anuencia de

Garrido. Hubo un momento en que Pascual Díaz se quedó solo en el proscenio. Contra él nada intentó la masa radical. Salió respetado entre dos filas de agresores. Bastante después, al retornar Garrido con los obregonistas a recuperar Villahermosa, Pascual Díaz no esperó la entrada de las tropas, sino que abandonó la ciudad con rumbo a Nueva Orleans; allí permaneció algún tiempo y más tarde fué elevado al rango de Arzobispo de México. Sus luchas iban a ser otras, ante Calles y ante Tejeda, en las que nunca fué un cobarde o un indeciso. Desde el punto de vista del valor, era en todo caso un digno adversario de Garrido. Sólo en una ocasión se cruzaron los dos hombres, en Atasta, durante unas celebraciones religiosas; ambos se respetaron y se mantuvieron a distancia.

Pascual Díaz y Barreto fué el sexto obispo de Tabasco. Se le consagró el 2 de febrero del año 23 en la Nacional Basílica de Guadalupe por el entonces arzobispo de Michoacán don Leopoldo Ruiz y Flores, a quien acompañaban en la ceremonia los obispos de San Luis Potosí y de Derbe. El 28 de ese mes arribó a Villahermosa. En agosto del citado año de 23 salió para México, y retornó después a Tabasco desde Nueva Orleans. Los sucesos del Teatro Merino, ya señalados, tuvieron lugar el 22 de noviembre del año 23.

El año 26 se entrevistaron con Calles el arzobispo de Morelia don Leopoldo Ruiz y Flores y el obispo de Tabasco don Pascual Díaz, en Chapultepec. Era el 21 de agosto. Sin llegar a una conciliación sobre el conflicto, Calles terminó la entrevista en forma fulminante, como sabía hacerlo —como quizá lo hizo en demasía hasta perderlo todo el año 35—. “Señores —cortó Calles—. tienen ustedes dos caminos: acudir al Congreso o levantarse en armas. Para una y otra cosa estoy preparado”. Y esto último sí era verdad, aunque no era una solución. Después vinieron los estériles debates del Teatro Iris en la ciudad de México, estrellándose contra las galerías cromistas las voces de Capistrán Garza y de Manuel Herrera y Lasso. Muchos de estos intelectuales de la dehecha, partirían poco después para el destierro. Eran los últimos escauceos literarios de un drama inevitable.

Las Cámaras debatieron el asunto hasta septiembre del año 26. En diciembre se inició el movimiento cristero en Pénjamo, Michoacán, Jalisco, todo el Bajío. Poblaciones enteras fanatizadas, azuzadas, alucinadas y perseguidas se levantaron contra el gobierno cuya inteligencia estaba en el terror. El 10 de enero del

año 27 fué desterrado Pascual Díaz. El 29 de marzo se hizo lo propio con el obispo de Aguascalientes, don Ignacio Valdespino. Monseñor Tritszler y monseñor Sepúlveda andaban, como otros muchos, disfrazados y escondidos por el interior del país. A su vez Roberto Cruz y su lugarteniente Palomera López —inconcebible regresión de la especie—, agudizaban el problema ensangrentando los sótanos de la Inspección de Policía. Las garantías individuales y la vigencia de la Constitución estaban arrumbadas atrás de las bayonetas de los soldados y en las fiestas principescas de Morones. Los periódicos norteamericanos apoyaban la política de Calles, anteceditos desde México por el impermeabilizado embajador yanqui. El 19 de abril era asaltado el expreso de Guadalajara, por los “cristeros”, con lujo de crueldad. A la violencia del gobierno “que para ello estaba preparado”, respondían los rebeldes con dinamita y saqueos. El 21 de ese mes, Tejeda ordenó la expulsión del arzobispo de México y de otros prelados. Joaquín Amaro —el “autodidacta”, el de la arracada, el del fute—, se hacía cargo de la campaña de Jalisco. Después aconteció el atentado contra Obregón en Chapultepec, dirigido por los fanáticos facciosos. En esa ocasión se salvó, hasta que se encontró con Toral.

Muchos meses después aconteció otro atentado, esa vez fué contra el Presidente Portes Gil, y lo dirigieron los “cristeros”. Pero iba a ser en ese régimen donde se daría resolución —por inteligencia patriótica, por agotamiento y por cansancio— al conflicto religioso.



XI

E L I C O N O C L A S T A





Al retornar del exilio voluntario de Costa Rica, Garrido es recibido en el campo de aviación civil por sus familiares y amigos.



Sonreía plenamente satisfecho de retornar a la patria.



Acompañado de su madre doña Josefa Canabal Vda. de Garrido, aparece Tomás con un grupo de amigos suyos poco después de retornar a México.



Esta escena de profunda ternura se impresionó al retornar del exilio. Garrido era un hijo amantísimo.

**E**N EL LAPSO de esos años, a raíz de su retorno victorioso a Villahermosa después de la usurpación delahuertista, Tomás Garrido había abanderado en Tabasco la lucha iconoclasta. Emulaba a Obregón, era la forma de conservar su preeminencia política en el grupo extremista: cualquier exceso en su línea antirreligiosa era ventaja política dentro del sector obregonista. Nadie osaba aconsejar a Obregón medidas conciliatorias pues ello equivaldría a un suicidio político. Lo hábil era extremarlas, radicalizarlas. Aplastado el delahuertismo, requería el gobierno otro adversario, no había enemigo al frente y se suponía —quizá— que sin una lucha espectacular y sangrienta no se justificaría el ejercicio del poder. Tal vez ese era el ánimo de Obregón, aunque posiblemente se tratara de pagarle al callismo con su propia moneda, socavándolo en virtud de esa lucha que minaba al próximo sucesor del manco de Celaya. De los móviles políticos de uno y otro, es probable que nada llegue a precisarse. Objetivamente siempre marcharon unidos Obregón y Calles en la lucha contra el clero. Es probable que hayan sido sinceramente iconoclastas, quien seguramente sí lo era, hasta los extremos, fué Garrido. En el coro revolucionario era un extremista de vigorosa personalidad. Otros procuraban formarse cierta categoría política al amparo de la demagogia imperante: Topete, Manrique, Soto y Gama, posiblemente Vasconcelos antes de la muerte de Field Jurado que motivó su renuncia a la cartera de Educación. Ni qué decir los opacos gobernadores que participaron en esa trágica carrera del exceso.

Garrido se esmeraba en deformar aumentativamente la realidad de su trabajo anticlerical. Eso convenía a los perfiles del futuro jefe del gabinete reeleccionista que sería don Tomás, pues no debe olvidarse que fué él quien lanzó la candidatura de Obregón adelantándose a todo el país, enrolando al país en la aventura que cortó en seco la pistola de un fanático. Así fué logrando Garrido varios objetivos: mantuvo su primacía en el ánimo de Obregón —no tenía políticamente otro camino trágico que andar ya que no podía recorrer las desagradables veredas de Morones—; a la vez aumentó y multiplicó para sí el odio de las masas de creyentes y fanáticos, con lo que capitalizaba polí-

ticamente esa pública animadversión de los conservadores; y en tanto que esos fenómenos tenían lugar, en los medios y contra él especulaban sus adversarios políticos al ritmo de la marea que los mantenía en expectativa: Múgica, Suirob, Cedillo y otros más. Desde su envidiada altura política, Garrido despreciaba y subestimaba esa ola de doble fondo que le cobraría dividendos y lo sepultaría en 1935 al apoyarse circunstancialmente —era la esperada coyuntura— en la política anticallista del presidente Cárdenas.

Un abrasado mediodía en Villahermosa, Garrido recibió la noticia del asesinato de Obregón. Debe haber perdido por muchos días su sonrisa, que prometía tanto como sugería, y que era realmente la transformación de su rostro, como si lo iluminara desde el corazón esa mirada de águila con que se protegía. Debe haberse tornado sombrío. Esa muerte sepultaba súbitamente toda su ambición, aniquilaba los seguros rendimientos de su trabajo político, truncaba su carrera. El instinto del peligro se asociaba en él, con singular armonía, al instinto de la lucha. Advirtió que esa muerte lo abandonaba a la recelosa política de Calles, viejo zorro absorbente de Agua Prieta, el más cuajado político de su tiempo, de la etapa que va del año 20 al año 35. Desde su instinto, Garrido oteó el peligro, presintió la amenaza, y volvió a decidirlo o jugarlo todo a una sola apuesta: envió a Calles un telegrama que sería, que fué su salvación política, origen de su nuevo destino que aun los más allegados veían oscilar. El mensaje sólo contenía cuatro palabras pero que avaladas por su firma eran una resolución definitiva: "Estoy a sus órdenes. Tomás Garrido C."

Aplicó de inmediato todas sus energías a la acción —esta vez destructiva y despiadada— que para él era un decálogo político. Ordenó que fuera arrasada la catedral de Villahermosa que de tiempo atrás permanecía cerrada al culto. Era el 17 de julio de 1928. Y con el metal de las campanas mandó fundir una estatua, un busto de Alvaro Obregón, descubierto después en gran ceremonia cívica, especie de jacobino desagravio a su memoria. La estatua fué colocada a la entrada del predio donde tenían lugar las ferias agrícolas y ganaderas en Villahermosa. Desde el sitio en que ya a esas horas vagaba el espíritu de Obregón, es probable suponer que a la vista del homenaje haya sustituido su exuberante ingenio por alguna más seria y honda meditación, ya que estaba en condiciones de avizorar la hecatombe futura de la

patria. Si hubiera recordado a sus victimarios, a lo mejor podría haberlos comprendido con mejores luces que en la tierra, y aun aventuro suponer que habría esbozado un chiste, el postrero, acerca de Toral, la religiosa Conchita, el sacerdote Jiménez y aquella inocente figura que fué el padre Pro. Había muerto uno de los más brillantes soldados de la revolución, un magnífico estadista, un encendido agitador de la revolución y un político equivocado. En el martirologio del México oficial, un nuevo nombre se levantaba, símbolo y leyenda, sueño y realidad, en las duras páginas convulsas de nuestra época.

Extremó Garrido su ira dolorosa ante la pérdida de Obregón. Probaba ante su pueblo que no era olvidadizo de sus jefes o de sus amigos cuando ya reposaban en la tierra y nada podrían corresponder. Extremó asimismo su convicción iconoclasta. Incinerar imágenes religiosas —contraproducente táctica que Múgica dió a luz— fué una costumbre tendiente a hacerse tradición. A partir del año 17 después de las intermitentes intervenciones de Green en el gobierno de Tabasco, Garrido inició su labor irreligiosa. La aceleró el año 24 como represalia contra el clero delahuertista y la extremó hasta la manía después del año 28. Su error político consistiría en conservar esa línea después de 1929, ya que desentonaba con la resolución dada al conflicto por el presidente Portes Gil. Esto tenía relación con las ideas personales de Calles quien, dentro de su grupo íntimo, continuaba expresando desprecio y fomentando odios anticlericales, lo que seguramente influyó en Garrido y le hizo mantener su línea extremista.

Equivocado o no, bárbaro o no, Garrido el radical, el iconoclasta, era sincero. Nunca fué un farsante, nadie podría afirmar con pruebas lo contrario. Otros se ufanarían más tarde de congraciarse con el clero, al ritmo de la reversión política; Garrido se quedaría en su línea, mientras más solo mejor acompañado. Pero esta actitud suya tuvo dos aspectos: en el sentido de su convicción se expresaba en la postura racionalista; y en el sentido de su afirmación política militante se expresaba en actos demagógicos diversos, incineraciones de imágenes, anecdotario irreligioso, creación de los camisas rojas, trabajo de agresión desfanatizadora. Esa dualidad en su acción planteaba un grave problema histórico para el balance que algún día se hiciera de Garrido, pues no existía un coordinado equilibrio entre la doctrina pedagógica profesada y el método de la violencia fría como

solución constructiva en orden al espíritu. Eran fenómenos anti-téticos. La tarea educativa contradecía a la violencia, y la violencia le negaba validez a la tarea educativa. Hoy podemos reconocer que la violencia de Garrido el iconoclasta resintió los cimientos de Garrido el educador. En la violencia pudo haber sentido una satisfacción política, aunque resultó engañosa, mas nunca una sensación de alivio ante la empresa que pudo haberlo animado de contribuir en parte a la transformación social de México. Las contradicciones dialécticas de su acción, limitarían los resultados y condenarían al colapso otras formas de su trabajo al concertar contra él, contra su lógica del exceso, no sólo a los revolucionarios insinceros, sino a las más oscuras fuerzas, profundas y aplastantes de la tradición conservadora.

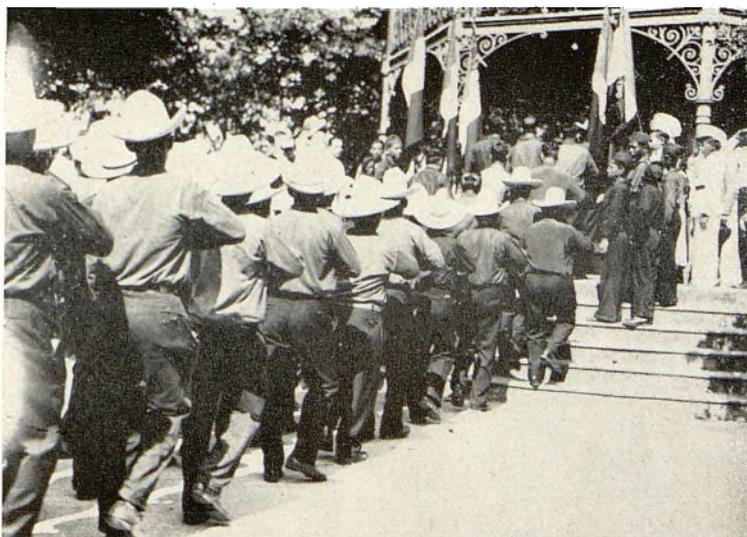
Al fundir el metal de las campanas, también forjó implementos agrícolas de trabajo, palas, picas, azadones, accesorios diversos, y todavía levantó estatuas a Morelos y a Juárez. Atestiguaban la violencia de una época las torres desdentadas de los templos vacíos, de las iglesias convertidas en escuelas racionalistas. Atestiguaban la mano política de Garrido, y su pasión por el trabajo, aquellos implementos de artesano, fundidos con el metal sonoro de las campanas. Otra muestra de su tiempo eran los templos demolidos por Garrido, si bien éste no era un innovador, pues lo habían precedido los radicales de Jalisco al dinamitar templos en Guadalajara, y lo propio se había hecho en Sonora. Cuando cayó la catedral de Villahermosa —que arquitectónicamente carecía de méritos—, los radicales de Veracruz incendiaban la catedral de Jalapa. Estos hechos no excusan sus responsabilidades ni achican los méritos que el criterio radical le reconozca, mas explican sus actos como ajustados a la tónica nacional de su tiempo.

Cuando Garrido dedicaba los templos al servicio escolar, resucitaba en ese aspecto la política de Juárez en el siglo XIX. Su violencia tampoco era una novedad como tesis: desde Gómez Farías hasta Juárez —con la interrupción tragicómica de Santa Anna— se había soslayado el convencimiento y el gobierno había recurrido a la violencia. Así, pues, sólo queda por precisar un hecho: la actualidad o el anacronismo de esas luchas en el presente siglo.

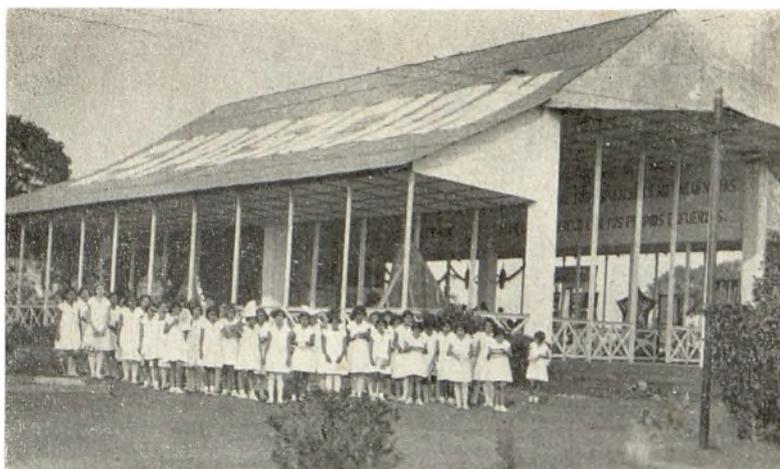
Ha de observarse, finalmente, que Tabasco tiene una tradición gentil. La mística del trópico, en cierta forma es dionisiaca, y la del trabajo es lujuriosa. Las ideas religiosas o las mo-



Ceremonia de culto a la Bandera Nacional, creado por Garrido en Tabasco, anticipándose a todo el país. Estudiantes saludando. Villahermosa.



Homenaje a la Bandera Nacional. Obreros de las Ligas de Resistencia de Tabasco.



Alumnas de la Escuela "Dolores Correa Zapata", en el quiosco central de La Exposición. Villahermosa.



Tomás aparece con su madre doña Josefa Canabal viuda de Garrido, y con Soyla Garrido Llovera, recién reintegrado a la patria después del exilio de Costa Rica.

dalidades fanáticas sólo aparecen arraigadas en los pueblos tabasqueños de ascendencia indígena, únicos con que contaba el movimiento "cristero" que en Tabasco no existía, pues fué aplastado en potencia por Garrido. De esa suerte, el iconoclasticismo de Garrido no revistió los perfiles de tomenta que en otras partes hizo sentir la mano decapitadora de Calles. Como en Tabasco no había monjas, y los sacerdotes habían emigrado desde el año 24, resultaba cómica la leyenda negra que le fabricaron en México a Garrido: según ella, quemaba vivos a los sacerdotes paseándolos en jaulas, fusilaba las imágenes en la vía pública (como Obregón lo hizo el año 14 en la ciudad de México), violentaba monjas, profanaba altares en pleno sacrificio de la misa, y otros temas de precaria inventiva intelectual. El cierre de los templos era una medida nacional aplicada de tiempo atrás, y cuando Garrido condicionó por medio de una ley reglamentaria el ejercicio del culto al matrimonio civil de los sacerdotes católicos, producía un gesto festivo de mal gusto, indigno de su capacidad intelectual. Esa ley desajustada no establece una correcta traslación del pensamiento norteamericano a nuestro medio, si tal fué su propósito. Vale recordar que era otro muy distinto el pensamiento del Presidente Juárez en el siglo XIX cuando explicó su deseo de "que el protestantismo se mexicanizara, conquistando a los indios". Por todo esto, aun los pastores evangélicos se mostraron indiferentes para acogerse a esa franquicia burlesca, pues era sabida la oposición real de Garrido a la reanudación de cultos, de cualquier credo, con o sin el apoyo de la ley.

Adelantándose a los políticos de su tiempo, Garrido creó la ceremonia de la bandera, el culto de la bandera nacional en las escuelas, en las agrupaciones de clase y en el pueblo. A ella iba ligado otro acontecimiento creado por Garrido, el culto de la unidad nacional, corolario de su tesis dictatorial que pretendía barrer con diferencias de clase en favor de la estructuración cabal del pueblo como entidad productora de la riqueza de Tabasco. Los jóvenes, hombres o mujeres, los ancianos y camisas rojas, los trabajadores obreros y campesinos, desfilaban ante la bandera nacional con solemnidad y respeto: así fueron creados los niños en el fervor por la enseña de la patria. Tales prácticas tenían lugar una vez por semana, sin contarse las fechas de festividad patriótica.

Los camisas rojas constituían una agrupación radical de la juventud denominada Bloque de Jóvenes Revolucionarios. Tenía

una matriz en Villahermosa, y otra que después fué creada en la ciudad de México. Su disciplina era férrea: tenían estrictamente prohibido el alcohol, el tabaco, la frecuentación de centros nocturnos o diurnos de disipación o de vicio. En Tabasco eran grupo de propaganda con cometidos de vigilancia política y social. En México lo eran sólo de propaganda, pero la animadversión que los rodeó hizo de ellos cuerpos de choque. Sólo sus jefes tenían acceso personal a Garrido, pues los demás<sup>14</sup> sólo cumplían órdenes, no veían a Garrido sino de lejos y eventualmente, no estaban interiorizados de nada que no fuera el cumplimiento de sus deberes y nunca tuvieron ocasión de estrechar la mano de Garrido quien, en lo individual, los ignoraba.

El uniforme roji-negro que los caracterizaba, generalizó la crítica de sus enemigos al considerarlos, por la apariencia formal, como fascistas. Otros sí lo eran sin ser camisas rojas, pero pasaban por revolucionarios. Realmente los jóvenes de Garrido no eran fascistas. En los primeros años de la revolución, con obreros fueron integrados los famosos batallones rojos. Este siglo, la CROM formó sus respectivos batallones, y todavía actualmente, cerca de Orizaba, realizan prácticas militares. Después fué la Confederación de Trabajadores de México quien organizó militarmente sus milicias. A continuación, muchas otras agrupaciones imitaron el ejemplo militarizando sus grupos como especie de guardia nacional de emergencia en apoyo de la política obrerista de Cárdenas. La mayor parte de esos grupos militarizados, muchos de ellos armados y casi todos de tendencia radical, ostentaban uniformes y fueron anteriores a los camisas rojas; sin embargo, no obstante que varios de ellos participaron en la política irreligiosa de Calles y Obregón, nadie los llamó fascistas.

En los años de 1934 y 1935 podía observarse que, si bien esos grupos dependían directamente de Garrido, las órdenes de éste eran transmitidas a los camisas rojas por medio de tres o cuatro personas de confianza, entre ellos una sedicente pareja de profesores que sumados no formaban la mitad de un maestro. A esta pareja se atribuye<sup>15</sup> haber cambiado las órdenes a los camisas rojas un domingo de diciembre del año 34, pues debían concurrir a Xochimilco y a la postre fueron enviados a Coyocacán con instrucciones de practicar uno de tantos actos públicos

<sup>14</sup> Alusión a M. González Calzada. Obra citada.

<sup>15</sup> Eloisa Azcuaga del Valle y Arnulfo Pérez H.

—demagogia oratoria y demagogia de desfile— en las afueras del templo parroquial de aquella villa.

En Coyoacán sobrevino el choque inevitable que al parecer escapaba a los alcances intelectuales de la pareja de sedicentes profesores. Varios católicos fueron muertos en el tumulto por los camisas rojas, y uno de éstos, Malda, fué linchado por católicos y fanáticos enfurecidos. La agresión partió de los fanáticos, la provocación partió de los camisas rojas; la responsabilidad recayó sobre Garrido (y a esas horas nadie recordó a la pareja de profesores). Era el saldo trágico de una política equivocada de agresión y demagogia en que el celo de segundas figuras inexpertas, “enemigos públicos de Dios”, se disfrazaba de lealtad. Se demostraba por los hechos lo que ya se sabía: que estaba fuera de clima para la ciudad de México, la táctica y los fines que representaban los camisas rojas; lo que rindió buenos resultados políticos a Garrido en el sureste, le sería fatal en el distrito federal.

En una tempestad nacional se alzaron contra Garrido los grandes rotativos capitalinos entre los que figuraba el de Félix F. Palavicini (en cuyas manos pude ver la tremenda respuesta telegráfica que le diera Tomás el año 35, el mes de julio). Protestaba el pueblo. Los enemigos de Garrido pescaban en río revuelto, comenzaban a ponerse los arreos de combate Múgica, Cedillo y Suirob. Cárdenas observaba, con su mirada verde. En una reunión del gabinete presidida por Cárdenas esos días, presente Garrido, protestó contra la agitación radical el jefe del departamento central, y a nombre de Cárdenas defiende esa política el jefe del Departamento Agrario, Gabino Vázquez.

Eran los primeros vientos huracanados, precursores del otoño político de don Tomás. Iba perdiendo la oportunidad de suceder a Cárdenas en la presidencia al término del período. Todavía se hubiera ayudado el político con un golpe de mano al timón, con un cambio de táctica que la prudencia y la moral nacional imponían, pero contra el político trabajaba el pasional, el convencido, el callista, el hombre a quien el orgullo iba aislando del ritmo futuro del país. Se crecía ante el vendaval. No acertaba a repudiar a su trágica pareja de profesores. Se resistía a disolver a los camisas rojas. Se hundía cerradamente en su táctica unilateral. Vino de Villahermosa en “El Guacamayo” —pues estaba en Tabasco cuando acontecieron los sucesos de Coyoacán—, y del

avión se trasladó a la penitenciaría. Abrazó a los procesados. Otorgó las fianzas de ley. Al poco tiempo los libertó. El entierro del lapidado Malda fué elevado al rango de desagravio revolucionario. Garrido sellaba su sentencia política: el resto lo haría Calles poco después, por boca de Ezequiel Padilla, al chocar contra Cárdenas.

Los camisas rojas, organizados militarmente, no siempre iban armados, pero ocasionalmente sí. Para entonces ya habían luchado contra los universitarios de México, en plena calle. Habían deshecho a pistoletazos a los "dorados", grupo fascista manejado por el ex-villista Rodríguez. Mantenían una atmósfera de turbulencia y malestar que acumulaba odios contra ellos y contra Garrido. Aun habían obtenido un triunfo más en sus luchas al hacerse de la Federación de Estudiantes de México elevando a la presidencia de ese organismo a Alonso Garrido, el mejor de los hermanos de Tomás. Era la Federación Estudiantil que el año de 1929 se había cubierto de gloria luchando contra la dictadura callista, por la libertad de cátedra y por la autodeterminación universitaria.

Por la organización y fines de los camisas rojas, Garrido fué aclamado por la mayoría de los hombres significados de su tiempo. Así procedió Obregón. Más tarde Calles lo elogió sin medida, principalmente el 30 de noviembre del año 34. El 30 de marzo de ese año, en ditirámico discurso hizo lo propio Francisco José Múgica, cuando expresó ante Cárdenas: "Señores gobernadores de los Estados de la República: ¡Seguir el ejemplo de este pueblo que ha levantado en sus manos la bandera roji-negra sin temor a ninguna crítica y que ha violado todas las leyes que se han opuesto a su progreso! Señores: hay que tabasqueñizar a México".

Por iguales motivos a los anteriores, otras manifestaciones de encomio partieron, el 22 de marzo del año 34, de labios de Luis I. Rodríguez, Ignacio García Téllez, Saturnino Cedillo, Silvano Barba González, Estrada Cajigal, Melchor Ortega, Sebastián Allende, Benjamín Romero, Plutarco Elías Calles y Joaquín Amaro. Todas esas opiniones fueron recogidas por "El Nacional" en que a su vez aplaudían y suscribían elogios Froylán C. Manjarrés, Gustavo Ortiz Hernán y Héctor Pérez Martínez, todos ellos asiduos de Garrido en ese tiempo.

Destacaban asimismo en el elogio Lamberto Hernández, Carlos Osuna, Margarito Ramírez, Adalberto García de Mendoza,

Alejandro Lacy, Angel Castillo Lanz, Adrián Castrejón, Manlio Fabio Altamirano, Adalberto Tejeda, Carlos y Manuel Riva Palacio, Gonzalo Vázquez Vela, Francisco Rojas González, Miguel Angel Menéndez, Vicente Lombardo Toledano quien dijo en Villahermosa, el 25 de julio del año 34: "Prometo al pueblo tabasqueño y al Bloque Roji-Negro de Jóvenes Revolucionarios aquí reunido, denunciar con mi pluma la grandiosa obra socialista realizada en este Estado por el licenciado Tomás Garrido Canabal".

A los anteriores han de sumarse los nombres de Roberto Hinojosa, Lauro Ortega, Alejandro Gómez Maganda, Mario Souza, Daniel Valencia, José Muñoz Cota y una serie interminable de militares, intelectuales y políticos. Luciano Kubli escribió un largo ditirambo, "El Sureste Proletario", aunque un año después escribiera otro ensayo en honor de Cedillo. Hinojosa, asesinado más tarde por la contra-revolución en Bolivia, escribió "El Tabasco que Yo he visto". Llegaban felicitaciones desde España en la voz de "La Pasionaria" y de Largo Caballero. Desde Costa Rica aplaudía Mariano Tovar, y desde Argentina el presidente Hipólito Irigoyen.

Cárdenas conoció y auspició las aclamaciones nacionales. Por aquel tiempo, don Lázaro expresaba: "El hombre nada debe esperar de lo sobrenatural. Cada instante que permanece arro-dillado, es un instante que roba a la humanidad. La lógica del pensamiento, el trabajo constante y la lucha deben sustituir en nuestro país a los anacrónicos obscurantismos, a la inacción religiosa y al credo de la resignación". Otros negarían después esa convicción, Cárdenas mantendría la suya. Muchos negarían a Garrido. Este los olvidaría con presteza desde su orgullosa altivez. A otros los recordaría desde la indolencia de sus últimos años con cierto aire de maliciosa altanería.



XII

GARRIDO ANTE LA  
IGLESIA CATOLICA



**P**OR LA EXISTENCIA de los camisas rojas, sus fines y su organización, Garrido fué acusado de fascista.

Realmente nunca lo fué: ese era el origen de su mérito como extremista, y la razón de su problema histórico como radical. No podría ser un fascista porque las formas de nuestra organización social son opuestas al sistema corporativo de gobierno. Para ser fascista le estorbaban su credo liberal, su ideario racionalista, su convicción cooperativista, su tendencia sindical y ejidal. Para ser comunista le estorbaba su colaboracionismo, su apasionada mexicanidad, su filosofía antidualéctica, su individualismo dictatorial. No obstante sus contradicciones y sus lagunas, era un adelantado, política y socialmente, para su tiempo. Mayormente lo sería para épocas posteriores, para toda etapa que no hubiera cumplido ni rebasado los temas centrales en que Garrido, despojado de la demagogia callista, apoyó los apotegmas de su acción.

Requiere algunas palabras más de interés histórico, el dibujo del Garrido iconoclasta, el que hizo, con el metal de las campanas, las estatuas de Obregón, de Juárez y de Morelos.

Debe reconocerse que en sus postrimerías políticas, del 34 al 35, Garrido dispersó sus energías en escaramuzas de palacio, entre figuras secundarias o rencillas de cortesano, sin percatarse, al parecer, de que allí se conjuraba la tempestad que lo arrastraría de la equivocación al exilio. Podía observarse que, del grupo que lo rodeaba en México, Garrido venía confiando la ejecución de sus directivas en algunas mujeres, gente de muy mediana capacidad intelectual, con lo que gozaban de preeminencia militante. Eran una excepción Ana Santamaría por sus méritos de educadora, y Elvia Gamas por su preparación y lealtad: todo lo demás, por innata incapacidad, conspiraba contra Garrido. Otra cosa muy distinta era el gran grupo que había constituido y dejado en Tabasco, maestras y maestros verdaderos, fauna de abnegación, gente que Garrido había modelado en años de incesante trabajo pedagógico, a la luz de la escuela racionalista cuyo análisis ocupa estudio por separado en este trabajo.

Aquella genticilla lo iba aislando del mundo político. Desestimaban a los políticos que procuraban a Tomás. Los humilla-

ban con antepasados, hacían gala de torpe suficiencia, de irritante ignorancia. Hicieron de la intriga palaciega un muro de hierro y de miserias que iba encerrando a Garrido. Parecían ufanarse de que se les considerara como elementos de serrallo, sin que nadie se opusiera al paso de esa calumnia que dañaba profundamente a Garrido como político. Al otro extremo, la prensa y la opinión conservadores estrechaban el cerco para aniquilarlo. Cada quien contribuía con explosivos, Calles aportaría nitroglicerina.

Los pocos elementos de probada adicción con quienes Tomás contaba en México, figuras de singular varonía que lo amaban con hondura, aparecían fuera de la órbita de influencia que el caso requería, y, por lo demás, la mayoría de ellos carecía de experiencia para moverse en ese aire enrarecido de la política nacional que estaba más allá de sus alcances. Como acontece siempre con los dictadores, llega el momento en que su material humano de calidad está ausente, y esto comúnmente coincide con la crisis general.

En un tierno anochecer del trópico, cuando Garrido había abandonado el ministerio de agricultura del gabinete de Cárdenas, debe haber recordado esos errores irremediables, no importa que para entonces todavía estuviese aferrado al concepto de eterna primavera de su acción, pues a lo más esa obsesión había creado ante sus ojos un espejismo que vendrían a despejar las primeras lluvias de su vida, los anuncios de temporal en que Brito Foucher era un mero pretexto utilizado por Cárdenas para despejar la incógnita de Tabasco bajo la infamia política que a su sombra fraguaban los nuevos influyentes de la hora: Cedillo, Suñob, Múgica y otros más.

Ninguna fresca brisa del anochecer tabasqueño podría aliviar la temperatura política que se cernía sobre su figura. Así sobrevino la caída y el destierro después. Gente de poca monta corrió a esconder la camisa roja, o a quemarla cuando Garrido volaba ya hacia Costa Rica. Es probable que los tabasqueños no se percataran con justeza de lo que perdían en esa hora, aunque, por otra parte, tampoco podrían impedirlo. Cuando hubo movilizado convenientemente las figuras sobre el tablero hasta obtener los resultados que su juego ambicionaba, Cárdenas debe haber sentido la satisfacción política de quien ha ganado la partida, pero también la pena íntima, el reproche en los labios, de quien ha tenido que romper con la más vigorosa experiencia revolucionaria de esa época, cuyos errores y extremismos él pudo haber conte-

nido oportunamente. De todo ello, la historia se ocuparía posteriormente. Luego aconteció la experiencia de Costa Rica —de la que me ocupó por separado—, y más tarde, el año de 40, Garrido decidía retornar al país.

El solo anuncio de su retorno movilizó en su contra a la opinión conservadora mexicana y a los enemigos políticos de Garrido. En el ambiente aparecían nuevas figuras adversas a Tomás, muchos de ellos antiguos protegidos suyos que traicionándolo aspiraban a congraciarse con Cárdenas y Avila Camacho, sin entender que ambos eran amigos de Garrido. En esa confabulación oportunista participaban segundones investidos de suficiencia revolucionaria, personajes a cuatro años de plazo, gentes sin luz propia que olfateaban el peligro para su seguridad política con el regreso del “hombre del sureste”. Asociados presionaron a la prensa y todo se concitó sobre el gobierno de Avila Camacho para impedir el retorno.

Como unos y otros —blasfemos, católicos de pega— pretendían hablar contra Garrido en nombre de la Iglesia Católica, me decidí a entrevistar al arzobispo de México, monseñor Luis M. Martínez, para conocer su pensamiento, y, en todo caso, para desarmar a los enemigos de Garrido públicamente, pues me sublevaba lo deshonesto del procedimiento empleado por ellos. Asimismo entrevisté al secretario de Gobernación, Miguel Alemán, quien no conocía a Garrido ni emitió opinión alguna sobre el tema, aunque posteriormente de él recibió Tomás diversas deferencias que expresaban la estimación del Presidente Avila Camacho, antiguo jefe de la zona militar de Tabasco.

La entrevista con el arzobispo Martínez tuvo lugar en el 61 de las calles de las Artes de la ciudad de México, a las 19 horas del jueves 3 de abril de 1941, previa cita que recibí de su secretario particular Ramón García Plaza.<sup>16</sup> No conocía yo a monseñor Martínez. Me hizo grata impresión. Me pareció hombre de talento, humano y natural. Me ofreció cigarrillos “Delicados” en una cigarrera “Romson” de último modelo. Me habló de sus impresiones sobre pintura religiosa. Hablaba con desenvoltura, con gracia en la conversación. Nuestro encuentro, al pie de la escalera por donde bajó, no dejaba de ser embarazoso. Estábamos rodeados por diversas personas, entre ellas Herrera y Lasso que, rodilla en tierra, le besaban la mano. Yo lo saludé de pie con

<sup>16</sup> Los originales, en poder de B. D.

un apretón de manos, y tuve que explicarle con toda atención "que no era católico, mas no deseaba que se interpretara mi gesto como una balandronada", a lo que el arzobispo me dijo "que no tuviera cuidado pues ya conocía mi modo de pensar". Y me invitó a pasar con él a la sala.

Cuando abordé el tema del retorno de Garrido y de que multitud de personas y periódicos a nombre de la iglesia católica lo repudiaban negándole el derecho moral a regresar al país, el arzobispo categóricamente me dijo: "La Iglesia Católica no tiene luchas personales contra nadie, ni agravios que vengar; si gozamos de libertad religiosa, es natural que convengamos en la libertad de pensar como un patrimonio de todo el mundo". A medida que yo tomaba notas, monseñor añadió: "Ni contra el señor Garrido Canabal ni contra el señor general Calles tenemos algo que argumentar. La Iglesia vive dentro de la ley y no tiene por qué objetar los actos del gobierno respecto al regreso de los mexicanos a la patria. En este caso está el señor Tomás Garrido". Con exceso de liberalidad, con notorio buen juicio, con prudencia y con admirable tolerancia —que párrocos secundarios y fanáticos ignorantes no imitaban—, el arzobispo se explayó sobre temas históricos recientes y sobre luchas iconoclastas. Comprendí que se requiere más valor para la bondad que para el ejercicio de la venganza. Era mucho más de lo que yo, francamente, esperaba.

Al día siguiente entrevisté con igual fin al expresidente don Emilio Portes Gil quien, entre otros conceptos, expresó: "El licenciado Tomás Garrido tiene pleno derecho de regresar y de vivir aquí, en su patria. Durante el gobierno provisional de 1929 que me tocó presidir, el licenciado Garrido Canabal fué siempre un leal y entusiasta colaborador del régimen. Garrido no es un desterrado. Considero, además, que no puede negarse que fué un factor decisivo en los últimos diez años de la vida de México". "Todos tenemos grandes defectos, y también Garrido sin duda los tiene; pero no puede negarse que hizo esfuerzos muy interesantes en bien de las colectividades de su Estado".<sup>17</sup>

Con las respuestas del señor Arzobispo anexas al breve cuestionario que las motivaba y que adelanté verbalmente en la entrevista, puesto en orden el trabajo para su aprobación y publi-

---

<sup>17</sup> Esa opinión de Portes Gil, desautorizaba a los impugnadores de la obra educativa de Garrido.

cación, se lo remití con una carta de fecha 4 de abril del 41, que en su parte medular expresaba: "Cualquier respuesta que usted se sirva aprobar al cuestionario, impedirá que en torno de las ideas religiosas y de la Iglesia y de los creyentes, determinadas personas continúen especulando en materia política al mostrarse investidas de una autoridad moral y oficial que sólo usted, dentro de la Iglesia, representa. Considero de alcance y de la mayor importancia moral la palabra de usted, tanto para puntualizar conceptos, apreciaciones y normas, cuanto para evitar desconciertos entre los católicos y malas artes de algunos políticos, a las que, desde luego, es en absoluto ajena la Iglesia, según entiendo".

A esta carta y al cuestionario que incluía las respuestas que el señor arzobispo se había servido darme el día anterior, contestó con su carta del día 8, donde me decía que<sup>18</sup> "por motivos poderosos no me parece prudente hablar en la prensa de los puntos que usted se sirve proponerme en el interrogatorio referido". Esto me hizo guardar silencio, por respeto a la voluntad del prelado y por considerar asimismo que si yo publicaba sus respuestas, los resultados serían contraproducentes al entablarse una discusión que en ese momento convenía evitar. Es probable que hoy, a diez años de distancia, el señor arzobispo, tan amante de la historia como es, convenga en que procedo con justicia y con verdad al dar a la estampa todo aquello.<sup>19</sup>

Ya el año de 41 no podían ignorar los altos círculos eclesiásticos mexicanos lo que había acontecido en Costa Rica. Para entonces Garrido era públicamente muy estimado en Centro-América, por su fecunda labor en la tierra de García Monge. Los católicos que lo habían recibido con hostilidad, influidos por lo que se decía en México en su contra, habían tenido tiempo de reconsiderar sus juicios, y a la postre fueron sus amigos por convencimiento. Como Garrido permaneció ajeno en absoluto a esos temas en Costa Rica, el pueblo no vió en él más que a un trabajador incansable, un hombre de empresa, un carácter.<sup>20</sup>

<sup>18</sup> Los originales, en poder de B. D.

<sup>19</sup> Este capítulo fué publicado en la revista HOY, el 26 de enero de 1952. El silencio del señor Arzobispo al respecto, es testimonio de que otorgó su conformidad a lo que allí dije. B. D.

<sup>20</sup> Cuando José Pagés Llergo estuvo de visita en Costa Rica, siendo huésped de su coterráneo Tomás Garrido, éste lo llevó al templo para que "conociera su belleza y su historia".

Mucho había meditado el hombre desde el exilio, atenaceado por el recuerdo de Tabasco, roído por la lejanía de la patria, volcado en una acción que no siempre, aunque intensa, lograba distraerlo de la visión de México. El 30 de marzo del 38, me decía: "He adquirido mucha, mucha experiencia. Fuera del inolvidable México se rectifican y ratifican conceptos, y se comprende mejor el valor que tiene nuestro país". Esas notas posiblemente tenían relación con otra carta suya, de 18 de enero del mismo 38, en que expresaba: "Por la prensa mexicana estoy enterado del fervor religioso que se ha despertado en nuestro país,<sup>21</sup> donde en la actualidad la mayoría de las gentes se disputan la amistad del clero. ¿Qué está pasando en México? Es indudable que este período servirá para conocer a los hombres de convicciones, que nuestra patria necesita utilizar en el porvenir."

---

<sup>21</sup> A la sinceridad con que el Presidente Avila Camacho declaró "ser creyente", los políticos respondieron con falso celo de conversos de última hora. Tales casos penosos, se podrían contar por centenares.

XIII

E L E D U C A D O R

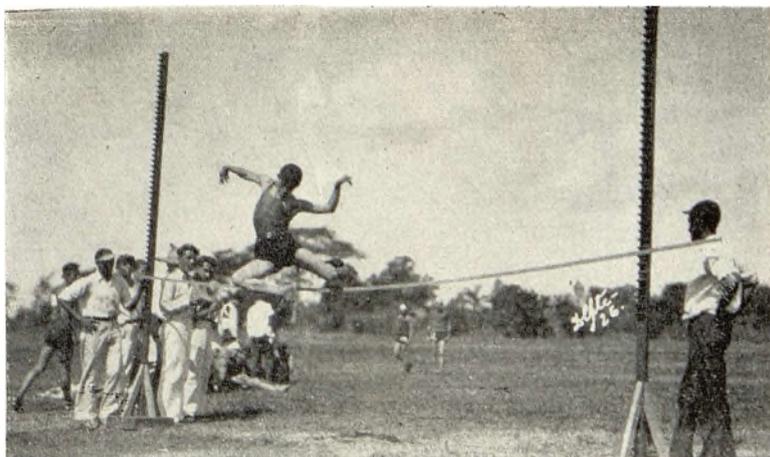




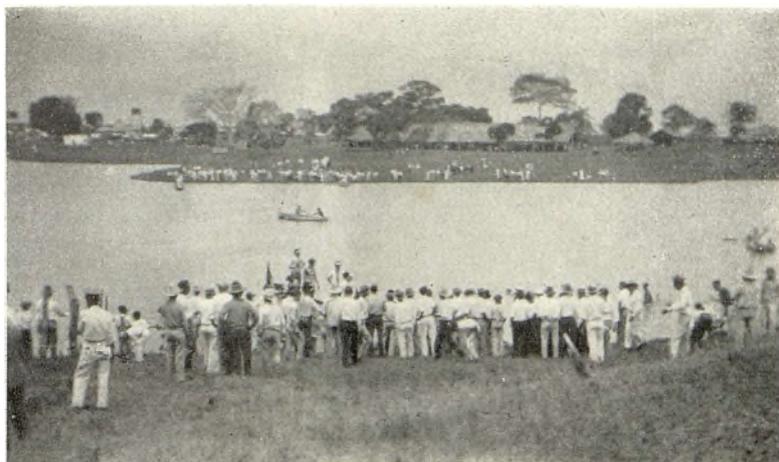
Echó abajo las campanas de los templos para fundir estatuas de Juárez, de Morelos, de Obregón. Era su campaña desfanatizadora, la violencia organizada.



En los templos que conservó, hizo instalar las escuelas racionalistas, como ésta denominada "Lázaro Cárdenas".



Impuso y fomentó el culto deportivo entre la juventud tabasqueña libre de vicios.



Tenían lugar las regatas de la juventud de Tabasco en la soñadora "Laguna de las Ilusiones".

**E**N EL TABASCO de Tomás Garrido,  
apenas si por algunas construcciones  
escolares podía percibirse su

obra de educador. Lo que había enriquecido con ejemplar tenacidad era el mundo subjetivo del hombre, su carácter, el equipo de sus ideas, la madura libertad del espíritu, la capacitación técnica, la cultura de aplicación. Produce la impresión de no haber cifrado su ambición en levantar edificios ostentosos en prenda de falso mérito o en excusa de pobreza pedagógica. No podía actuar como contratista quien tenía finalidades de educador. No era su preocupación el hecho de multiplicar el número de los edificios existentes, sangrando así la economía local que él aplicaba a temas de mayor enjundia social. Edificó algunos centros escolares, los levantó de cantera alguna vez, de mampostería y de tezontle en varios casos, y aun mejoró muchos centros más, aplicó renglones presupuestales a reedificar, conservar y preservar. Pero ese no era su empeño sustantivo, ese no era su mérito, ni su meta. Por ello la tarea de edificar no podría ser la vara justa para medir su esfuerzo, para apreciar su intención.

Algún día sus enemigos le negarían hasta eso, su gran programa educativo realizado. Algún turista iletrado, mecanógrafo a sueldo de ex-hacendados tabasqueños<sup>22</sup>, discutiría esas cosas desde páginas escritas sin hombría y sin verdad. Y aun aparecerían intelectuales mexicanos<sup>23</sup> que ante la falta de palacios escolares negarían aquella obra educativa. En todos estos juicios intervenía el apasionamiento de sus impugnadores que tanto daño hace a la limpieza de la fe como a la causa superior de la verdad. Con montañas de lodo habían pretendido sepultar la figura del político ciertamente discutible, y con carretadas de cieno envueltas en palabras aproximadamente inteligentes pretendieron sepultar la obra del educador que estaba más allá de los turbios expedientes de la política. Ante unos y ante otros, por encima del político y de sus errores, Garrido el educador emergía de pie, in-

---

<sup>22</sup> Alusión a J. H. L. Schlarman, obra citada, empeñoso y sospechoso adulator de los enemigos de Garrido.

<sup>23</sup> Alusión a J. A. Ceniceros, por sus opiniones sobre la tarea educativa de Tomás Garrido.

sepulto sobre montañas de lodo y carretadas de cieno que no pudieron cubrir su estatura.

No se puede hablar de esto desapasionadamente, porque no se puede hablar sin pasión de la educación de un pueblo. En torno de este viejo tema, gira el drama y la esperanza de México. A él se mezclan nuestras luchas, nuestras miserias, nuestras derrotas, nuestra dignidad colectiva y las mejores alegrías de la patria. Ese tema nacional está hecho con la tierra por donde transitaron los huaraches magníficos del arriero y del labriego de Apatzingán y de Valladolid, el cura inmarcesible de Churumuco y de Carácuaro. Es el antiguo tema en cuya dramaticidad cruza la figura preciosamente adusta de un indio descalzo y miserable, el niño espléndido de Guelatao. Es, en fin, el signo de una esperanza resplandeciente, que despeja las tinieblas de estas tierras desde los viejos tiempos de don Vasco y sus iguales hasta Gómez Farías, que va de la Reforma a Barrera, de Rébsamen a Justo Sierra. Que enaltece a quienes lo sirven con austeridad y que permite excusar a quienes lo niegan. El tema convulso y generoso de nuestro destino, que a pesar de toda nuestra historia política florece sobre ella y nos ampara, como si nada fuera dable sobre la tierra sin el cultivo de la inteligencia, como si nada nos prestara superioridad verdadera sin el tranquilo goce educativo, como si no existiera mayor responsabilidad moral del hombre ante su mundo que aquélla que sobre él descansa cuando la educación y la cultura elevan, en él y al través de él, las nunca bien muertas regresiones de la especie, la oscuridad de sus primeras épocas, los estratos de la inferioridad que la educación supera. Esto explica en todo caso la pasión bien legítima que el tema provoca, el respeto que su verdad merece, el cariño que impone.

En sus aspectos generales, por lo que ve a Garrido, la obra del constructor abarca varios puntos: es su programa educativo, su aspecto desfanatizador, su contenido ligado a la planeación económica y a la gestión legislativa del gobernante.

En su informe del año 19, el gobernador Garrido apenas habla del exilio que sufre su administración y de la sombría figura del chacal Bertani. Anda huyendo su gobierno "con verdadero heroísmo y con muy loable valor civil en defensa de la legalidad de sus instituciones".<sup>24</sup> Garrido leía su informe ante un valiente congreso local que presidía Alberto Nicolás Cámara,

---

<sup>24</sup> Opinión de F. J. Santamaría. Obra citada.

en Frontera, municipalidad de Centla, capital provisional del Estado de Tabasco. Conmueve el anaranjado cuadernillo donde quedó impreso el informe con una gran pobreza tipográfica. Privado del poder y de los recursos del gobierno, no podía hablar el mandatario de trabajo educativo alguno. Los almidonados políticos tabasqueños que cerca de don Venustiano Carranza fomentaban el sedicente "Congreso de Amatitán", deben haberse sentido satisfechos de que su Entidad sufriera, sobre saqueos y agravios de una soldadesca de filibusteros,<sup>25</sup> el colapso educativo. Para esa gente de estériles heráldicas, aquéllo era una venganza póstuma, como si no pudieran olvidar la justicia que los peones les habían hecho sentir en propia sangre.<sup>26</sup>

El año 23 aconteció la asonada delahuertista que, por ese año y el siguiente, volvió a interrumpir la obra educativa. Apenas en el informe del año 24 comenzó a hablar Garrido de un modesto esfuerzo educativo. Realmente hablaba de una esperanza, formulaba ante su pueblo un ofrecimiento. A la vez señalaba las pensiones otorgadas a los estudiantes Margarita Ochoa Riqué, Cutverto León, Lincoln Salazar, Miguel Hernández, Andrés Iduarte, Audomero Zetina, Joselino Rivera, Daniel Espinosa. En ese propio año se autorizó por decreto del 20 de septiembre al profesor José Ochoa L., para dirigir y administrar el "Instituto Juárez" de Villahermosa. Por ese tiempo fueron concedidas otras pensiones a los estudiantes Nicolás Graham G., y Agapito Domínguez C. Y asimismo al obrero José Gutiérrez "que resultó herido e imposibilitado por su participación en el combate de Tenosique al lado de las fuerzas de "Guardias Municipales". Otra pensión similar era concedida entonces en favor de la madre del obrero Rosario Ramírez, muerto en la referida campaña contra los delahuertistas.

Fué hasta el informe del año 30 que el gobernador Cruz —creación política de Garrido—, al ocuparse de un apreciable volumen de la obra educativa, trató sobre el tema fundamental de Tabasco. Garrido, real inspirador de aquella obra, fungía en ese tiempo como Presidente de la Liga Central de Resistencia del Partido Socialista Radical. Ya organizado el gobierno y ac-

<sup>25</sup> Alusión al Gral. Francisco R. Bertani, jefe de operaciones militares, y a su lugarteniente Gómez, "ex-fraile, mariguano desorejado y arbitrario", según lo califica F. J. Santamaría.

<sup>26</sup> Alusión a los padres de esos políticos tabasqueños, genealogía de negros, quienes mucho antes de que Garrido apareciera en la escena política de Tabasco, fueron arrastrados a cabeza de silla por el pueblo, sentenciados por estupro.

tuando en un clima de normalidad desde el año 24, había podido enfrentar esa tarea. Sólo para fomentar el folklore y la música del Estado, se erogaban al año más de treinta mil pesos. Un poco más era lo asignado a pensiones y jubilaciones. Cuando los ingresos generales del gobierno apenas rebasaban la suma de un millón y medio de pesos, ya el presupuesto educativo alcanzaba la cifra de cuatrocientos cincuenta mil pesos. Tan importante suma dentro del renglón general —pues era la tercera parte del ingreso total—, se destinaba a la atención y sostenimiento del Consejo de Educación, Escuela Avícola, Instituto Juárez, Escuela Normal del Maestro Tabasqueño, escuelas Hogar Diurna, Hogar Nocturna, Normal para Maestros Rurales, Escuelas Racionalistas Superiores, Elementales del 1º al 4º Grado, Escuelas Racionalistas Elementales, Subsidios, Centro Cultural Nocturno, Inspección Escolar, Escuelas Racionalistas Nocturnas, Escuela de la Cárcel Pública, Escuelas Rurales, Pensiones y gastos generales.

Esas primeras manifestaciones del propósito educativo de Garrido, aspiraban a lograr “el mejoramiento económico y social de las grandes masas trabajadoras”. Consideraba él que la escuela debía “orientar a la niñez y a la juventud tabasqueña hacia ese régimen de convivencia social perfectamente definido por la revolución mexicana”. Por ello discurría después sobre las “reformas fundamentales con que la ciencia educativa ha transformado la función social de la escuela del pueblo”, las que “impusieron la necesidad urgente de procurar el mejoramiento profesional y social de los maestros”. Había modificado planes y programas. Había implantado reformas de contenido básico. Creaba el sistema coeducativo, desechaba el carácter unisexual de la educación confesional. “Todas nuestras escuelas son mixtas”. Se sustentaba la tesis cooperativista “como sistema de organización económica y recurso de defensa contra el capitalismo”. Se ufana Garrido del buen éxito cooperativista logrado entre las masas infantiles, donde ya existían entonces 15 cooperativas de satisfactorios resultados.

Su anhelo de visionario era “encender en la niñez tabasqueña el amor a la tierra y a la agricultura”, la “mayor fuente de riqueza para Tabasco y el recurso más eficaz para alcanzar una efectiva independencia económica”. Inspirado Garrido en la filosofía de Ferrer Guardia —que para ese tiempo era más adelantada que la sostenida por los reformadores de la ciudad de

México—, había creado las escuelas racionalistas. “La escuela —decía él— traspuso los umbrales del aula y fué a laborar en el seno de las comunidades, poniéndose al servicio de las clases trabajadoras”. “La Escuela, en una palabra, llegó a socializarse, para responder a los imperativos de la Revolución”. Se preocupaba por atender al desarrollo intelectual intensivo además de cuidar y vigilar el de la cultura física, juegos deportivos, formación de clubes. Sostenía una doctrina exclusivista y cerrada, la racionalista, pero procuraba que la educación fuese integral, pues asimismo impuso un concepto económico-social de la cultura, una acción cooperativista, una preferente dedicación pedagógica hacia la cultura estética, hacia el concurso de los padres de familia y el de las clases trabajadoras en las tareas esenciales de la escuela y la formación del carácter del niño. Del año 29 al año 30, había sido aumentado el presupuesto educativo en más de doscientos mil pesos, con lo que superaba la cifra de ochocientos noventa mil pesos para ese renglón.

Después de la obligada parálisis educativa del año 19, no podía dejar de ser interesante el panorama cultural del año 30. Tabasco contaba para entonces con 219 escuelas rurales dirigidas por 235 maestros y una asistencia de 9,010 alumnos. Además contaba con 34 escuelas elementales asistidas por 78 maestros y una población escolar de 3,435 niños y niñas. A esos datos se añadían 19 escuelas racionalistas servidas por 66 maestros, asistidas por 2,194 alumnos, y 7 escuelas racionalistas superiores con un personal pedagógico de 34 maestros y una población de 1,224 jóvenes de ambos sexos. Tales cifras eran referentes a las escuelas diurnas en general. Y por lo que hace a las escuelas nocturnas, la estadística era reveladora, pues existían 34 escuelas elementales a cargo de 78 profesores con 1,045 alumnos, 19 escuelas racionalistas servidas por 66 maestros con 953 estudiantes, y 7 escuelas racionalistas superiores encargadas a 34 pedagogos que impartían enseñanzas a 563 estudiantes. En cifras absolutas, eran 531 escuelas, 799 maestros (el personal docente atendía por turnos los planteles diurnos y los nocturnos), y una población escolar de 22,765 alumnos. Esa asistencia escolar, comparada con la del año 29 que había sido de 15,529 alumnos, acusaba un aumento de 7,236 alumnos para el año de 30. Este plausible hecho permite recordar que Garrido había hecho forzosamente la educación en Tabasco, y había legislado en ese sentido creando y estableciendo diversas formas de castigo para los pa-

dres de familia que infringieran esa disposición. Las sanciones económicas eran manejadas por la autoridad escolar, la de la escuela misma, los propios padres de familia organizados, las instituciones estudiantiles y algunas organizaciones obreras. Tales sumas recaudadas, se aplicaban indefectiblemente al servicio escolar.

Los anteriores datos no estaban simplemente en los informes de gobierno ni eran abultada relación de los hechos. Las escuelas estaban en toda la geografía de Tabasco, en su fisonomía material y en sus tierras. En las más apartadas rancherías de todos los municipios. Eran modestas escuelas de mampostería o de tezontle. Muchas otras eran de palma sobre horcones, escuelas al aire libre levantadas por pequeños propietarios o humildes trabajadores del surco. Pero abajo de sus techos se realizaba una cruzada auténtica. No se habían hecho edificios de rosada cantera ni destinados a implantar sistemas en gestación o en experimentación. Se improvisaron sitios para echar a andar desde luego una filosofía pedagógica que de años atrás rendía sólidos resultados en otras partes del mundo. No se hacía labor improductiva de estériles ornatos. Se conjuntaban esfuerzos, elementos y experiencias para edificar, aunque fuera en parte, la bella idea del hombre del futuro. La energía del dictador había rodeado de respeto popular a los maestros. La educación era un ejemplo, una preocupación, un culto en todas partes. Había escuelas en Chiflón, Cruces, Chilapilla del Río, Ranchería Alemán, Puxcatán, Ceiba, Guaya, Playas del Tigre, Tulijá, El Sopo, Isla, Estrella, Montaña, Cocoyolar, Pájaros, Patatal, Gimbal, Cocohital, Huimango, Pechucalco, La Piedra, Huacatal, Pirmero Alto, Candelero, Arroyo Hondo, Naranjeña, Encrucijada, Santuario, Poza Redonda, Azucena, Chipilinar, Tequila, Subteniente García, Santo Domingo, Etapa, Juan Aldama, Zanapa, Miramar, Medellín, Guarumo, San Marcos, El Guayal. Eran varios cientos de escuelas distribuidas en los municipios de Balancán, Huimanguillo, Cárdenas, Centla, Centro, Comalcalco, Cunduacán, Emiliano Zapata, Jalapa, Jalpa, Jonuta, Macuspana, Nacajuca, Paraíso, Tacotalpa, Teapa y Tenosique.

La educación era gratuita. Los libros escolares eran gratuitos. Los útiles escolares eran gratuitos. Y todo lo había provisto por el Estado bajo la mano generosa de Garrido. Tabasco no conoció el espectáculo sonrojante de las colectas para útiles o sueldos, ni para cubrir gastos de partidas agotadas en el presu-

puesto, mucho menos el triste panorama de maestros corrompidos y habituados al regalo de padres o de alumnos. En todo esto la vigilancia de Garrido era inflexible, su sistema carecía de agujeros para filtraciones o para simuladores.

La biblioteca "Hidalgo" del Instituto Juárez contaba con más de mil volúmenes. La Escuela Normal del Maestro Tabasqueño contaba con las bibliotecas "Alvaro Obregón" y "Luis Gil Pérez". La escuela "Dolores Correa Zapata" contaba con una biblioteca especializada en textos de agricultura, horticultura, civismo y economía. La Escuela Racionalista número 1, se enorgullecía de su biblioteca "Tomás Garrido". Cada una de las escuelas racionalistas tenía una modesta biblioteca. Garrido había donado, en lo personal, una biblioteca a cada una de las Ligas de Resistencia que existían en la Entidad. A todo esto se añadía el esfuerzo de la Federación que sostenía, independientemente del gobierno local, 5 escuelas primarias, 20 centrales, 72 circundantes, 41 rurales, un total de 138 unidades servidas por 176 maestros con asistencia de más de 8,000 alumnos.

Era timbre de ufanía para los tabasqueños un plantel federal de reciente creación, la Escuela Tipo "Carlos Roviroza". Y a todo ese empeño que Garrido abanderaba incansablemente, se sumaba la Misión Cultural enviada desde la ciudad de México, que inició sus trabajos en Huimanguillo el 18 de mayo del año 30, e instaló el Primer Instituto Social de Perfeccionamiento. Después la Misión laboró en Macuspana, creando el Segundo Instituto en junio y julio de dicho año. Se trasladó más tarde a la región del Usumacinta instalando el Tercer Instituto en Emiliano Zapata. Y, finalmente, creó el Cuarto Instituto en la ciudad de Villahermosa. Esa Misión, que Garrido imitaría con propios elementos locales y cuyo ejemplo mantendría en años posteriores, tuvo por objeto ampliar los conocimientos de los maestros elementales y rurales en el dominio de la Técnica de la Enseñanza, Cultura Física, Orfeones, Pintura, Industrias y Trabajos Sociales diversos. Todo esto impone destacar un hecho de trascendental importancia: Garrido formó varias generaciones de abnegados maestros tabasqueños que hicieron posible aquella obra, y que haciendo honor al dictador enaltecieron al educador, a la vez que contribuyeron a cimentar el buen nombre de Tabasco dentro y fuera de la República.

En el lapso de los años 25 al 26, Tomás Garrido inició y creó las escuelas racionalistas. Ese plan de acción educativa con-

cretó e implantó asimismo la Escuela Tabasqueña Productiva, las escuelas al aire libre, las escuelas-granjas destinadas a preparar a la juventud en el servicio de las necesidades de la Entidad y a mejorar los conocimientos de los maestros en cuanto a las enseñanzas agrícolas, ganaderas e industriales. Los planes de trabajo pedagógico-productivo mantenían como punto de partida, como esencia doctrinal el cooperativismo. Por ello creó Garrido en todas las escuelas, las parcelas escolares o las hortalizas escolares mucho antes de que esto se pusiera de obligada moda en la Europa castigada por Hitler y en los Estados Unidos de Norteamérica preparados contra el nazi-fascismo. Allí, bajo la vigilancia de expertos, se adiestró a la juventud en los llamados cultivos escolares que comprendían la siembra, atención y cosecha del ajonjolí, frijol soya, coapi, jamaica, naranja, mango de Manila, cacahuete y piña. Más tarde se hicieron famosas las grandes fiestas que Garrido impuso para premiar y difundir esas tareas: la fiesta del maíz, la de la naranja, la del plátano, la preciosa celebración de la piña. Esas fiestas tuvieron relación con los "certámenes del niño sano", los concursos agropecuarios, los congresos magisteriales, los eventos nacionales de estudiantes socialistas, los torneos folklóricos, las romerías, las chorotadas, las barbacoas, las conservas de Torno Largo y los múltiples zapateos que en el Campo de la Exposición de Villahermosa sirvieron de marco al esfuerzo magnífico de Garrido, tanto por lo que veía a la educación cuanto por lo que hacía al trabajo, la producción, la industria y el cooperativismo. Muchas veces tuvieron lugar las regatas, los concursos de natación o eventualmente los juegos florales de los poetas populares allí, en la soñadora laguna, cerca de la hermosa ceiba que Garrido denominó "Nido de Águilas", quizá por su altura, quizá en recuerdo de una espléndida mañana luminosa que en ese sitio vió reunidos a tres hombres de verdad, Calles, Cárdenas y Garrido.

En toda la Entidad, cubriéndola como un motivo ornamental de orden superior, puesto que sustantivamente lo era del trabajo educativo, creó el dictador los Centros Difusores en las comunidades indígenas ("horizonte de chontales, primavera de percales bajo tórridos abriles", que cantaba el verso de Bastar Sasso). Allí se alfabetizó al indígena directamente en español, desechando la tesis del procedimiento indirecto que obligaba al maestro a impartir la enseñanza del idioma castellano por medio de los dialectos nativos. Tales centros impartían cursos prácticos de al-

farería, zapatería, industrias agrícolas, curtiduría y sastrería. Fué una gran ambición de Garrido imponer la costumbre del vestido y del traje —se entiende que tropicales— entre los tabasqueños, todas las clases sociales, en lugares urbanos y suburbanos, ciudades, pueblos y rancherías, principalmente en estos últimos en que el tabasqueño vestía de modo miserable. Y a ese fin creó las condiciones económicas generales que permitían ese goce de la civilización hasta en la selva. Tal propósito, y la dictadura que impuso para que los tabasqueños sin excepción usaran calzado que industrializó y abarató creando cooperativas industriales —propiedad de los obreros— que mantenían los productos al alcance del pueblo, lo elevan a la dignidad incuestionable de estadista moderno.

Dos grandes centros difusores fueron creados en Epigmenio Antonio, Macuspana, y en Vicente Guerrero, municipio de Centla. Ambos eran importantes, pero tenía especiales relieves el de Epigmenio Antonio por ser ese lugar un centro de población indígena aplastado por tradiciones seculares; allí fueron recibidos a balazos los maestros de Garrido en el principio de su acción, pero más tarde fué ese uno de los lugares donde su recuerdo sería símbolo de amistad y gratitud.

En la práctica educativa fueron eliminados los castigos corporales de la escuela memorista del porfirismo. El castigo se hizo consistir en privar al alumno del goce de trabajar. Se le aislaba, relegándolo a un sitio donde permanecía inactivo ante los demás, esto le removía la vergüenza ante sus compañeros que laboraban sin descanso. Esa humillación, que lo era en atención al clima de trabajo que Tabasco entero respiraba, rendía los mejores frutos. En cuanto al sistema de atención escolar, Garrido impuso la práctica de los desayunos escolares mucho antes que pensara en ello el resto del país. La educación, alimentos y transportes, eran gratuitos. De su economía particular, el dictador erogaba los costos de los desayunos. De su granja "La Florida" enviaban a las escuelas diariamente dotaciones de leche, frijol y plátanos; cada niño se alimentaba a las diez de la mañana con un gran vaso de caldo de frijol negro, dos o tres plátanos y la cantidad de leche que deseara.

Los educandos eran concentrados a temprana hora de la mañana en el parque "Carrillo Puerto" de Villahermosa, y se les transportaba después en camiones escolares del Estado a cada una de esas escuelas. Igual procedimiento se seguía a las trece

horas, con recorrido inverso, recogiendo a los niños y distribuyéndolos en sus hogares. El servicio era gratuito sin distinciones sociales ni privilegios. Los hijos de Garrido formaban parte de esa población escolar. El menor de ellos, Lenin, se liaba a golpes como cualquier muchacho de Villahermosa, con sus compañeros de clase, y Garrido sabía sonreír de esas peripecias fortuitas. Para vigilar la buena marcha del plan educativo, Garrido creó un cuerpo de inspectores que a su vez era vigilado en casos necesarios.

Visitaba personalmente el dictador, por sistemática costumbre, las escuelas de Villahermosa o del lugar donde estuviese. Al detenerse su carro en la escuela salían los niños a recibirlo graciosamente y a conversarle; para todos ellos era simplemente, afectuosamente, "el licenciado".<sup>27</sup> Los interrogaba, los escuchaba, dictaba órdenes a los maestros. Esto no rompía falsos preceptos de disciplina, sino que establecía vínculos de acercamiento espiritual en la convivencia del gobernante, los alumnos y los maestros. Hasta en ese aspecto, toda la existencia tabasqueña daba la impresión fiel de una vida colectiva de gran familia organizada sobre hábitos de respeto y comprensión. Era un espectáculo reconfortante el de Garrido en las escuelas, de mutua confianza, de saludable esperanza, de hondo sentido humano del gobernante. Siguiendo esa costumbre de contacto directo con los niños y la juventud escolar, Garrido estableció la práctica de destinar los días jueves exclusivamente a atender las audiencias infantiles, lo que le permitía mantener un conocimiento de primera mano sobre los problemas educativos a través de las nuevas generaciones. A la vez, mantuvo una inquebrantable tesis de respeto para el maestro, sin dejar de ser inflexible con el magisterio en casos necesarios. Puede afirmarse que, sobre políticos e influyentes, los maestros y maestras gozaban de atenciones sólo equiparables a las que inevitablemente disfrutaba el propio Garrido. Una especie de fuero bien entendido rodeaba el trabajo escolar y la persona de los mentores. Ello establecía una atmósfera de civilizada convivencia humana.

Como exigencia previa a la obtención del grado profesional, impuso en la Escuela Normal Mixta para los Maestros un año

---

<sup>27</sup> En las escuelas, y con ese sentido de infantil afectuosidad, surgió lo de llamarlo simplemente "el licenciado", lo que dolosamente pretende ignorar uno de los fabulosos detractores de Garrido, Bernardo del Aguila F., en su libro ya citado.

de servicios sociales. Esto aconteció mucho antes de que en México se creara tal exigencia por la Secretaría de Educación Pública o por la Universidad Nacional. Pero su atención equidistante no descuidaba las necesidades populares, y creó las escuelas nocturnas de los estudiantes que estaban dedicados a alfabetizar a la servidumbre con muchísima anticipación a lo que hizo algún día la Capital de la República. Unos pequeños focos rojos que lucían sobre las puertas de muchas casas, indicaban que allí se hacía la campaña desanalfabetizadora. Los días domingo salían los estudiantes y maestros al desempeño de sus misiones culturales en cada municipio o ranchería, y daban orientación a los campesinos sobre puericultura, arreglo del hogar campesino, enfermería, agricultura, industrias domésticas, cooperativismo y otras actividades. Los días sábado salían esos mismos grupos hacia los hogares campesinos e iban provistos de implementos agrícolas para injertar, bombas aspersoras destinadas a educar y ayudar al trabajador del campo; explicaban los resultados y procedimientos mejores para podar, sanear y preservar los cultivos; hacían viveros y almácigos en horticultura. Tanto en el trabajo sabatino como en el dominical, la labor era obligatoria, vigilada e inspeccionada, y en muchas ocasiones aparecía Garrido entre instructores y pueblo.

Todas las ciencias que informaban el programa educativo —aritmética, botánica, zoología, geometría, geografía y demás— tenían aplicación activa y de trabajo, pues la clase era un laboratorio sobre las experiencias vividas en el campo. Garrido desechaba la cultura como ornato y como lujo, todo quería aplicarlo a la realidad tabasqueña, por esto algunos tabasqueños de falsa heráldica y de sombrero "Mossant" radicados en México, decían de él que era un palurdo, con lo que pretendían ofenderlo al emplear el término como equivalencia de ranchero; y en eso tenían razón, sólo que Garrido el educador, doctorado en Campeche, letrado y exjuez de distrito, los aventajaba en la cultura, ni qué decir en la visión social, si bien habría que excusarle la falta de aditamentos diplomáticos que el medio físico no admitía y mucho menos un pueblo que además de ridiculizarlos no tenía otro pensamiento que no fueran su trabajo y su tierra mejorados por la educación. Mientras Garrido era combatido en la ciudad de México, señalado como una fiera de la manigua, "un sátrapa libidinoso, un impío bufón y la abominación de las abomina-

ciones”,<sup>28</sup> en el sureste hacía dictar conferencias semanales sobre el sentido de la patria y el culto de los deberes cívicos a todos sus maestros, con la insignia nacional izada ante los alumnos que así aprendieron a entenderla, a respetarla y amarla: una banda de guerra, formada por escolares, ejecutaba los toques de honor para enarbolar la bandera, y también se le bajaba, respetuosamente, del mástil (¡y a un hombre así los políticos sin pudor lo llamaban comunista!). Dos alumnos participaban como sustentantes en esas ceremonias semanales. Se impartían normas sobre cooperativismo, cultivos, conceptos sobre la conducta, idearios de civismo, enseñanzas de la historia mexicana no informada en los puntos de vista de Gutiérrez Estrada ni de Lucas Alamán.<sup>29</sup> Pugnaba Garrido por fomentar la autoeducación y la formación del carácter, pretendía facilitar en los alumnos el arte de hablar en público con soltura y habilidad venciendo para ello los complejos del medio y de una falsa educación que tradicionalmente se había apoyado en el temor, en la sumisión de la voluntad, en la negación de la acción propia e independiente, y en la verdad transmitida, consagrada, ajena a toda investigación. Para mantener ese ritmo de trabajo por el que lo llamaban “bufón” algunos bufones norteamericanos, el dictador visitaba por lo menos una escuela al salir de su casa de Villahermosa por las mañanas, lo que estableció una norma e inició una disciplina.

Los sueldos del magisterio, que eran de los mejores en todo el país, gozaban de preferencia en el pago. Estaban afectos a un buen presupuesto que sólo el año 30 ascendió a 454,881 pesos, y el año 33 mejoró hasta la cifra de 516,550 pesos de erogación anual. El año 31 existían en Tabasco 483 escuelas, se contaba con 774 maestros para ellas, con asistencia de 17,366 educandos. Y ya el año 33 existían otros muchos planteles, mayor número de maestros, con un aumento de alumnos hasta la cifra de 19,657. Se habían creado las escuelas rurales en las fincas, otras escuelas normales rurales, otros centros difusores, otras escuelas al aire libre, la casa-cuna “María Llovera de Garrido” destinada a esposas de trabajadores y gente del pueblo, otras bibliotecas, cursos de perfeccionamiento diverso, y podría afirmar el gobernador

---

<sup>28</sup> Las frases que aparecen encorilladas son propiedad literaria de Schlarman, y corresponden a su indecoroso libro ya citado, cuya pobreza de estilo es proporcional a su mala fe y a su incultura histórica sobre temas de mi país.

<sup>29</sup> Ni, como quisiera Schlarman el turista, en la turbia tesis de Polk y de Austin.

Garrido, orgullosamente: "Mientras la Federación cuenta aquí con 400 soldados del 10º Batallón, y el Estado con 70 agentes de policía en su totalidad, que apenas ofrecen un total de 470 plazas, podemos destacar el hecho de que en territorio tabasqueño se alzan ya 593 escuelas, como un alto exponente del pensamiento revolucionario y como una gran promesa de redención social. En Tabasco hay más escuelas que soldados."

Con apego a una ley accesoría —más de fomento educativo que de tipo fiscal— se mantenía el procedimiento de las multas a los padres de familia por faltas de asistencia injustificadas de sus hijos a las escuelas. Cada cinco faltas se castigaban con un peso de multa. El producto era manejado en beneficio de la escuela, según ya se ha dicho.

De las cuatro a las cinco de la tarde funcionaban los clubes agrícolas destinados a jóvenes trabajadores diurnos, que así podían asistir a los cursos de la escuela nocturna de las seis de la tarde en adelante. Asombra reconocer que Garrido hubiera podido realizar todo esto en un clima como el de Tabasco: sólo su voluntad era más poderosa que el calor y el bochorno.

En cuanto a los niños, debían dormir desde las ocho de la noche sin excusa ni pretexto, pues sus padres eran multados en caso de infringir esa disposición. Sostenía Garrido que el sueño de los niños era un alimento y que preservar su salud era obligación del Estado revolucionario. En esto era también inflexible. En tal aspecto hizo leyes reglamentarias a la del Trabajo, estableció la vigilancia para su cumplimiento en forma, obligó por la ley a todos los jóvenes en edad escolar a estudiar por lo menos hasta el cuarto año de educación primaria. Esto le permitió ligar su acción educativa con su tesis social, pues legisló contra la costumbre de la propina considerándola una vejación a la dignidad del trabajador; acabó con la mendicidad y la desocupación haciendo obligatorios el trabajo y la educación. Sostenía que mendicidad, embriaguez y desocupación no pueden existir en un ambiente de trabajo obligatorio.

Había dotado de cuatro hectáreas de terreno para sus trabajos agrícolas a la escuela "Plutarco Elías Calles". Lucía quioscos alrededor, con tejas rojas en el techo, con mesabancos y material didáctico en las aulas. Al centro aparecían las parcelas, una para cada grupo escolar, destinadas al cultivo de las cooperativas escolares que eran pasión del visionario y sueño del dictador. Más allá, en torno de la escuela aparecían los jardines armonio-

sos, con trabajos de floricultura cultivados y atendidos por las manos laboriosas de los niños, eran prenda del esmero infantil. En una parte del terreno escolar se cuidaban las aves, las gallinas, las abejas y aun había cerdos y conejos para su cría. Otra ala de la escuela estaba destinada a las prácticas industriales, a la conservación de frutas y legumbres, a la preciosa y productiva dulcería, a las labores específicas de la curtiduría o de la carpintería. Dentro de ese sistema educativo, cada grupo escolar tenía una cooperativa y todas esas agrupaciones e instituciones de producción integraban la Federación de Cooperativas Juveniles, cuyos dividendos se distribuían anualmente con intervención de las organizaciones estudiantiles, los padres de familia, los maestros organizados, el gobierno y las Ligas de Resistencia de los obreros. Ese ejemplo de la "Escuela Plutarco Elías Calles" no era único en Tabasco, pues otros muchos lugares contaban con escuelas similares. Mientras la política y los políticos combatían esa obra, Garrido el educador podía afirmar que, desde el punto de vista de la cultura de aplicación y en cuanto a los resultados del cooperativismo en Tabasco, su Estado era un emporio de riqueza social.

La obra educativa se apuntalaba además en otros aspectos comprendidos en varias leyes especiales. La Ley Contra los Vicios (anticipo de la Ley Seca, que fué posterior) de 31 de mayo de 1928, que era el decreto número 17 con que se inició la lucha contra el alcoholismo hasta aplastarlo definitivamente. Y la ley reglamentaria del artículo 4º de la Constitución Federal, referente al ejercicio profesional del sacerdocio y de los cultos, dictada por Tomás Garrido en cinco artículos y un transitorio el 6 de marzo del año 25, avalada por los diputados secretarios Alejandro Ruiz S., y Juan B. de Dios T., así como por el entonces revolucionario y secretario de gobierno Francisco Trujillo Gurriá, protegido del dictador.

Fiel a su deseo de favorecer el rumbo cultural de los jóvenes y el libre curso de sus legítimas aspiraciones, Garrido mantuvo indeclinablemente una política de ayuda y prestaciones para la gente de estudio, bien por sostenerles estudios en Tabasco, bien para que hicieran una carrera profesional en diversos planteles de la ciudad de México. A otros muchos nombres de jóvenes favorecidos por sus antecedentes escolares, el año 25 unió Garrido los de nuevos pensionados: Agapito Domínguez, Cándido Rivera, Manuel Cahero, Paulino y Joselino Rivera, Leonel Falconi P.,

Pastor García, F. de la Fuente L., Hilario Gamas C., Hermelindo Sánchez, Francisca y Josefina Landero Díaz, Eva Hernández, César Estañol, Heberto Brown, Enrique de la Rosa, José Pedrero, Quintín Aráuz Magaña. Con generoso gesto, Garrido tuvo pensionados por años, en la escuela primaria y después en los estudios profesionales, a algunos jóvenes como Carlos A. Madrazo. A otros los ayudó por su talento, como a Ramón Galguera N., sobrino de aquel Galguera que lo ayudó a huir de los delahuertistas. Ya el año 32 pensionaba también a J. Ezequiel Díos, Julio César Romano e Isidoro Pedrero Fócil.

Desde el año 29 contaba Tabasco con una ley que establecía dentro del magisterio del Estado los grados de Maestro de Educación Rural y Maestro de Educación Popular, y en la cual quedaban puntualizados los requisitos legales para obtener dichos títulos. Esa y otras disposiciones prolijas de enumerar, formaron el volumen de obra legislativa que sobre educación realizó Garrido. Esto, el volumen de esa obra, originaría poco después la felicitación elogiosísima de Manuel Azaña para Garrido, que se unía a otras altas voces españolas ya citadas. Como, posteriormente, lo aplaudiría también Calderón Guardia, presidente de la república de Costa Rica que en materia de educación rivaliza con cualquiera del Continente.

A la par que procuraba la creación de nuevas generaciones útiles a la sociedad y al país, se preocupaba por obtener, y lo logró, un equipo humano de maestros dedicados a ayudarlo en esa honda tarea histórica. Para lo uno y lo otro, el tiempo demostró que no eran imprescindibles las escuelas de cantera color rosa, por cuya espectacular ausencia sus enemigos pretendieron juzgarlo, medirlo y condenarlo con estéril suficiencia. Sólo a la perversa pedantería de sus enemigos pudo ocurrirle afirmar que la educación es patrimonio de los contratistas.



XIV

**EL CONSTRUCTOR SOCIAL**



**E**L CONSTRUCTOR social reviste tanto interés en Tomás Garrido como el educador. Eran tareas que el reformador enfrentaba simultáneamente. La siempre discutible extensión territorial de Tabasco, que las autoridades de agricultura y el anuario estadístico del país pretenden precisar en 25,337 kilómetros cuadrados, formaba el espacio donde Tomás Garrido debía y podía ejercitar su acción de constructor social. En esa extensión territorial, aun los panfletistas que le fueron más adversos reconocieron —desde luego con mala fe— que ya el año 34 existían cultivadas 7,698 hectáreas, con más de 140,000 plantas diversas en producción —sin contar los platanares—, y que ésta ascendía a un poco más de 40,000 toneladas con valor aproximado de veinticinco millones de pesos. Tales datos eran deliberadamente conservadores, pues procedían de fuentes adversas a Garrido, que en esa forma pretendieron reducir y escatimar la importancia de su acción. La realidad era superior a esas cifras. La riqueza general de Tabasco en ese tiempo, considerada anualmente, era mayor a treinta y dos millones de pesos en cuanto a la agricultura y las industrias, sin considerar el plátano roatán. Por otra parte, ha de considerarse en ese balance el valor de la tierra en aquel tiempo así como el poder adquisitivo de la moneda en la misma época sin descuido del volumen de la moneda circulante en el país, fenómenos estos que son afectos al cuadro comparativo de la economía tabasqueña. Lo cierto es que el auge de la producción era fruto de la dictadura garridista. La riqueza tabasqueña, bajo el garridismo, superaba con creces el cuadro económico de años anteriores, ni qué decir el de años posteriores a Garrido. Bajo el mando de Tomás, la producción platanera tuvo su época de oro y Tabasco llegó a embarcar hasta doce millones de racimos de plátano roatán por año. Valga hacer notar al espíritu comparativo de la crítica que aquella era una cifra inmejorable, ya que hubo años posteriores a Garrido en que la producción no pudo rebasar un millón de racimos de plátano roatán, sin que faltara algún político disfrazado de estadista que achacara al chamusco el descenso de la producción ¡cómo si Garrido no hubiera combatido al chamusco en la misma proporción que al mosco y a la aftosa!

En Tapijulapa, donde el clima era favorable a la producción de la palma, Garrido hizo establecer la primera gran industria del jipi-japa o "Panamá". Para ello trajo tejedores de Yucatán y de Campeche, bajo cuya dirección floreció esa espléndida fuente de trabajo. De igual suerte procedió con la industria tabaquera: utilizar el excelente tabaco de Huimanguillo (el de los "morrones") para fundar la gran fábrica productora de cigarro tabasqueño, y aun importó semillas de Kentucky para mejorar el producto. Todas esas industrias mantuvieron un magnífico "standard" de vida para los obreros cuyos salarios, y cuyas escuelas para sus hijos, salían de las propias fuentes de trabajo.

Asimismo la industria zapatera y la peletería le debieron poderoso incremento. Trajo especialistas de México y de Guanajuato (de León), hizo establecer las fábricas de calzado, de bolsas, de cinturones, de artefactos de peletería variadísimos. Gracias a su empeño, en Frontera se dictó cátedra —hasta la fecha— sobre curtiduría de pieles de caimán, de iguana y de culebra. Superó las formas del artesanado al asentar la industria bajo modalidades técnicas bien adelantadas. Abarató los productos en favor del pueblo, pues su propósito era calzar a todos los tabasqueños sin distinción,<sup>30</sup> acabar con su miseria expresada en la desnudez de las plantas. Garrido no se concretaba a admirar la belleza de su Estado desde el avión, en compañía del viejo piloto Liddel, sino que caminaba toda la tierra y bogaba los ríos en constante prodigalidad de su tiempo y de su pensamiento hacia las necesidades del hombre tabasqueño.

Para hermohear las tierras de Tabasco trajo fuertes cantidades de gramíneas desde Europa. Pretendía voltear de revés la selva ¡para sacar de ella un jardín! Levantaba jardines en todas partes. Fuerte mano del político implacable que tenía elegancias y suavidades de floricultor. No bastaba comer bien, vivir bien, trabajar bien para la colectividad: era necesario al pueblo un espectáculo de belleza. Enseñarlo a amar las flores, darle un gozo para la vista, un halago para su mejorada sensibilidad. Debe haber amado mucho a su tierra quien, como él, la quería envolver en pétalos y perfumes. Esto tenía relación con su culto y veneración para los muertos de su partido, los muertos involuables en cuyas tumbas, bajo los monumentos que él levantó

---

<sup>30</sup> A muchos de sus futuros detractores, Garrido los enseñó a calzar, o les regaló el calzado.

a su memoria, se empeñó en llevarles siempre muchas flores, flores de rojo encendido en tono de framboyan que semejaban estrellas de varios picos, que iluminaban el cielo de transparente azul.

Mejóro dictatorialmente la producción de la leche, su calidad, los procedimientos de la industria. Creó la industria del queso y de la mantequilla, productos riquísimos, famosos dentro y fuera de Tabasco. Abarató la vida y elevó los salarios conforme a la realidad. Organizó la gran industria del café, promovió créditos, suministró los subsidios. Fundó 130 cooperativas de consumo, 95 de producción, 158 mixtas, en realidad más de 350 cooperativas. Sentía profundas simpatías por la experiencia cooperativista de Suecia y Holanda, y por el adelanto de los pequeños agricultores y su organización en los Estados Unidos. Cada viaje que hacía a Norteamérica servía para documentarlo en la práctica; visitaba cuanto era de interés para sus puntos de vista, adquiría libros, estudiaba en la vida, en los hombres y en los libros. Era enemigo de la superficialidad, cualquiera que fuese. Atrás de cada acto suyo se encontraba una intención constructiva, una ambición social, la seriedad misma de sus preocupaciones ante el desenvolvimiento de la vida colectiva.

De su constante atención al proceso cooperativista sueco, Garrido derivó una serie de adaptaciones al medio tabasqueño. Puede afirmarse que, proporcionalmente al medio, aquélla fué su inspiración vertebral. Por ello consideraba que las asociaciones cooperativas eran expresión visible de los esfuerzos activos de las clases inferiores para mejorar su situación económica mediante cooperación y autoayuda. Consideraba que las cooperativas de producción eran un factor importantísimo para regular el mercado. La periferia de esa labor tendría que ser la Federación de Cooperativas Tabasqueñas. A eso tendía el gran esfuerzo del dictador. Fomentaba asimismo la cooperación y la colaboración entre sus miembros. Llevó la idea cooperativista al seno de la organización ganadera, a la producción agrícola, a las Ligas de Resistencia, a las escuelas de todo tipo, a los empleados del Estado, a las agrupaciones de la juventud. La cooperación tabasqueña del consumo y la de la producción, eran metas indeclinables del programa de acción de Garrido. La abundancia de los productos, su fácil acceso a las grandes capas populares, la mejoría de la calidad en los productos, la higiene de los mismos, el bajo índice en el costo de la vida, y un concepto de sociabilidad y simpatía entre toda

la población, fueron los resultados de aquel empeño cooperativista de Tomás Garrido. Es claro que todo esto favorecía también a una política de ahorro familiar y preservaba la estabilidad, la salud económica de los grupos sociales. Se iba creando la riqueza lícita del hogar tabasqueño que, sin desnivel económico o social para la vida en común, a la vez que ayudaba a sostener la regulación del mercado, mejorándolo, mantenía el índice general de la bonanza de Tabasco. En buen sentido, el aumento de fuentes de trabajo y la creación de otras más, eran debidos a los resultados de una política cooperativista de prudencia y de acción. La mano fuerte de Garrido vigilaba todo esto con singular inteligencia.

En materia social no alteraba jamás su estrategia, pero su táctica era cambiante. Algunas veces atacaba los problemas de frente, y en otras ocasiones el ataque era de costado. Valga decir que empleó esa táctica sucesiva para proteger los salarios. Los preservó de frente cuando dictó una ley protectora y estableció los tribunales respectivos. Pero cuidó de la efectiva solidez de los salarios cuando —y este era su ataque de costado— estableció y fundó las Ligas de Resistencia desde el año 24. No conforme con ello, el año 28 dictó su famosa Ley Seca, que era otro ataque de costado para preservar los salarios de los trabajadores. Es probable que la experiencia sueca haya influido, en cierta forma, en los prolegómenos de aquella acción, de aquella ley según veremos a su tiempo. Sí logró crear, por la fuerza, en tierras de pistola y de machete, una generación de agricultores, de cooperativistas. A la vez trazaba múltiples caminos vecinales, hacía numerosos campos de aterrizaje que la política y las lluvias enyerbaron después de él. Creaba también numerosas granjas de experimentación y de producción agrícola, y apuntalaba su labor en el desarrollo del intensísimo programa educativo que ya he pormenorizado.

Sostenía una tendencia colaboracionista en materia social. Distaba tanto de ser un comunista como de ser un clerical. Para quienes deliberadamente no entendían su extremismo, Garrido era un loco. Pero la verdad era otra, y lo favorecería ante el juicio futuro. Mantenía la idea de que por virtud de la influencia del Estado podían limarse hasta sus extremos las diferencias sociales. Y en esto se engañaba de buena fe, impulsado quizá por su fe ciega en el cooperativismo que lo llevaba a extremar las excelencias del sistema; confundía las apariencias formales con la dialéctica histórica y los intereses materiales o las formas espe-

cíficas, clasistas, de la producción que se apoyan en el principio básico de la propiedad privada. Pero él tenía un concepto de la revolución que sólo era válido al través de las necesidades tabasqueñas. Era un dictador que creía trabajar en forma eficaz por la libertad a largo plazo, y que realmente trabajó en forma admirable por Tabasco, a pesar de sus errores de concepción y de acción.

Jamás aconteció una huelga en su tiempo, hasta que los agitadores de la ciudad de México llegaron a Villahermosa a plantear un conflicto con móviles políticos que el pueblo repudió sacándolos nuevamente del Estado. Garrido imponía sus normas al tenor de la ley, conforme a la realidad, a unos y a otros. No favorecía al trabajador en detrimento del capital, o a la inversa. Estudiaba cada caso hasta la hondura y lo resolvía con conocimiento exhaustivo. Cierta ocasión se pretendió elevar el precio de la carne en el mercado. Garrido hizo sacrificar un animal de "La Florida", estudió personalmente los costos de la matanza y la preparación, el valor del animal y los diversos factores concurrentes para fijar el tipo de valor de la carne puesta en el mercado. Luego llamó a los peticionarios y sostuvo el precio. Procedimientos similares empleaba para evitar toda elevación del costo de la vida. Echaba mano de la cárcel con los infractores. Así velaba por la economía popular. Era el principal enemigo de líderes vendidos, de capitalistas voraces, de toda gente inmoral que pretendiera lucrar con las necesidades del pueblo. Para él, las leyes carecían de trapisondas. Y en Tabasco no había sitio para transgresores de la ley.

No había más autoridad directora que la suya, pero el pueblo se sentía confiado con tan peligroso poder que residía en las manos de un solo hombre. Los trabajadores conocían a fondo la marcha de los negocios en que laboraban. Pedían aumento de salarios cuando era económicamente factible. Se daban casos en que los obreros pidieran la intervención del dictador para disminuir los salarios por incosteabilidad del negocio. En todo esto intervenía otro factor inapreciable: el capital y el trabajo sabían que no era fácil engañar a Garrido, ni era mayor la supuesta ganancia que el gran peligro cierto que corrían. Al principio de esa etapa, varios fueron los emigrados de Tabasco<sup>31</sup> por no en-

<sup>31</sup> Puede afirmarse que esa emigración política de tabasqueños constituyó la base humana de la propaganda contra Garrido en México. Con inteligente perversión, sus enemigos se disfrazaron de católicos y demócratas, inventaron

frentar las consecuencias de sus trapisondas. Otros de ellos, llegados a México se dedicaron a combatirlo por razones "morales", por la libertad y como "defensores" de la religión "ultrajada". Eran realmente los inmorales inadaptados a un clima de honestidad social que abanderaba "el hombre del sureste".

Varias ocasiones, los directivos de las Ligas de Resistencia recibieron peticiones obreras para declarar insubsistentes las tablas fijadas a los salarios, en tanto no mejoraran las condiciones del trabajo o de la industria. Puesto que así colaboraban a capear los temporales de la economía ambas clases concurrentes—capital y trabajo—, Garrido debía haber pensado en la fusión permanente de los intereses de clase, sin percibir que esa era en todo caso una visión deformada de la realidad histórica.

El peculado, la malversación de los fondos de las cooperativas o de otras agrupaciones, eran castigados con dureza no establecida o fijada en el código penal del Estado. Garrido era implacable. Varias tumbas atestiguaban la presencia de reincidentes en graves casos de responsabilidad social. Las propias agrupaciones los habían victimado, pero el cargo se le haría a Garrido en la seguridad de que no era hombre capaz de sus traerse a aceptar las responsabilidades contraídas por las agrupaciones obreras. Realmente el dictador se conformaba con imponer largas condenas a los transgresores de la ley, más yo tengo la impresión de que él había dividido, para su concepción de político realista, en dos clases de tipos humanos a aquella sociedad: la gente honrada y la que no lo era. Y aventuro afirmar que a unos los consideraba necesarios en la vida social, y a los demás no debe haberles concedido el derecho a vivir. Esto explica la estadística de desterrados. Nunca fué un farsante en ese sentido.

las leyendas negras de Garrido, corrompieron a la prensa, sorprendieron a las conciencias fanáticas y prepararon el ambiente, durante años, para acabar con el dictador.—B. D.

XV

E L R E F O R M A D O R



**G**ARRIDO ERA un hombre emocional en muchas cosas, pero fundamentalmente era el frío producto de la razón en cuanto a la aplicación de su política general. Cierta ocasión le pidió un amigo suyo que autorizara el retorno a Tabasco del Dr. Juan Solórzano Morfín, quien había sido "dominguista" en años anteriores. Tomás repuso: "Nadie me ha insultado tanto en tan pocas líneas como Morfín". Esto era verdad, sin embargo, permitió su regreso, lo abrazó al arribo a Villahermosa y le dió toda clase de garantías para trabajar. Solamente le dijo: "A ver si no quieres regresarte a los Estados Unidos", después de haberle preguntado "qué tal le había ido en el destierro". Era proverbio muy suyo: "Al enemigo que se rinde, puente de plata".

Alguna otra vez con motivo de la brillante Feria Agrícola y Ganadera, alguien felicitó a Garrido. Su espíritu de justicia no le permitió aceptar el elogio, y contestó: "No me feliciten. Feliciten al doctor Guerra Aceves que fué quien organizó la Feria". En otras ocasiones, era festivo cuando se esperaba que reaccionara con ira, así aconteció cuando alguien se raptó a una muchacha que era pariente lejana de Garrido; al saber éste la noticia del sentimental secuestro, sólo comentó: "Dios se la dió, que San Pedro se la bendiga", y soltó la carcajada. Para sus críticos empolvados de la ciudad de México, aquella era muestra de falta de responsabilidad, para los tabasqueños era testimonio de su bien puesta hombría que no usaba del poder para venganzas domésticas o asuntos sentimentales.

Otras ocasiones era su sonrisa la mejor expresión de un aplauso, como aconteció en la visita de Alvaro Obregón a Tabasco. Ese día se encontraban reunidos Obregón, Garrido y Manlio Fabio Altamirano. Es sabido el incisivo ingenio de Obregón. Vió éste que Manlio Fabio lucía una enorme piedra, un brillante de varios quilates en una mano, y cuando pudo hilvanar la frase dentro de la conversación, volviéndose a Tomás le dijo: "¿Será verdad que la cultura de los hombres está en razón inversa del tamaño de las piedras preciosas que usan"? Garrido sonrió, en tanto que Manlio daba vuelta a la sortija apresuradamente.

Con ejemplar paciencia planeó dos cosas en su tiempo: la lucha contra la fiebre aftosa que con cuarentena y vacuna sólo hizo sacrificar cinco reses en total, bajo la dirección de Guerra Aceves; y, por otra parte, su lucha contra los vicios. En este último aspecto Garrido no fué un emocional sino un político cerebral, pues hubo de meditar concienzudamente la aplicación de esa medida ya que sabía bien que la prohibición ocasionaría un hueco de cuatrocientos mil pesos anuales en los ingresos contributivos del Estado. Alguien pensó que por motivos sentimentales o por caprichos de dictador abanderó la lucha contra el alcohol, recordando quizá que su decisión de no fumar, expresada ante su hijo el año 25, derivó de una reacción sentimental. Pero la verdad era que el dictador planeó su campaña contra el alcohol por menorezadamente.

Algún tiempo circuló la versión de que Garrido viajaba por Puerto Obregón con rumbo a Paraíso, y que en Sarlat, por la noche, ante el espectáculo de un boga del lanchón que estaba embrutecido por la bebida, decidió acabar con el alcohol en Tabasco. Esa versión es exagerada y fantástica. Sólo sus enemigos por achicarlo pudieron inventar la leyenda, o quienes no lo conocieron ni conocieron el Tabasco alcoholizado y dantesco de aquella época. Como aquel cuadro, Garrido vió escenas por millares que destruían los hogares, mutilaban a las familias, socavaban los salarios y minaban la obra del constructor social. Decidido a acabar con ello, impuso un sistema. Una de sus primeras actitudes al respecto, fué llamar a su hermano Pío, sentenciando: "Vamos a acabar con el alcohol en Tabasco. A ver cómo haces con tus alambiques y con tus cañaverales, pero el alcohol se acabará definitivamente en Tabasco el año de 1926". Esto acontecía, efectivamente, a mediados de 1925. Y desde luego empezó a legislar con el propósito de acabar paulatinamente con la bebida.

El reglamento de cantinas y cervecerías denunciaba los propósitos prohibicionistas del dictador. Se exigió que los lugares donde los hombres bebían cerveza o alcohol, carecieran de puertas, con lo que se pretendía exhibir públicamente a los consumidores y avergonzarlos ante el pueblo. A la vez fueron prohibidas las llamadas "barras de piso", de modo que el consumidor carecía de punto de apoyo en los pies para libar con comodidad acostumbrada. Asimismo se fijó la altura de los mostradores haciéndolos elevados hasta un metro sesenta centímetros, con lo que el consumidor de baja estatura se veía obligado a adoptar

actitudes ridículas al solicitar o recibir la bebida. Todo esto lo presenciaba el transeúnte. Cantinas y cervecerías empezaron a estar desiertas. Ni qué decir de las penas y sanciones impuestas a los propietarios de esos centros por permitir la entrada a menores de edad, a mujeres o elementos uniformados, policías o soldados de línea. Garrido, en tales casos, clausuraba definitivamente, encarcelaba, hacía apalear, rapar o bañar a los infractores. Se granjeó muchos enemigos, pero iba a cosechar más tarde muchos amigos. No pudieron con él las autoridades federales, los jueces de distrito, los agentes del ministerio público federal, los representantes de la Secretaría de Hacienda o de Economía. El sabía hasta qué grado, corridos los años, por todo aquello gozaría de la veneración popular, una veneración irrestricta.

Ya el año de 28, lanzaba —un tanto retrasado en sus propósitos— la primera gran embestida contra el alcoholismo. Era gobernador Ausencio Cruz, quien consideraba que “el alcoholismo es la primera tara abrumadora que pesa sobre la raza”, por lo cual dictaba el decreto 17, de 31 de mayo, restringiendo el consumo de bebidas, acabando con cervecerías y cantinas, asfixiando propiamente el comercio de bebidas embotelladas. Con tales antecedentes legislativos y de acción, podía hablar Garrido en su informe de gobierno del año 31, del “decreto 41 de 30 de abril, reformando el artículo 477 del Código Penal del Estado, estableciendo un término de seis años de prisión, en lugar de uno a seis; y en el sentido de que nadie podrá tener bebidas embriagantes, sin limitación alguna en cuanto a la cantidad se refiere, con el objeto de robustecer la campaña contra el alcohol”. Esa medida iba a tropezar desde luego con el juez de distrito, Soriano, quien misteriosamente recibió una paliza anónima al salir del local del juzgado, por lo que dos días después abandonó Tabasco para no retornar.

Esa ley prohibitiva o ley seca, permitió a Garrido reconocer, el año 33, que los delitos de sangre derivados del consumo del alcohol, registraban una estadística descendente alentadora: en efecto, el año 31 las causas tramitadas ascendían a 101; en 32 eran sólo 43, y el año de 1933 era solamente 18 en toda la Entidad. Esa situación explicaba el extremismo de Garrido para la aplicación de la ley. Arrasó cantinas, destruyó públicamente los cargamentos de alcohol hasta hacer de esto un rito popular. Decomisó e incautó los barcos que arribaban abarrotados de bebida a Frontera o los que lograban pasar a Villahermosa subrep-

ticiamente. En presencia del pueblo, y principalmente de los niños, hacía romper y descerrar las cajas hasta que el Grijalva recibía todo el líquido. Aplicó severas penas, multas, prisión y golpes a contumaces o reincidentes. Carecía de piedad para castigar esos delitos. A quienes sorprendía bebiendo los encarcelaba, los hacía bañar en agua helada sin desnudarlos previamente. No tenía consideraciones para la condición social o económica, intelectual o política de las personas: todos eran iguales ante la tremenda aplicación de sus leyes. Los procedimientos eran brutales. A quienes no podía curarlos con la prisión, el baño y la multa —tres formas de castigo aplicadas a la vez—, los desterraba de Tabasco. A los que retornaban y reincidentían, los escarmentaba y volvía a echarlos. Ante el pánico, comúnmente denunciaban los infractores a los contrabandistas y expendedores, y contra éstos el castigo era mayor pues ponían en peligro la vida, los bienes, toda clase de seguridad social de que gozaban anteriormente. Para esto se reía de los amparos de la justicia federal. “En Tabasco mando yo”, decía ante cualquier autoridad, no admitía zonas de influencia en otra autoridad, jamás permitió en Tabasco juicios de jurisdicción. Le parecía normal extralimitarse en sus funciones, pasar sobre otras leyes, anular las funciones de otra autoridad local o federal que se opusieran a sus leyes. Igual conducta observaba con los soldados federales, con los funcionarios federales aunque procedieran del juzgado de distrito o de la jefatura de las operaciones militares. Los políticos que arribaban a Tabasco, se cuidaban mucho de contrariar las leyes prohibicionistas de Garrido. En cierta ocasión, el secretario particular de la presidencia de la República, Crisóforo Ibáñez, envió a Tabasco a un teniente coronel Chávez para obstruccionar a Garrido en todos sentidos, principalmente en la aplicación de las leyes prohibicionistas. Chávez telegrafió en clave y a continuación Garrido era amonestado por el Presidente Ortiz Rubio. Así pasaron varios meses. Por motivos de táctica, a Chávez no podían apalearlo. Cada cantina clandestina descubierta y arrasada, motivaba mensajes de Ortiz Rubio contra “el hombre del sureste”. Cierta noche llegó Chávez a dormir en el Hotel Palacio de Villahermosa, donde se hospedaba. Tomó agua del botellón del buró, al acostarse. Quedó sumido en el sueño profundo que un fuerte narcótico le ocasionó. Despertó el día siguiente ya bien entrada la mañana. Toda la noche trabajaron las gentes de Garrido en descifrar las varias claves que Chávez llevaba escondidas en la

camiseta, con las que acostumbraba dormir. Descifradas aunque con mucho trabajo, le fueron devueltas sus claves antes de que despertara. Entonces comenzaron a dar malos resultados las claves. Y poco después algunos políticos cercanos al presidente Ortiz Rubio le hicieron saber que Chávez había vendido sus claves en diez mil pesos: la prueba era muy fácil, pues a la vez que lo informaron le hicieron entrega de dichas claves. Ibáñez quedó burlado así por Garrido, y Chávez fue llamado a México y cesado en su encargo. El dictador continuaba sin tropiezos su campaña contra los vicios.

Hasta 1935 no hubo ebrios en Tabasco, ni cantinas, ni cervecerías. Ya habían desaparecido los centros de consumo que Garrido había hecho llamar, a grandes letras, tabernas, en toda la Entidad. Aun a sus familiares, Garrido les hizo sentir alguna vez la dureza de su mano en la cárcel, por delitos de esa especie. No hubo dinero ni cohechos que permitieran burlar esas medidas. Garrido respondía como fiera para sostener su ley seca. A las lamentaciones de sus tesoreros respecto al ingreso que dejaba de percibir el erario, respondió abriendo nuevos centros de trabajo, impulsando el auge de la producción.

La gente temía ser pasada por las armas aunque esa ley era anticonstitucional. Se oponía a la libertad de comercio y al espíritu democrático de nuestra legislación general. Sobre todo eso pasaba Garrido con una sonrisa de desprecio. Su ley atentaba contra los derechos esenciales del hombre, su libertad para embriagarse, su derecho a embrutecerse, su consagrada dignidad que tenía derecho a perder al amparo de las leyes fundamentales. No respetaba el fuero de diputados o senadores, los privilegios de los oficiales del Ejército. Era un dictador. Hacía cambiar a jueces de distrito o agentes federales del ministerio público, o jefes de operaciones militares. A todos los acostumbró a consumir refrescos de guanábano. Sus enemigos dirían después que todo eso era vesania, puede ser: vesania por elevar el tono de las costumbres sociales del hombre de Tabasco. Algún día regresarían a reemplazarlo los políticos de sobrada razón, los de uso cabal de facultades mentales, los que invadirían a Tabasco con cantinas y centros de vicio. Tabasco deploraría la ausencia de aquel loco magnífico por cuyas arbitrariedades la Entidad había entrado con prestigio al concierto civilizado de otros pueblos que sólo sabían de él una necia tradición de pistolas empuñadas por alcohólicos. Un día llegaría Cárdenas a Tabasco y exclamaría emocionado:

“Tabasco es el laboratorio de la revolución”. Y otro día, cuando se trataba de desconocer a los poderes tabasqueños en el México de Cárdenas, se levantaría la voz de un oscuro favorito llamado Soto Reyes para “acusar a Garrido de no haber repartido las tierras que dedicaba a la ganadería” y para censurarle “sus desmanes para acabar con los vicios y el alcohol”. Ese orador de encargo y algunos más que por su indignidad hicieron memorable aquella sesión de la Cámara, eran los mismos que antes, imitando a Cárdenas que los acompañaba en Tabasco, habían aplaudido a Tomás Garrido. En ambas ocasiones, esos políticos impudorosos pretendieron ganarse las simpatías de Cárdenas, bien cuando éste frecuentaba la amistad de Garrido, bien cuando se resignó a usar como pretexto al grupo provocador de Rodolfo Brito Foucher.

A la vez que Garrido prohibía el alcohol, fomentaba el desarrollo industrial de Tabasco. En Tamulté de las Barrancas tenía lugar la espléndida Feria de la Piña. En Alvaro Obregón se instalaba la Feria Ganadera. En Villahermosa era organizada la Exposición Regional Tabasqueña. Se alegraba el pueblo trabajador con la Feria Agrícola, Ganadera e Industrial, celebrada en Jonuta. En Villa Unión se instalaba la Feria del Trabajo. Con primor de belleza campestre tenían ante los ojos los tabasqueños de Cunduacán la gran Feria del Cacao. Y había Feria del Tabaco en Huimanguillo. Feria del Progreso en Teapa. Feria de la Caña en Cárdenas. Feria de la Yuca en Epigmenio Antonio. Feria de la Azucena en Guaytalpa. Feria Agrícola y Ganadera en Comalcalco. Feria del Maíz en Tamulté de las Sabanas. Feria del Coco en Paraíso. Feria del Maíz en Zapata. Feria del Caballo en Jonuta.

Todo esto era posible porque el dictador había legislado ampliamente en favor de los pueblos eximiéndolos del impuesto predial por cinco años. O para la erección de nuevos pueblos. O condonando las contribuciones de predios rústicos en explotación. O destinando impuestos al fomento de la enseñanza agrícola. Otras leyes dictaba para hacer embellecer los centros poblados, los predios, las calles y los alrededores de las escuelas. Otras más eran para reformar la legislación sanitaria, era su vieja lucha contra epidemias y moscos palúdicos. Preocupado por el desarrollo orgánico de la Entidad, legislaba en favor del dragado y obras del puerto de Frontera, o del dragado del Grijalva, temas que abordó desde el año 24. Reglamentaba el artículo 4º constitucional con ánimo de preservar a la sociedad en el uso de las profesiones, y

por enaltecer a éstas. Cuidaba de favorecer a los obreros y concedía personalidad jurídica cabal a la Liga Central de Resistencia del Partido Socialista Radical. Otorgaba concesión para establecer las comunicaciones telefónicas desde el año 25. Dictaba la Ley Vial para el Estado de Tabasco. Creaba el nuevo Código Penal de la Entidad. Disminuía dietas a sus diputados o renunciaba a algunos privilegios que la ley dispensaba al gobernador. Eximía del impuesto de la producción a los sembradores y cultivadores del plátano roatán que se diera a las márgenes del Usumacinta y del Cuxcuchapa, en Macuspana y en el municipio del Centro. Igual actitud asumía por decreto ante el abasto de carnes por el ganado que se sacrificara en rancherías y municipios. Se puede afirmar que la palabra hambre sólo era conocida por los textos, mas no fué una realidad en parte alguna del Estado en tiempos de Tomás. Aligeraba los impuestos a las industrias de aguas minerales o gaseosas, a los refrescos, la dulcería y otras industrias nobles que por esto florecieron. Creaba el Consejo Local de Economía. Favorecía con exención de impuestos la industrialización o evaporación del plátano roatán. Dictaba la Ley para el Desarrollo de la Agricultura y la Ley de Pavimentación. Sus enemigos no vieron ni supieron nada de eso. Era demasiada luz, y ellos sólo vieron su sombra.

Indiferente a la crítica, que siempre consideró infecunda y femenina, Garrido pensaba en la Federación de Cooperativas de Suecia y Dinamarca. Para que estudiaran el funcionamiento de las cooperativas danesas, hizo enviar a Europa a Salvador Guerra Aceves y a Rodríguez Adame. Cuando Garrido renunciaba a la cartera de Agricultura, estaban ellos en la estación con destino a Europa, y allí en el andén recibieron la última orden del dictador: continuar adelante. Ni en esos momentos de profunda preocupación política, cejaba el hombre en su empeño por alcanzar experiencias de orden superior que pudieran beneficiar al país. Con ese tesón ejemplar había creado las cajas de fomento agrícola en favor de la refacción destinada a los pequeños agricultores, lo que permitió a esas agrupaciones alguna función bancaria de utilidad social. Con ese coraje por el trabajo intensivo, Garrido logró que los institutos de investigación agrícola de Tabasco —partes formativas de las escuelas superiores de experimentación— acumularan datos prácticos referentes a técnicas y épocas que procedía conocer a fondo para el mejor empleo de los métodos de acción. Así cuidaba del café por medios prácticos que

tendían a aumentar la producción y a disminuir los costos del cultivo. Así tendía a extirpar la maleza, a controlarla por medios mecánicos y a emplear las cosechas de cobertura. Era para él una obsesión el rendimiento de las cosechas, pues siempre lo ambicionó mejorado. Vigilaba al agricultor desde que roturaba la tierra. Cuidaba el mejor uso de los fertilizantes químicos. Alababa el crecimiento de las matas. Aplaudía y estimulaba las siembras más nutridas. Hacía desmontar los terrenos boscosos que podrían servir para la siembra del maíz. Cuando lo sorprendió la derrota política, empezaba a trazar sus planes para demostrar, prácticamente, que el cultivo en rotación podría ser eliminado y, a la vez, obtenerse la disminución del precio de costo de artículos alimenticios. Ante un hombre de esos tamaños, sus enemigos no tuvieron más recurso que llamarlo despectivamente, desde México, "sátrapa" y "ranchero". El primer cargo era ridículo para un dictador de sus lineamientos sociales. El segundo cargo era verdad, era un merecido elogio para Tomás Garrido.

**XVI**

**OTOÑO Y MUERTE DEL DICTADOR**





Cárdenas con las cenizas de Garrido. Homenaje en el Panteón Francés. Aparecen Daniel Valencia, Agapito, Drusso, Genaro Vázquez, Ausencio, Celestino Gasca, Baltasar Dromundo, Amado Caparoso.



Llegan las cenizas de Garrido a México. Las sostiene en una pequeña ánfora de metal, su hijo Drusso. Atrás Agapito Domínguez. Uniformado, de antojos. Carlos Fabre, artillero, a quien educó Garrido.



Ultima guardia ante los restos de Garrido, en su domicilio. Cárdenas, Soyla, Amade, Agapito, Ausencio, Drusso, Doña Josefita y Baltasar Dromundo.



Al llegar las cenizas de Garrido a México. Fidel Velázquez, Ausencio, Cárdenas, Drusso, Agapito, Núñez, Raúl Noriega, Dromundo.

**E**L ROMPIMIENTO Calles-Cárdenas determinó la renuncia de Tomás Garrido a la cartera de agricultura que servía en el gabinete del divisionario de Jiquilpan. La propia tarde de su renuncia, al calor de las noticias periodísticas, algunos estudiantes befaron a varias muchachas de esa Secretaría en las calles de Tacuba. Algunos tabasqueños tomaron revancha. Enterado Garrido de que los provocadores sólo tenían un saldo de contusos, exclamó: "¡Qué lástima, debieran haberlos castigado las mujeres!" Ni en esa grave crisis perdía el sentido del humor.

En "El Guacamayo" se trasladó a Tabasco. Desde allá recibió el presidente Cárdenas este telegrama: "Ciudadano Gobernador Estado hízome honor nombrarme Director Educación Pública, cargo en que estoy a sus órdenes. Como hijo de la revolución trabajaré donde ella necesite mis servicios, y en esta vez mi satisfacción es inmensa ya que en ese modesto puesto compartiré con los abnegados educadores tabasqueños para quienes usted ha tenido afecto y simpatía, las responsabilidades pedagógicas del momento. Abrázolo afectuosamente. Lic. Tomás Garrido C." Sin embargo, ese mensaje no conjuraría la tormenta política que al cernirse sobre Garrido, se abatía sobre Tabasco y su pueblo.

En efecto, Múgica, Suirob, Cedillo, Mayés, José Campero, Mora Tovar, Soto Reyes y otros más, empezaron a tramar la desaparición de los poderes de Tabasco. Para lograrlo, apadrinaron la llamada "expedición punitiva" que serviría de pretexto para eliminar a Garrido en quien esas gentes hacían ver un peligro armado al general Cárdenas.

El domingo 14 de julio del 35 salieron esos "expedicionarios" para Tabasco, perfectamente armados, en dos aviones; once tabasqueños viajaban en el primero, y otros diez en el segundo. Previamente habían solicitado protección y garantías a Cárdenas, quien a su vez así lo ordenó al jefe de la zona militar, general Pilar R. Sánchez, con residencia oficial en Villahermosa. Como era de esperarse —y así convenía a la política cardenista y a la ambición política de los promotores de la "expedición"—, esas personas armadas y los garridistas, chocaron en la calle de Juárez, en Villahermosa, el 15 de julio, trabándose un combate a halazos entre los "libertadores expedicionarios" y Ausencio Cruz

—quien disparaba con ambas manos al lado de varios garridistas—.

Cayeron muertos los “expedicionarios” Merino, Pérez, Priego, Pedrero y Brito, y resultaron siete heridos de gravedad. Del grupo garridista resultaron muertos Miguel Serrano, Antonio García, Francisco Carrillo, Manuel Otario Caparroso, Loreto Izquierdo y los diputados locales Onésimo Cortés y Salatiel Córdoba, a la vez que quedaban tendidos en la calle, de gravedad. Enrique González, Manuel Romano y José María Herreras. La escena tenía lugar a plena luz del día, ante la sociedad tabasqueña atemorizada.

Mientras acontecía el combate, el jefe de los “expedicionarios” permanecía en el hotel recibiendo el parte de novedades —en ese parte figuraba la muerte de su hermano que a pocos metros del edificio se balaceaba con los garridistas—. Lo propio hacía como receptor de novedades, en la jefatura militar, don Pilar R. Sánchez. Cuando unos y otros yacían sobre el pavimento, llegaron los soldados a restablecer el orden, un orden que ya se había establecido con cadáveres.

De inmediato se cruzaron telegramas con México. El gobernador Lastra, el senador Cruz, el Congreso local de Tabasco y el senador Alcides Caparroso se dirigieron a Cárdenas achacando toda responsabilidad al grupo “expedicionario”, y éste, naturalmente, daba la versión contraria. Los periódicos de la ciudad de México incendiaron al país con noticias contra Garrido, en quien se hizo recaer el peso de los acontecimientos. Félix F. Palavicini se sumó a esa corriente, y Garrido reaccionó contra él en un telegrama fulminante en que lo llamaba descendiente de negreros, mercader de la opinión pública y de la revolución.

A la sazón, Cárdenas se encontraba en Guadalajara, y hasta allá voló Ausencio Cruz en “El Guacamayo” con un informe de los sucesos, con propósito de paliar el peligro. Cárdenas dió seguridades a Garrido, al través de su emisario, de que los poderes de Tabasco serían respetados siempre que se procediera enérgicamente en la investigación de los hechos y en el castigo de los responsables. Retornó Cruz a Villahermosa.

Entretanto trabajaron contra Garrido los ya citados Múgica, Suirob, Cedillo, Froylán C. Manjarrez y otros más, de lo que resultó que horas más tarde —cuando apenas aterrizaba Cruz en Villahermosa con las noticias de su entrevista con el Presidente— llegaba a la Comisión Permanente del Congreso de la Unión el

pliego donde Lázaro Cárdenas, entre otras consideraciones, afirmaba que "era irresponsable el jefe del gobierno de Tabasco, pues sus actos respondían siempre a la influencia de otras personas", de lo que concluía solicitando la desaparición de los poderes y presentaba terna para designar gobernador provisional entre los señores general Aureo L. Calles, Francisco Trujillo Gurría y el profesor José Ochoa Lobato. El documento aparecía fechado en 22 de julio del año 35 en Guadalajara, Jal., y avalado por el titular de gobernación Silvano Barba González, el mismo que había dicho del Tabasco de Garrido por medio de "El Nacional" de 29 de marzo del año 34: "Es lo más serio que he presenciado en toda la República. No sólo entusiasmo por la gran cantidad de contingentes organizados que presenta, sino más bien por el inmenso fondo espiritual que demuestra. Es una verdad de nuestra Revolución". Como se ve, en el documento de Cárdenas ya había mejorado un poco su sintaxis el titular de gobernación, empero, había empeorado su moral "revolucionaria".

En la sesión extraordinaria de la Comisión Permanente del Congreso de la Unión, de 23 de julio de 1935 fué aprobada la solicitud de referencia, y se eligió al general Aureo L. Calles para suceder a Manuel Lastra en el gobierno tabasqueño. En esa sesión hablaron contra Garrido los mismos que antes —meses antes— lo habían elogiado con exceso: Ernesto Soto Reyes, José Campero, Gómez Esparza y el cedillista Morillo Safa. "Antes elogiamos a Garrido y a su obra, pero estábamos equivocados, ahora sí no estamos equivocados", decía con su preciosa gramática el legislador Soto Reyes al apoyar el dictamen contra el dictador. Parecía que en la falta de todo pudor, como única arma precaria de su supuesta inteligencia, debía hacerse radicar el éxito político de esos "revolucionarios" cuya moralidad y convicciones estaban condicionadas a un incidente político. Una sola voz no se alzó en defensa de Garrido: la diputación tabasqueña había enmudecido desde que el "jefe máximo" había pasado bruscamente de la acción a la historia. Allá en quién sabe qué sitios ignorados, bien aleccionado para el futuro, el furioso garridista de otra hora, "el enemigo público de Dios", Arnulfo Pérez, también callaba prudentemente.

Mientras tanto, Cárdenas designó a Miguel Henríquez para sustituir al general Pilar R. Sánchez. Reforzado con mayores contingentes militares, llegó Henríquez a Tabasco y convenció a Garrido para que abandonara el Estado "con el ofrecimiento del

presidente Cárdenas en el sentido de que la obra revolucionaria tabasqueña sería respetada". Garrido subió a "El Guacamayo" con rumbo a Costa Rica.

En nombre de Henríquez —quien cumplía órdenes expresas del general Cárdenas—, se presentó al hotel donde se hospedaba el jefe de la "expedición punitiva", un miembro de su Estado Mayor: el general Alberto R. Zaldívar Ponce, acompañado por el teniente coronel Fabre. Hizo bajar al jefe "expedicionario" y lo llevó a un avión que lo condujo hasta México. De ese modo demostraba Cárdenas que nunca tuvo propósitos reales de entregar la situación de Tabasco a los "expedicionarios" y que se había servido de ellos para eliminar —a un alto costo de vidas humanas— al dictador.

Garrido llegó a Costa Rica enfrentando la animadversión de los católicos que, posteriormente, serían amigos suyos —esa amistad fué posible en virtud del elevado nivel cultural de los católicos costarricenses, prenda de civilización—. Compró una finca de seis manzanas (cada una comprende allá 84 por 84 metros), destinada a experimentar su idea de una granja familiar. Allí instaló cría de gallinas, gansos, patos, conejos, cebras lecheras, vacas. Destinó manzana y media al cultivo del café. Otra manzana la dedicó a la floricultura —su sueño poético de rancharo—, y a los pastos —su afán de ganadero.

Más tarde, en Alajuela, cerca de San José, instaló la primera gran fábrica de aceites de Costa Rica con un costo de 600.000 pesos (actualmente puede rebasar un valor de dos millones de colones). Por ser insuficientes sus fondos, vino a México su hermano Alonso y obtuvo crédito y efectivo para maquinaria entre sus familiares y en algunas instituciones bancarias mexicanas. De ese modo se pudo surtir Costa Rica de las grasas que antes importaba de los Estados Unidos. La ocupación de trabajadores, la especialización que alcanzarían, el volumen de sus excelentes salarios, las atenciones de que gozaron, son otra parte de un capítulo favorable a Garrido que honra a mi país en el extranjero.

Al salir de Tabasco, incluyendo sus efectivos y el valor de sus propiedades en total, Garrido no tenía más de un millón y medio de pesos mexicanos por todo capital, después de una dictadura de 19 años. Con esas limitaciones económicas, el incansable trabajador que él era, amplió su acción en Centroamérica. Compró una finca, "El Carrizal", en Punta Arenas, a la orilla del Pacífico. La dedicó a la ganadería y a la agricultura. Introdujo

en ella el primer equipo mecánico de Costa Rica. Produjo arroz, higuierilla, cacahuate, girasol, ajonjolí, coco, y sembró con magníficos resultados semillas de soja, frijol cowpi (forrajero). Un año después le ofrecían 80.000 dólares por esa finca que había adquirido en 210.000 colones. No aceptó venderla: pensaba dotar con lotes de ella a sus amigos mexicanos que algún día quisieran vivir con él en Costa Rica. Toda esta obra constó al pueblo de aquel país, incluyendo al gran humanista Joaquín García Monge, quien al principio juzgaba a Garrido con reservas. Uno de los más entusiastas amigos de Garrido fué un periodista que estuvo a recibirlo cuando llegó a Costa Rica, don Otilio Ulate, hoy presidente de aquella República.

Pese al ritmo de tremendo trabajo que se impuso, no lograba olvidar a Tabasco y a México. Su obsesión, que lo consumía, era retornar a la patria lejana. “Desde lejos se aprende mejor a conocer a México —me decía— y a precisar lo mucho que vale nuestro país”. La nostalgia lo devoraba. Escribía constantemente a sus amigos, como forma de acercarse a la tierra inolvidable. “Usted tiene la suerte de vivir en Durango —me escribía—, donde todavía palpita el corazón del charro mexicano”, y colocaba esas líneas al margen de una fotografía suya tomada en Costa Rica: Garrido aparecía en traje de charro mexicano, jinete en el caballo que, con una caída, parece haberle ocasionado los primeros dolores de la enfermedad que lo arrastraría después a la muerte.

Planeaba el retorno manteniendo viva su constante atención sobre los fenómenos de nuestra política. Todavía antes de abandonar a Costa Rica, recibió la penosa noticia de la muerte de su padre, en mayo del año 40. A su regreso se reanudaron los dicterios y las calumnias de sus enemigos. No tanto los escépticos “expedicionarios” del año 35 que habían vuelto a la oscuridad política de siempre, cuanto sus antiguos protegidos que desde el gobierno tabasqueño —con Trujillo Gurría a la cabeza— pagaban la publicidad contra el “hombre del sureste”. Coreaban esas andanadas políticas miles de personas que nada sabían de Garrido, que lo juzgaban al través de columnas compradas, escenas espeluznantes —de “cadáveres que flotan sobre el Grijalva” —destinadas a exacerbar el histerismo y los complejos patológicos. Así recirculaba la leyenda negra de Garrido.

Se instaló Tomás en su casa de las Lomas de Chapultepec. Hizo su vida sencilla de siempre, molesto por la inactividad, rodeado de algunos amigos fieles. Reanudó su antiguo trato con

Lázaro Cárdenas y con don Manuel Avila Camacho; los frecuentaba constantemente, almorzaba con ellos o comía. Meses después falleció la ejemplar compañera de su vida, doña Dolores Llovera de Garrido. Esa pérdida fué para él muy sensible, no se repondría de ese dolor.

Al poco tiempo empezó a sentirse enfermo, con agudos dolores en una pierna, los que atribuía al golpe recibido en Costa Rica. Se fué a Los Angeles, donde lo atendió el médico Alberto Soyland, commander de la Marina Americana y director del Instituto de Tumores. Retornó aparentemente sano. Poco después, a invitación suya, vino Soyland a México, y lo homenajeó Garrido en el "roof garden" del Reforma, en mayo del año 42. El agasajado hombre de ciencia, trajo la representación a México —que mucho honraba a don Tomás— del Departamento de Marina de los Estados Unidos a la inauguración del Hospital Militar de nuestro país.

Pero su enfermedad era irremediable, y el año 43 tuvo Garrido una recaída. Se retorció en el lecho dolorosamente aquel hombre que nunca vimos temblar, ante nada, ante nadie. Allá en la modesta salita de su casa, por aliviarlo su hija ejecutaba al piano "Mis Blancas Mariposas", "Las Tardes de Tabasco", "Las Tristezas Tabasqueñas". Le quedábamos pocos amigos, pero lo éramos "para todos los tiempos", si bien éramos impotentes ante su dolor.

Una mañana de brumoso amanecer capitalino, lo acompañamos al campo de aviación civil de Balbuena. Sería la última ocasión que yo lo viera. Estaba demacrado, perdida en lontananza la mirada, como si viera hacia adentro de sí mismo. Se envolvía en un abrigo. Soplaba un viento frío que nos hería el rostro. Yo daba el brazo a su madre, doña Josefita. Cuando llegó el momento de partir, Garrido se acercó a abrazar con entrañable ternura a la autora de sus días. Las últimas palabras que le escuché denotaban, quizá, la más tierna preocupación de toda su vida: "Madre, cuida mucho a la nena". Se refería a su hija, quien estaba entre nosotros. Yo sentí temblar el brazo de su madre mientras sus claros ojos —y los nuestros, de Agapito, de Amado, de tantos más— se llenaban de llanto. Todavía nos dimos un abrazo cariñoso que sería el postrero. Desechó el bastón que le ofrecían, subió por su pie la escalinata del avión lentamente, con notoria dificultad: deben haber sido tremendos sus dolores al caminar, pues contraía el rostro. Antes de penetrar al avión, vimos su mi-

rada de águila, ya sin la gran sonrisa que la iluminara, mientras alzaba su mano y la extendía en el aire en ademán de despedida.

Cuando se atendía en Los Angeles, llegó a México su amigo, el doctor Calderón Guardia, ex presidente de Costa Rica. Y varios amigos de Garrido lo atendimos en su ausencia, a nombre suyo. Entonces me escribió del Hospital California dándome las gracias, el 21 de marzo del año 43; debe haber sido una de sus últimas cartas. Al llegar a los Estados Unidos, se le había declarado una pulmonía que fué combatida con fortuna. Pero su enfermedad principal no tenía remedio. En ese viaje lo acompañaron el hijo mayor, Drusso, Ausencio Cruz y Amado Caparros. Estos últimos regresaron a México por instrucciones de Garrido. Quedó solo con su hijo.

En la madrugada del 8 de abril de 1943, víctima del cáncer, moría Tomás Garrido Canabal, a los 52 años de edad, en el gabinete 547 del Hospital California de Los Angeles, atendido profesionalmente por el médico Alberto Soyland.

Al conocer Cárdenas la noticia, envió a California a Agapito Domínguez —precediéndolo con un telegrama—, con instrucciones de pedir a Drusso que el cuerpo de su padre fuera traído a México en un avión militar mexicano que el propio Cárdenas había ordenado, para rendirle en su patria el homenaje de la revolución y de sus hombres. Cuando Agapito llegó a Los Angeles, ya Garrido era un poco de polvo pues en cumplimiento de sus deseos había sido incinerado. La incineración, prohibida a los creyentes por la Iglesia Católica, probaba que Garrido el iconoclasta no era un farsante, que había muerto como había vivido, con hombría, equivocado o no, inquebrantablemente fiel a las doctrinas que profesó. Sin respeto alguno a la muerte, algunos periódicos y sus enemigos, hablaron de su conversión, argumento adecuado para la gente impreparada que ignorase las prescripciones del dogma sobre la incineración. Pero había algo más, el certificado consular mexicano expedido en Los Angeles, donde se daba fe de la incineración y de la última voluntad del dictador.

Al arribar Drusso Garrido y Agapito Domínguez a México con las cenizas del “hombre del sureste”, estaba en el aeródromo Lázaro Cárdenas con una multitud de intelectuales y políticos. Acompañaron la pequeña urna a la casa de Sierra Madre en las Lomas de Chapultepec. Se le veló esa noche con guardias de honor que fueron continuadas. Al día siguiente, se le rindieron guardias y discursos en un homenaje simbólico en el salón de depósito

del Panteón Francés, aunque no quedaría allí la urna. El deseo de Garrido fué que sus restos, el polvo de sus huesos, se dispersaran sobre Boca del Cerro en Tabasco, o se esparcieran sobre la tierra de "El Tinto", finca tabasqueña que vió correr los años de su infancia.

En el postrer homenaje estuvieron presentes Lázaro Cárdenas, Rincón Gallardo en representación de don Manuel Avila Camacho, Daniel Valencia ex presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, Aarón Sáenz, Celestino Gasca, Vicente Lombardo Toledano, Josefita Canabal Vda. de Garrido, doña Carmela Green, quien esto escribe, Ausencio Cruz, los hijos y hermanas del desaparecido, Fidel Velázquez, Alvaro Moedano, Agapito Domínguez, Amado Caparoso, Carlos Fabre, Raúl Noriega, José M. Núñez, Genaro V. Vásquez, Gonzalo Vásquez Vela, Belén de Zárraga, Torreblanca, Joaquín Amaro, Pinelo Ríos, Delia Magaña, César A. Rojas, Juan Silveti, múltiples periodistas revolucionarios, militares, intelectuales, los generales Amado Aguirre, Calixto Ramírez Garrido, Esteban Baca Calderón, y otros muchos amigos del dictador.

Cuando abandonamos la casa con rumbo al panteón, su hija ejecutaba al piano, en su memoria, como por acompañarlo, "Las Tristezas Tabasqueñas". Y cuando retornamos con doña Josefita, continuaba Soylá sobre el piano, con una pena que se diría sonámbula, mientras se oían en la casa los lánguidos acordes evocadores de "Mis Blancas Mariposas". Creía yo sentir que flotaba en el aire, el recuerdo inolvidable de aquel hombre.



Ante las cenizas de Garrido, en el Panteón Francés. Lombardo Toledano, atrás Baltasar Dromundo, Lázaro Cárdenas, una hermana del desaparecido, Amado Caparrosa y Drusso Garrido.



Una de las ceremonias populares que en recuerdo de Garrido se celebran anualmente, el mes de abril, en Villahermosa. Este es uno de los muchos testimonios que prueban su popularidad, el mito, la pasión de los tabasqueños por el dictador a varios años de su muerte.



Para Baltasar Dromundo, amigo de todos los tiempos. Tomás Garrido C.  
Costa Rica, marzo 31 de 1938.

XVII

PALABRAS EN LA LUZ  
Y LAS SOMBRAS



**E**S PROBABLE que Tomás Garrido no habría podido realizar una sola de sus tareas esenciales sin el ejercicio

de la dictadura, si consideramos el caos que heredó, las pasiones que combatió, las que a su vez desató, las luchas que enfrentó, la naturaleza de los hombres que supo sujetar, los arraigados vicios que eliminó, el medio hostil en que se desenvolvió, y, sobre todo, las profundas fuerzas políticas que aplastó. A ello se asocia un común denominador de todos sus actos: el tiempo de su acción. Hoy, Garrido estaría fuera de tono, la dictadura que representó se ha quedado atrás. Pero muchas cosas de él continúan siendo actuales en tanto que no ha sido superada su excelencia, las virtudes sociales o políticas que él acertó a representar no obstante sus errores o los diversos defectos que su gestión exhibió históricamente.

Al reconocer desapasionadamente lo justo de la valorización anterior, no es necesario pretender la defensa de la dictadura como sistema de gobierno, ni hemos de recomendarla como una receta política. En tal sentido, debe desligarse al hombre —valga lo que valiere—, del sistema de gobierno que le tocó presidir, de modo que los juicios que Garrido merezca no podrán estar referidos por fuerza a la dictadura general de su tiempo. Mayores son sus méritos si, por encima y a pesar de la dictadura, supo y pudo trabajar, aunque defectuosamente, en favor de la libertad racional en Tabasco y persiguió durante 19 años las mejores condiciones de vida para su pueblo. Cuando, por otra parte, se oponga a Garrido el argumento de que “habiendo logrado despertar y crear toda una mística política como nadie lo pudo hacer en otro tiempo, no logró hacer escuela ni discípulos, ni supo canalizar esa mística hacia obras materiales de vida permanente”, hemos de responder que no hay obra política que sea perfecta, menos aun en el caso de Garrido cuya acción fué cortada o interrumpida definitivamente por los sucesos del año 35. Aquél mismo argumento podría oponerse a Lázaro Cárdenas en el orden nacional, y, sin embargo, valdría rechazarlo o recusarlo por injusto si convenimos en que las limitaciones de su ejercicio político no podían establecer resultados fuera de la órbita de su alcance personal. Garrido creó y despertó una mística, pero ausente el dictador,

era a Cárdenas a quien correspondía terminar aquella obra en lo que tuviera de válida, y encaminarla hacia tareas de contenido permanente. Y si hemos de descartar la influencia de Cárdenas en el referido supuesto, era al pueblo de Tabasco a quien correspondía la responsabilidad y el derecho de terminar, depurar y estabilizar la herencia —en lo que tuvo de positivo— de aquella etapa.

Visto en su tiempo y considerado a la distancia, Tomás Garrido era arbitrario. Eso es verdad. Pero también lo es otro hecho: abusaba de la autoridad sin perfidia, era ajeno a la crueldad, tenía un sentido natural de justicia. ¿Qué era influible?, ¿quién no lo es? Garrido era propiamente la ley. La cumplía o la incumplía a su arbitrio. No por ello, no exclusivamente por ello se le consideraba un dictador, sino realmente porque procedía sin tapujos, porque rechazaba las apariencias, porque no siendo un simulador era francamente un transgresor de la ley —si Garrido hubiera sido un farsante, ni yo habría escrito este libro, ni a él lo hubieran calumniado los cobardes, ni se habría establecido contra él la conspiración del silencio fraguada por los débiles de espíritu que por instinto repelen a un hombre de esa fuerza—.

En un sentido purista, su ostensible arbitrariedad testimoniaba la dictadura, e implicaba para la sociedad y para su progreso ascendente, un peligro y un estorbo. Si no hubiera reunido en sí, a la par que sus defectos las numerosas virtudes de que dió muestra, es lógico suponer que bajo ese sistema la sociedad habría retrogradado tremendamente. Lo malo era el sistema, no quien lo encabezaba. Pero los adversarios de Garrido —por perversidad o por ignorancia— consideraban el orden en estos factores a la inversa, y, naturalmente, concluían por achacar a Garrido el dictador todos los males que son propios del sistema de la dictadura. Como se ve, la pasión cegaba a la crítica y, por lo mismo, la privaba de toda validez. Posiblemente, como apunté, la dictadura fué un mal necesario al principio de la acción de Garrido, aunque no por ello excusable o defendible como procedimiento a perpetuidad. Mas debe asentarse que la existencia de la dictadura personal, que dió origen a la dictadura dual, tanto personal como de clase, no era obra original de Garrido sino patrimonio fatal de una época de México. Y ha de reconocerse, sin que ello sea una excusa de la dictadura, que quienes censuraron esos fenómenos posteriormente no fueron capaces de organizarse para combatirla en aquel tiempo, pues no puede llamarse comba-

tir al hecho de ampararse en la política presidencial y en el ejército para realizar escenas espectaculares de moderno filibusterismo. A quienes así se refugiaron en el silencio y la inacción, puede y debe imputárseles que, con deliberado confusionismo en orden a las ideas, no procedieron con razón al enjuiciar aquella etapa, y demeritaron su propio intento de balance histórico al sustentarlo en infundios y aberraciones cuando, de contar con argumentos, debieron haberlo apoyado en un sereno análisis de la verdad tabasqueña de ese tiempo. No procedieron de esta última forma porque la verdad era adversa a su propósito, y esto mismo los coloca fuera de toda consideración histórica, y, con ellos, a sus trabajos "críticos". Por ganar alguna claridad en favor del juicio de las gentes nuevas que nos sigan, he hecho este libro sobre el Tabasco de entonces y sobre el "hombre del sureste"; ambos requieren cierta cantidad de decoro, cierta dosis de temperatura moral para ser tratados. No me explico de otra suerte el más elemental respeto que de sí mismo deba tener un escritor, ni el valor que su propia lealtad de pensamiento le merezca.

La dictadura de Tomás Garrido estaba históricamente destinada a desaparecer por la mecánica dialéctica de los hechos. No hacía falta para ello recurrir al expediente político, no muy limpio que digamos, que se empleó para abatirla. Pero ese conocimiento estaba más allá de los políticos de poca monta y escapaba a los improvisados ideólogos —de mínimos alcances— que rodeaban al presidente Cárdenas. Y ya que los hechos habían acontecido así, parece que lo indicado hubiera sido preservar cuanto de sólido y fecundo dejaba atrás de sí aquella dictadura —que ayudaron a sostener o permitieron con su abstención o su aplauso los mismos que después ayudaron a abatirla en una confabulación sin señorío—. Si de Garrido se comentaban horrores con adulteradas informaciones de terceras manos, aquello iba a ser pálido frente a lo que, con apego a la verdad más conservadora, debiera decirse de lo que aconteció más tarde. Entonces comenzaba realmente el calvario del pueblo de Tabasco que pasaba de una dictadura declarada —sin vicios, sin libertades, sin hambres, sin malvivientes, sin delitos de sangre, sin garantías, sin templos, sin enriquecimientos ilícitos—, a otra dictadura embozada en que se reanudaron los cultos ciertamente, ciertamente se simulaban las libertades, pero además se fomentaron los vicios, se cultivó a los malvivientes, se promovió el hambre, aumentaron los delitos de sangre, se hizo compra-venta de las garantías, hubo enrique-

cimientos ilícitos, hubo farsas electorales, hubo terror blanco, con corrupciones generales del poder hacia el pueblo y del pueblo hacia el poder. Hacía poco honor a la revolución el doloroso espectáculo de quienes así aprendieron a rezar por sus propios verdugos. Contra lo que se haya dicho o se diga por insidia o por desconocimiento, la verdad es que la gente de Tabasco añoraba a Garrido, y volviendo la vista al pasado soñaba con su retorno. Era la misma mística que Garrido desató, y, como se ve, ya muerto el dictador continuaba trabajando: gracias a él, con esa mística le daba a su pueblo la gran virtud de la esperanza.

La defensa de Tomás Garrido no la hicieron sus amigos o sus allegados. Ni la hago yo. La hicieron por contraste y con sus actos, sus propios enemigos. A la postre resultó cierto que sus enemigos eran los enemigos del pueblo de Tabasco. Los que decían defender a Tabasco de Garrido y de sus arbitrariedades, eran los mismos que callarían después ante el drama inaudito de los tabasqueños, o serían, en parte, los que iban a entrar a saco en aquellas tierras como si fueran botín de conquista, tesoro de piratas. Garrido debe haber antevisto ese panorama cuando estaba por abandonar a Tabasco; y debe haber sido una gran lucha esa lucha que libró en su fuero interno acerca de la decisión que Cárdenas le obligaba a tomar —y que, a su vez, Cárdenas no podía soslayar—. No tenía otro camino que levantarse en armas o aceptar el destierro. Para lo primero le estorbaba su cariño por Tabasco, su fe hacia su obra social, su sensibilidad política. Para aceptar el destierro le bastaba y le sobraba su orgullo. Con ese gesto de orgulloso desdén, seguro de que su obra lo haría invicto, abordó “El Guacamayo” y salió del país.

Pero también Cárdenas debió haber previsto el resultado de aquella decisión de Garrido. Y a su responsabilidad histórica debe cargarse cuanto aconteció después. Esta dura afirmación parte de otra consideración que robustece la tesis: Cárdenas tenía poder suficiente para preservar a Tabasco de cuantos males recayeron sobre el sureste después de Garrido. Y si realmente pensó en abatir una dictadura personal para iniciar una época de dignidad histórica y de legitimidad moral positiva, debió impedir desde su aplastante autoridad las desviaciones que bajo su administración o a causa de la apatía del ambiente tuvieron lugar posteriormente. En este ángulo, Cárdenas era ya, por la fuerza de las circunstancias, el depositario histórico de aquella mística que despertó Garrido.

Resulta extraño que a la visión política de Cárdenas, tan mercedamente celebrada en diversos aspectos superiores, escapara el hecho de que, al obrar de aquella forma, trabajaba contra sus propias resoluciones y, a la vez, principiaba a levantar en honor de Tomás Garrido el mejor monumento a su memoria. Aun los errores del dictador, que fueron muchos, irían quedando en segundo término para dar paso a una figura cuya demasiada luz era el resultado de la mucha sombra de los otros. Esto acrecentaba su antigua mística, transfiguraba sus perfiles, abría camino a una nueva leyenda —esta vez con la mucha luz mística que le otorgaba el pueblo alucinado—. Si yo acierto en esta observación que la lealtad a mi propio pensamiento me dicta, debo suponer que mucho de esto pasaba por la cabeza de Cárdenas cuando tomó la pequeña urna que contenía las cenizas de Garrido y lo acompañó, en muestra de reconocimiento a lo que aquél valía, y en acto de inviolable amistad, al panteón en que se le rindió la última guardia. Es demasiado hombre Cárdenas para hacerle el agravio de suponer que no reconoce sus propios, sus obligados errores.

En la historia de Tabasco, Garrido es luz y es sombra. Pero en la luz de aquellos cielos, Garrido sigue siendo luz. Y en la sombra de Tabasco su luz es más intensa, limpio su recuerdo y enraizado a la tierra que amó entrañablemente. Esa es la verdad de Tomás Garrido, su vida y su leyenda.



## INDICE

	<u>Págs.</u>
I.—La Juventud y sus Luchas .....	13
II.—La Rebelión Delahuertista .....	21
III.—Buena Estrella en la Tormenta .....	31
IV.—El Hombre en el Paisaje Tabasqueño .....	41
V.—Un Politico sin Reverso .....	49
VI.—La Organización del Trabajo .....	59
VII.—Su Presencia en el Tiempo .....	69
VIII.—El Folklore de su Pueblo .....	79
IX.—El Son de Sones, "La Caña Brava" .....	87
X.—El Conflicto Religioso en México .....	97
XI.—El Iconoclasta .....	107
XII.—Garrido ante la Iglesia Católica .....	119
XIII.—El Educador .....	137
XIV.—El Constructor Social .....	145
XV.—El Reformador .....	153
XVI.—Otoño y Muerte del Dictador .....	163
XVII.—Palabras en la Luz y la Sombra .....	173





RED NACIONAL DE BIBLIOTECAS  
PÚBLICAS

NT: 332658 FT 923.27263 G37 D76

vd. E:  
TOMAS GARRIDO SU VIDA Y SU LEYENDA  
DROMUNDO, BALTAZAR. 1906-1997.

CONACULTA, DCE

Fecha de devolución	Nombre del lector

NT: 332658 FT 923.27263 G37 D76  
vd. E:  
TOMAS GARRIDO SU VIDA Y SU LEYENDA  
DROMUNDO, BALTAZAR. 1906-1997.  
CONACULTA, DCE



EDITORIAL



GUARANIA